



**CONSULTORA DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN
BUENOS AIRES
ARGENTINA**

Serie

DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Historia

El comienzo de la “aventura” de la transmisión del conocimiento

Patricia Allendez Sullivan

Marcelo de la Puente

Agosto 2009

N° 007

ISSN 1852 - 6411

Copyright Consultora de Ciencias de la Información

Editor: Patricia Allendez Sullivan. Asistente Editorial: Mariana Sabugueiro

Allendez Sullivan, Patricia.
De la Puente, Marcelo.

El comienzo de la “aventura” de la transmisión del conocimiento. Buenos Aires: Consultora de Ciencias de la Información, 2009.

ISSN 1852 - 6411

1. Historia. 2. Historia de las Bibliotecas. 3. Historia del Libro.
4. Bibliotecarios. I. Título

Resumen

Nos interesa hacer una revisión de nuestra propia historia, la historia de las bibliotecas, así como destacar los personajes que han provocado los grandes cambios en nuestra profesión. Consideramos, que la historia conforma nuestra identidad profesional por lo que es necesario que conocerla. Comenzamos nuestro viaje desde los antiguos archivos sumerios hasta llegar al siglo XX.

Introducción

Nuestra intención es realizar una revisión de los momentos y personajes más importantes que a través de la historia fomentaron el surgimiento, uso y normalización de las bibliotecas y las tareas que allí se realizan. Las bibliotecas, constituyen el espacio físico en el que se recopilan los conocimientos, que en diferentes períodos, permitieron el desarrollo de la humanidad, además, en ellas se preservan para compartirlos con las generaciones posteriores, las cuales los incrementan con sus nuevos saberes.

Consideramos que sin información no hay cambio, sin cambio no hay desarrollo y sin desarrollo no hay vida. Entonces, la información, el cambio y el desarrollo constituyen los eslabones más valiosos en la cadena del desarrollo social de la humanidad. Teniendo esto en cuenta, pretendemos trazar brevemente, el desarrollo de la humanidad a través de la historia, a partir de la palabra escrita almacenada en las bibliotecas, repositorios de la memoria humana.

Lo que hoy consideramos como materiales de biblioteca, obras de pensamiento y de creación literaria, circularon de forma oral durante mucho tiempo después de la invención de la escritura. Los conocimientos científicos y técnicos pasaron dentro de grupos sociales restringidos, sin tener una estructura como hoy reconocemos en los libros.

Las normas jurídicas, se transmitieron de la misma forma y a medida que este corpus crecía, se comenzó a ordenar para conservarlo y difundirlo, sin embargo, muchos pueblos lo redactaron en forma de verso para que fueran fáciles de recordar.

La oralidad sobrevivió por mucho tiempo, y cuando finalmente la escritura se consolidó dentro de la sociedad, los soberanos quisieron dejar constancia de sus acciones y construcciones para las futuras generaciones y ordenaron, entonces, grabar leyendas alusivas en monumentos, esculturas y objetos. Sin embargo, durante muchos años, después de la invención de la escritura, no se sintió la necesidad de redactar crónicas, porque todavía prevalecía la cultura oral.

En el comienzo, la oralidad

Desde sus orígenes la Humanidad ha tenido que hacer frente a dos problemas fundamentales:

- La forma de transmitir los contenidos en el espacio y en el tiempo.
- La forma de preservarlos.

El primer testimonio que ha dejado el hombre de su paso por la tierra fueron las denominadas pinturas rupestres. El término “rupestre” deriva del latín *rupestris*, y éste de *rupes* (roca), aunque también es sinónimo de primitivo. De modo que, en un sentido estricto, rupestre haría referencia a cualquier actividad humana sobre los muros de cavernas. Desde este aspecto, es prácticamente imposible aislar las manifestaciones pictóricas de otras representaciones del arte prehistórico como los grabados, las esculturas y los petroglifos, grabados sobre piedra por percusión o erosión. Al estar protegidas de la erosión por la naturaleza del soporte, las pinturas rupestres han resistido el pasar de los siglos.

Se trata de una de las manifestaciones artísticas más antiguas de las que se tiene constancia, ya que, al menos, existen testimonios datados hasta los 40.000 años de antigüedad, es decir, durante la última glaciación.

Estas pinturas revelan que el ser humano, desde tiempos prehistóricos, organizó un sistema de representación artística, se cree, en general, que se halla relacionado con prácticas de carácter mágico para propiciar la caza. Dado el alcance cronológico y geográfico de este fenómeno, es difícil, por no decir, imposible, proponer generalizaciones.

En las pinturas rupestres se simbolizan seres humanos, animales y el medio ambiente, representando además el comportamiento habitual de las colectividades y su interacción con las criaturas del entorno y sus deidades. Entre las principales figuras presentes en estos grafos encontramos imágenes de bisontes, caballos, mamuts, ciervos y renos, aunque las marcas de manos también ocupan un porcentaje importante. Frecuentemente se muestran animales heridos o dañados con flechas. Los motivos y los materiales con que fueron elaboradas las distintas pinturas rupestres son muy similares entre sí, a pesar de los miles de kilómetros de distancia y miles de años en el tiempo. Se señala que todos los grupos humanos que dependían de la caza y recolección de frutos efectuaron este tipo de trabajo plástico. Los colores que se emplean son: negros, rojos, amarillos y ocre. Estos pigmentos eran de origen vegetal como el carbón vegetal, de fluidos y desechos corporales como las heces, compuestos minerales como la hematita, la arcilla y el óxido de magnesio, mezclados con un aglutinante orgánico resina o grasa.

Las cuevas se ubican totalmente bajo el suelo, y en consecuencia se hallan en una oscuridad casi completa. Se cree que los antiguos artistas se auxiliaban con unas pequeñas lámparas de piedra llenas de grasa animal.

Para aplicar el color se empleaban los dedos de la mano, se escupía la pintura sobre la roca o se soplaba con una caña hueca finas líneas de pintura.

Con el tiempo, el hombre comenzó a comunicarse de forma oral. Sabemos que la palabra hablada es la forma más antigua de expresar y manifestar mensajes e

historias. Se puede afirmar que, primigeniamente, existió lo que se suele denominar "libro oral".

Hay una prehistoria del libro: el libro oral, que fue la primera forma que tuvo el libro y que ha perdurado durante milenios, incluso conviviendo con el libro escrito. Ha de resultar extraña la denominación de libro para algo que no tiene una forma material tangible. Pero una cosa es el contenido o mensaje y otra la forma material en que se presenta. Ésta, ha variado, además, sustancialmente a lo largo de la historia y, al parecer, va a continuar variando.

Mediante fórmulas de valor mnemotécnico, como las estudiadas por diferentes especialistas, se estructuraban narraciones, reales o no, que pasaban de generación en generación, como valiosa herencia cultural de los más diversos grupos humanos.

Ong (1997), gran defensor de la Oralidad, sostiene que el habla es la raíz de la escritura ya que no concibe la existencia de la escritura sin su antecesora, la oralidad. Ong nos habla de dos tipos de oralidad: una primaria y otra secundaria. Define a la Oralidad Primaria como la forma de comunicarse de las culturas "que no conocen la escritura ni la impresión" con un carácter de permanencia e independencia de la escritura. La Oralidad Secundaria, al decir de Ong, es la forma de comunicación de aquellos que conocen la escritura, la impresión y otras nuevas maneras como el teléfono, la televisión, la radio o más actualmente el hipertexto, y que dependen de la escritura para su funcionamiento y existencia.

La escritura hace que las "palabras" parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales "palabras" inscritas en textos y libros. Las palabras escritas constituyen remanentes. La tradición oral no posee este carácter de permanencia.

La aparición del alfabeto y la escritura fue tardía. La evolución de la escritura, pasando por los primeros pictogramas (representación de objetos), ideogramas (representación de un código), hasta la escritura rebus (representación de sonidos), se vio profundamente marcada por la aparición del alfabeto. Este sufrió cambios y modificaciones (Semítico, Chino, Griego) pero lo que no podemos dejar de destacar es el carácter “democratizante” que significó la adopción del alfabeto Griego. Esta democratización estuvo marcada por lo accesible y fácil de aprender si lo comparamos con los símbolos utilizados en el alfabeto Chino o Hebreo. Si bien estos eran altamente artísticos en sus diseños, eran de difícil aprendizaje. La aparición del alfabeto permitió que se realizara un profundo análisis del mundo del sonido para encontrar equivalentes visuales, lo cual llevó a que se perdiera el vínculo con las cosas (pictogramas, ideogramas).

Este paso del mundo oral al visual produjo algunos cambios ideológicos. Al principio la escritura era solo aprendida y utilizada por sectores restringidos y era considerado un instrumento de poder que posicionó a la Oralidad a un segundo plano hasta a veces ignorado y considerado “no serio” para estudio. Pero por el contrario, la escritura no redujo a la Oralidad sino que la intensificó organizando sus principios. Prueba de esto fue que la Retórica (el arte de hablar), siguió siendo por mucho tiempo, el modelo de todo discurso.“

La era de la escritura

Al principio surgieron los archivos y luego las bibliotecas pues la escritura surgió por motivos contables, para registrar lo que se debía pagar o lo que ya se había abonado a las autoridades. Las personas encargadas eran los sacerdotes y los registros se guardaban en los templos. Con posterioridad, la escritura permitió el envío de mensajes, redacción de contratos, testamentos, inventarios, sentencias judiciales, etc.

Escobar Sobrino (1990) nos cuenta que cuando la escritura alcanzó cierto grado de desarrollo los soberanos la emplearon para que las generaciones futuras recordaran sus actos, por medio de leyendas en diferentes monumentos. Sin embargo, no fue hasta muchos años después de la invención de la escritura que existió una auténtica necesidad de dejar por escrito, por medio de crónicas o anales todo lo que había ocurrido.

Es por eso que afirmamos que el desarrollo de las bibliotecas ha transcurrido de forma paralela a la de la escritura. Así es que Escobar Sobrino (1996) dice que la herramienta más maravillosa creada por el hombre ha sido el libro. Esta herramienta le ha permitido un aumento considerable de la capacidad de su memoria. Desarrolló también la comunicación entre los hombres al permitirles remontar las barreras del tiempo en la recepción de los mensajes y facilitó el intercambio de información sobre lo útil y provechoso. Finalmente le ayudó, acrecentando su bagaje intelectual.

Lerner (1999) comenta que si bien la escritura pudo haber sido inventada para llevar registro de las propiedades inmuebles y de las deudas, los poetas, sacerdotes y profetas pronto le encontraron otra utilidad. Quizá los primeros escritores escribían para sí mismos, registrando sus pensamientos como una herramienta para recordar. Pero pronto se dieron cuenta de que la escritura ofrecía una forma de trascender el tiempo y el espacio, de llegar a una audiencia distanciada tanto en espacio como en tiempo. Y personas de esa audiencia comprendieron que los registros escritos ponían a su disposición los pensamientos y experiencias de hombres de otros lugares y épocas. Mediante la palabra escrita era posible preservar la sabiduría del pasado, los descubrimientos del presente, y las esperanzas y temores del futuro, y recurrir a estos registros en el momento en que fuera necesario. Esto fue lo que dio, indudablemente, origen a las bibliotecas

Lo cierto es que tanto el libro prehistórico como el histórico precisan del lenguaje; además, el libro histórico precisa de la escritura y de una materia escritoria resistente.

La forma material se ha ido adaptando a las características de las nuevas situaciones sociales o civilizaciones, de acuerdo con las diversas necesidades de información y los materiales disponibles. La primera forma parece haber sido la tableta suelta, que evolucionó, en algún momento, a prisma, cilindro y otras formas geométricas; luego vino el rollo o tira continua; más tarde el códice o cuaderno, que en su última etapa coincide con hojas sueltas (periódico), y finalmente, en nuestros días, han llegado el disco y la cinta, que es como la vuelta a la tableta y al rollo.

Los libros más antiguos que hoy conocemos no tienen ningún punto parecido a los que manejamos en la actualidad. Su forma varía mucho según la cultura a la que pertenecen, de modo que presentan diferentes soportes como: rollos, tablas y lajas de piedra, entre otros, los cuales derivan de los materiales con los que se confeccionaban. Entre estos destacan la corteza de árbol, las hojas de palmera, la tela, el cuero, la madera y la arcilla.

Los primeros libros comenta Escolar Sobrino (1996), se realizaron con planchas de barro y su contenido consistía en caracteres o dibujos realizados con un punzón. Las primeras civilizaciones que los emplearon fueron los pueblos de la Mesopotamia, (sumerios y los babilonios). En cambio, los egipcios, griegos y romanos transmitían la información que generaban por medio de rollos compuestos por largas tiras de papiro, un material que se extraía de los juncos del delta del río Nilo y que se enrollaban alrededor de un palo de madera. El texto, que se escribía con una pluma también de junco, en densas columnas y por una sola cara, se podía leer desplegando el rollo. La longitud de las láminas de papiro era muy variable. La más larga que se conoce (40,5 metros) se encuentra en el Museo Británico de Londres. En el periodo helenístico, hacia el siglo IV a. C.,

los libros más extensos comenzaron a subdividirse en varios rollos, que se almacenaban juntos.

Los escribas se dedicaban a copiarlos o a escribirlos al dictado; los rollos se protegían con telas y llevaban una etiqueta con el nombre del autor. Atenas, Alejandría y Roma eran grandes centros de producción de libros, y los exportaban a todo el mundo conocido en la antigüedad. Pero, el copiado a mano era lento y costoso, por lo que sólo los templos y algunas personas ricas o poderosas podían poseerlos, y la mayor parte de los conocimientos se transmitían oralmente, por medio de la repetición y la memorización. A pesar de que los papiros eran baratos, fáciles de confeccionar y proporcionaban una superficie muy dúctil para la escritura, eran muy frágiles, y en climas húmedos se desintegraban en menos de cien años. Esta es la causa de la pérdida de valiosas obras y registros de datos de la antigüedad. El pergamino al igual que otros materiales derivados de las pieles secas de animales permiten una conservación más óptima. Los empleaban los persas, hebreos y otros pueblos en cuyo territorio no abundaban los juncos. Su uso fue fomentado por el rey Eumenes II de Pérgamo, en el siglo II a. C, tal que hacia el siglo IV d. C., había sustituido casi por completo al papiro como soporte para la escritura.

En el siglo IV también culminó un largo proceso iniciado en el siglo I, tendiente a sustituir los rollos, soporte que resultaba incómodo por los códices (en latín, 'libro'), antecedente directo de nuestros libros. El códice, que en un principio era utilizado por los griegos y los romanos para registros contables o como libro escolar, consistía en un cuadernillo de hojas rayadas hechas de madera cubierta de cera, de modo que se podía escribir sobre él con algo afilado y borrarlo después, si era necesario. Entre las tabletas de madera se insertaban, a veces, hojas adicionales de pergamino. Con el tiempo, fue aumentando la proporción de papiro o, posteriormente, pergamino, hasta que los libros pasaron a confeccionarse casi exclusivamente de estos materiales, plegados formando cuadernillos, que luego se reunían entre dos planchas de madera y se ataban con

correas. Las columnas de estos nuevos formatos eran más anchas que las de los rollos. Además, frente a ellos poseían la ventaja de la comodidad en su manejo, pues permitían al lector encontrar fácilmente el pasaje que buscaban, y ofrecían la posibilidad de contener escritura por sus dos caras. Por ello fueron muy utilizados en los comienzos de la liturgia cristiana, basada en la lectura de textos para cuya localización se debe ir hacia adelante o atrás a través de los distintos libros de la Biblia. De hecho, la palabra códice forma parte del título de muchos manuscritos antiguos, en especial de muchas copias de libros de la Biblia.

En el siglo XV se dieron dos innovaciones tecnológicas que revolucionaron la producción de libros en Europa. Una fue el papel, cuya confección aprendieron los europeos de los pueblos musulmanes (que, a su vez, lo habían aprendido de China). La otra fue los tipos de imprenta móviles de metal, que habían inventado ellos mismos. Aunque varios países, como Francia, Italia y Holanda, se atribuyen este descubrimiento, por lo general se coincide en que fue el alemán Johann Gutenberg quien inventó la imprenta basada en los tipos móviles de metal, y publicó en 1456 el primer libro importante realizado con este sistema, la Biblia de Gutenberg. Estos avances tecnológicos simplificaron la producción de libros, convirtiéndolos en objetos relativamente fáciles de confeccionar y, por tanto, accesibles a una parte considerable de la población. Al mismo tiempo, la alfabetización creció enormemente, en parte como resultado de los esfuerzos renacentistas por extender el conocimiento y también debido a la Reforma protestante, cuyos promotores defendieron la idea de que cada uno de los fieles debía ser capaz de leer la Biblia e interpretarla a su manera. En consecuencia, en el siglo XVI, tanto el número de obras como el número de copias de cada obra aumentó de un modo espectacular, y este crecimiento comenzó a estimular el apetito del público por los libros.

A partir de la Revolución Industrial, la producción de libros se fue convirtiendo en un proceso muy mecanizado. En nuestro siglo, se ha hecho posible la publicación de grandes tiradas de libros a un precio relativamente bajo gracias a la aplicación

al campo editorial de numerosos e importantes avances tecnológicos. Así, la baja en el costo de producción del papel y la introducción de la tela y la cartulina para la confección de las portadas, de prensas cilíndricas de gran velocidad, de la composición mecanizada de las páginas y de la reproducción fotográfica de las imágenes han permitido el acceso a los libros a la mayor parte de los ciudadanos occidentales. En América Latina se han desarrollado varios grandes centros productores de libros, a través de sus editoriales más conocidas, en Argentina, Chile, Colombia, México y Cuba.

Aunque se ha especulado mucho con la posibilidad de que el desarrollo de las tecnologías informáticas, que han acelerado el proceso de creación de libros, tanto en cuanto a la escritura como en cuanto a la producción industrial y, por tanto, reducido su coste, tengan, paradójicamente, como efecto la sustitución del libro por otras experiencias ligadas a la imagen (realidad virtual, películas interactivas u otros), cabe, sin duda, la posibilidad de que, del mismo modo que la reducción del precio del papel posibilitó la extensión del libro a amplias capas de la población, la sustitución del libro tradicional por el libro electrónico, con su consiguiente disminución de costos de producción y distribución, permita hacer accesible el conocimiento y las experiencias didácticas o de ocio que siempre han constituido su espíritu a la casi totalidad de la población del planeta.

La biblioteca digital tratará por todos los medios, gracias a la idoneidad de su personal, de lograr un acceso más justo entre todos los miembros de la sociedad.

La evolución de las bibliotecas

Bibliotecas del Antiguo Oriente

Las primeras bibliotecas que se recuerdan se encontraban en la región de Asia Menor, al igual que se considera que dentro de las más importantes de la antigüedad se encuentran las egipcias. Si bien no hay muchas noticias de ellas,

podemos señalar que no empleaban una clasificación metódica convirtiéndose, en realidad, en un almacén de libros.

Cañedo Andalia (2004) afirma que la actividad bibliotecaria surgió, según los historiadores en el antiguo Egipto bajo el Imperio del rey Nefikere alrededor del 2750 A. C. Mientras que en China las primeras bibliotecas se crearon en el 2650 A. C. El propósito general de aquellas primeras instituciones fue el de preservar los registros de información de la época. Por ejemplo, la biblioteca de Azurbanipal, una institución de carácter privado, poseía colecciones sobre historia, leyes, ciencia, dogma, magia y leyendas. También agrega que en el templo de Edfu, consagrado a Horus, existe una cámara que podría haber servido de biblioteca pues en sus paredes aparecen inscripciones jeroglíficas referentes a títulos de libros. Igualmente se conocen varias tumbas de “bibliotecarios”, gracias a las inscripciones en ellas presentes que los identifican como tales, llegándose a la conclusión de que se trataba de un empleo muy valorado por aquel entonces.

Este autor continúa diciéndonos que las raíces de la profesión archivística han podido trazarse hasta el año 2400 A. C. El primer archivo de negocios identificado fue el de los asirios en Kultepe, Cappadocia, el cual data del año 2000 A. C. A su vez, la creación de registros de las transacciones comerciales y la formación de sus colecciones originó las bibliotecas comerciales. En la antigüedad, existían bibliotecas de gobierno; el interés de los gobiernos por el comercio y el registro de las operaciones comerciales llevó a que dichos registros pasaran gradualmente a ser parte más de las bibliotecas que de los archivos. Dondequiera que se acumule información, sea esta del tipo que sea y se necesite de su consulta, se impondrá una organización, surgirá allí entonces una nueva biblioteca.

Escolar Sobrino (1996) comenta que una de las bibliotecas más antiguas es la de Ebla, una populosa ciudad ubicada a ochenta kilómetros al sur de Alepo cerca del puerto de Ugarit. Según Cunchillos y Zamora (1995), la ciudad fue destruida e incendiada a mediados del siglo XXIII A. C. probablemente por Naram – Sim. Sin

embargo, la ciudad volvió a erigirse y a ser destruida definitivamente en 1600 A. C. por los hititas. Fue descubierta por Paolo Matthiae, quién inició las excavaciones en 1964 y en 1975 descubrió alrededor de 4000 documentos de carácter económico, histórico, religioso, administrativo, etc. Según se deduce de los restos, adosadas a las paredes había estanterías. Las dimensiones de las tabletas allí alojadas eran de 20 x 20 o de 20 x 40.

Wellisch (1981) comenta que las excavaciones de Ebla muestran que las funciones de los bibliotecarios consistían en la clasificación de los materiales, colocar la signatura en los lomos de las tabletas para localizarlos con rapidez en las estanterías, etc. La biblioteca de Ebla tenía una función filológica para la transmisión de los conocimientos, la cual ha caracterizado a las grandes bibliotecas posteriores como la de Alejandría.

Este autor, señala que los archivos más antiguos que se han hallado datan de la III dinastía de Ur, dos mil años A. C. Es así que en 1894 Sarce descubrió la ciudad sumeria de Lagash encontrando 70000 fragmentos de tablillas de arcilla. El archivo estaba formado por habitaciones que se comunicaban entre sí sin puertas e incomunicadas con el exterior, por lo que el acceso se realizaba por medio de una escalera. Esto ocurría porque los archivos quedaban en el sótano de los templos o palacios, aislándolos por temor a las inundaciones. Las tabletas se guardaban sobre bancos de 50 cm. de profundidad o metidas en recipientes como cestas de mimbre recubiertas de asfalto para evitar la humedad, cajas de madera o de arcilla, o jarras como las encontradas en el archivo de Mari del 1700 A. C. el que actualmente cuenta con 20000 fragmentos.

La Biblioteca de Ebla, apareció como respuesta a la necesidad de conservar la memoria escrita, y de contar con un sitio en donde albergar los documentos que registrasen lo concerniente a una cultura.

Escolar Sobrino (1990) dice que la primera biblioteca mesopotámica de que se tuvo noticia fue la última que crearon los asirios, la del rey Asurbanipal, descubierta por Austen Henry Layard y Hormuz Rassam y quiénes hallaron alrededor de 30000 fragmentos de tabletas. Los contenidos de ellas son variados, como el poema de Gilgamés el poema épico más conocido en el que se habla de un diluvio que fue asociado con el narrado en la Biblia, astrología, recetas médicas, legales, administrativos, cartas, informes, etc. Asurbanipal era un amante de los textos, por lo que organizó en su palacio un escritorio en el que se copiaron muchos textos con una excelente caligrafía. Una de las grandes aportaciones de los asirios fue la colocación del colofón. Los libros de la biblioteca de Asurbanipal tenían el siguiente colofón:

“Palacio de Asurbanipal, rey del mundo, rey de Asiria, que confía en Asur y en Ninlil; a quién Nabu y Tashmetu proporcionaron finos oídos y perspicacia, lo mejor del arte del escriba, que ninguno de mis antecesores lo consignó, la sabiduría de Nabu, los signos de la escritura, todos los que han sido inventados los he escrito en tabletas. Las he ordenado en series, las he colacionado, y las he colocado en mi palacio para mi real contemplación y lectura. Tu señorío no tiene igual, Asur, rey de los dioses. Cualquiera que remueva la tableta y ponga su nombre junto al mío, derribenlo, contrariados y enfadados Asur y Ninlil, y hagan desaparecer su nombre y su especie de la tierra”¹

Podemos afirmar que los mesopotámicos fueron los creadores de la archivología y la bibliotecología, ya que fueron los primeros en diseñar los medios para que la documentación escrita se conservara y fuera rápidamente recuperable. Para almacenar el fondo documental disponían de habitaciones en las que distribuían los documentos por materia. En estas habitaciones se disponía de agua para disolver aquellas tabletas que carecían de valor, así como para mantenerlas húmedas en el momento de escribir sobre ellas y hornos para cocer las tabletas cuando estimaban conveniente hacerlo. Idearon etiquetas para localizar con

¹ p. 26.

rapidez los recipientes que contenían las tabletas, inscripciones en el lomo de las tabletas para identificarlas con prontitud y los colofones que describían la obra y su extensión, e incluso la portada de las tabletas enceradas que tenían forma de códice. También a ellos les debemos los catálogos o listas de obras.

En cuanto a los archivos y bibliotecas egipcias dice Cortés Vázquez (1988) hay poca información. A los primeros se los conocía como “casa de los libros” y las segundas como “casa de la vida”. No se sabe que tipo de materiales guardaban, cuáles eran los temas que más les interesaban, ya que eran poco resistentes a los cambios climáticos. A pesar de ello hay noticias indirectas sobre su existencia. Se han encontrado libros en las tumbas, “El libro de los muertos” colocados allí para facilitarle el viaje de ultratumba al fallecido; otras veces se los ha hallado como material de desecho utilizado para acondicionar a las momias. También se han encontrado fragmentos en los basureros de las ciudades antiguas. Los libros egipcios eran hechos de papiro, una materia ligera, flexible y blanca y se trataba de un rollo fabricado con fibras vegetales, agua y cola.

Cortés Vázquez (1988) cuenta que a su parecer debieron existir grandes archivos, ya que la sociedad egipcia era muy burocrática y que seguramente posteriormente debieron surgir las bibliotecas. Se dice que en el siglo XXVII A. C. el sabio arquitecto Imhotep dijo al faraón Djoser que para responder a una pregunta que le había formulado del Nilo, tenía que consultar los libros que se guardaban en la “Casa de la vida”, aunque en realidad, esta anécdota pudo ser un invento posterior. Lo cierto es que las bibliotecas constituyeron centros de enseñanza situados en los primeros tiempos en los templos. Durante el Imperio Medio (segundo milenio) se crearon las escuelas seculares, dependientes del faraón y denominadas escuelas de palacio a las que acudían, además de los hijos de los nobles y escribas, los de personas pertenecientes a sectores sociales inferiores.

En las bibliotecas de los templos se encontraban los textos religiosos, constituidos por cosmogonías, por poemas de alabanza a los dioses, por rituales, libros de

literatura funeraria, que guiaban a los egipcios a la otra vida. También se encontraban obras de astronomía, de matemática, de medicina, etc. en las bibliotecas del palacio, también tenían cabida este tipo de obras junto con las históricas y administrativas.

Hubo también bibliotecas privadas, propiedad de los escribas, aunque es imposible el determinar si eran abundantes o escasas, así como también que tipo de materiales tenían.

Grecia

Escolar Sobrino (1996) nos cuenta que la literatura del pueblo griego fue oral hasta el siglo VIII A. C. cuando se inventó el alfabeto. Para esa época se inicia la composición escrita. Estas obras, se difunden oralmente por medio del canto, la recitación o la lectura en voz alta. La lectura de tipo individual comienza a generalizarse durante el período de Pericles. Para esta época aumenta la producción de libros y surgen talleres variados encargados dedicados a la fabricación y exportación de libros. En sus inicios, los griegos heredaron los tipos de libros empleados por los egipcios, o sea los típicos rollos de papiro, aunque también emplearon las tablillas enceradas o enyesadas para notas.

En Atenas dice Escolar Sobrino (1990) en el siglo V existían personas que tenían colecciones privadas medianamente importantes de libros, como la de Eurípides, de la que tenemos noticias por Ateneo. Otro ejemplo de coleccionista de libros nos lo da Jenofonte en “Las memorables” al narrar la conversación sostenida entre Sócrates y Eutidemo que reunió un buen número de escritos de poetas y sabios y que seguía incrementando su colección. Entonces, dice este autor, en el siglo V hubo muchas personas importantes que poseían algunos libros de diferente tenor, sin embargo, no se puede hablar de biblioteca propiamente dicha hasta el siglo VI pertenecientes a tiranos griegos.

Por ejemplo en la corte de Trasíbulo, Tirano de Mileto, existió un gran centro cultural y científico, con una biblioteca especializada en matemáticas y astronomía, de la cual se sirvió Thales, oriundo del lugar. En la isla de Cos, también había una biblioteca especializada en medicina. Otros científicos como Anaximandro y Anaxímenes dejaron algunos escritos, para lo cual deben haber contado con “libros” mas antiguos y con toda seguridad de origen babilónico. Thales de Mileto fue consejero del Tirano Trasíbulo y se le puede considerar como fundador y organizador de la biblioteca, que fue destruida por las invasiones persas en el año 494 A. C. En la época de Pisístrato, Tirano de Atenas, se establece una primera biblioteca pública, la que es organizada por una comisión de literatos formada por Onomacritos de Atenas, Orfeo de Cortona y Zofiros de Heracleo,. entre otros notables. Todos estos personajes colaboran con la biblioteca, reuniendo los poemas homéricos para su posterior edición, mediante copias. También se inician en este lugar los primeros trabajos críticos sobre los textos atribuidos a Homero.

Dahl (2001) señala que Pisístrato llamo a su corte al lírico Anacreonte, a Simonídes y al trágico Thespis, con el objeto que ordenen a los poemas líricos y dramáticos. A Onomácritos se le encargó la ordenación de los poemas homéricos. Esta poderosa influencia cultural jónica, que floreció en la corte de Pisístrato, que este estimuló, ya había dado pruebas de su interés en la colección bibliográfica, antes en la corte de Mileto. Si bien Thales de Mileto no publicó escritos, debe haberse producido en su círculo anotaciones, en que figuraron ensayos y experimentos matemáticos y astronómicos, como su teoría del agua, su pronostico del eclipse solar del 28 de mayo del 595 A.C., que suponemos no pudo formularse oralmente.

Esta biblioteca de Atenas también fue llevada como botín por los invasores persas; en el año 321 A.C. Seleuco Nicator, admirador de la cultura griega y especialmente de Atenas, devuelve a la ciudad lo que restaba de la biblioteca.

Los Tiranos Clearcos de Heraclea y del Ponto y Nikokles de Chipre y Salamina también poseyeron bibliotecas; este último llama a su lado a Isócrates porque considera conveniente tener a su lado a alguien que le ayude a erigir una biblioteca; según testimonios testamentarios las donaciones de difuntos ayudaron a engrandecer la biblioteca; Polícrates de Samos, que muere en el 522 A.C., a manos de los persas, fue más bien un bibliómano que coleccionaba libros por ostentación; aprovechaba la excelente posición de la isla, con Asia a la derecha, Egipto al sur, Grecia hacia la izquierda, para obtener manuscritos mediante el concursos de su poderosa flota, que le permitía recogerlos con bastante rapidez; además invitaba a sus corte a los eruditos más renombrados.

Herodoto menciona una escuela para niños en Chios en tiempos de Histigio, alrededor del año 500 A.C., dotada según parece de una biblioteca. Otro gran coleccionista de libros fue Platón, que adquirió la biblioteca de Filolao de Tarento, a sus herederos. La Academia platónica según se supone, en razón de los amplios estudios que Platón y sus discípulos realizaban. Indica Diogenes Laercio, que Platón compro por intermedio del Tirano Dion, de Siracusa, pagando un precio exagerado, los tres libros del pitagórico Filolao; por otra parte los poetas que Platón deseaba exiliar de su estado utópico, no deben haber faltado en su biblioteca, lo cual queda demostrado por el estilo empleado por él, similar a alguno de estos y por sus juicios estéticos que demuestran cierta predilección por el dorio Epicarnio y por Sofronio, cuyas comedias quizás trajera el mismo de Sicilia. Existe un pedido de Platón a Heráclides Pontikos, en relación a un viaje a Colofon, para que le traiga los poemas de Antimakos.

Una de las bibliotecas más importante y mejor organizada pertenece al filósofo Aristóteles, contó con la ayuda de numerosas personas que colaboraron en sus investigaciones. Esta biblioteca aristotélica fue heredada por Teofrasto y luego paso a manos de Neleo, en Troade; algunos indican que la vendió más tarde a Alejandría o que paso a manos de sus herederos; estos para que no cayera en manos de los Atálidas de Pérgamo la escondieron en un sotano; así sufrió durante

mucho tiempo los ataques de la humedad y de los insectos; luego lo que restaba fue vendido a Apelikon de Teos, según cuenta Diógenes Laercio. Cuando los romanos, comandados por Sila toman Atenas y Apelikon muere en la lucha, el vencedor se apropia de la biblioteca, trasladándola a Roma. Larensis de Atenas es considerado como el propietario de la mayor biblioteca privada del siglo IV A.C.; estaba muy bien organizada y clasificada. Euclides de Megara fue un filósofo que coleccionó escritos de su especialidad, como Isócrates.

Una Biblioteca fundada en Heraclea de Bitinia, alrededor del 364 A.C., se convierte en pública; en las islas de Rodas, Cos y Cnidos existieron también bibliotecas; excavaciones en Cos descubrieron una inscripción que enumera las distintas donaciones en dinero o en libros. En Rodas se encontró un fragmento cerámico, que revela una costumbre similar; allí mismo se halló parte de un catálogo o lista de libros donados a la biblioteca.

Isócrates considera necesario la fundación de una biblioteca en su país, luego de cruentas luchas civiles, cuando llega al poder. Por su parte, Clearco, Tirano de Heraclea, asesinado en el 353 A.C., fue discípulo de Platón y de Sócrates; algunos los describen como hombre bondadoso; otros destacan su crueldad; fue un gran bibliófilo que fundó una biblioteca en la Heraclea del Ponto, en Bitinia, alrededor del 364 A. C. También Demóstenes tuvo una importante biblioteca muy selecta, compuesta en gran parte por manuscritos que él mismo copiaba.

La biblioteca de Alejandría

Dahl (2001) explica que en el 332 Alejandro ocupa Egipto surge la ciudad de Alejandría, una urbe populosa con casi un millón de habitantes. Esta ciudad fue conocida por ser la capital de un reino rico, contar con el complejo portuario más importante de su tiempo y por ser la cabeza intelectual del mundo griego durante varios siglos, gracias a su Museo y la Biblioteca.

Tras la muerte de Alejandro en el 323 A. C. Ptolomeo Lago, general y amigo de Alejandro, obtuvo la satrapía de Egipto que transformo en reino en el 304. la dinastía de Ptolomeo perduró por tres siglos, creando un reino en el que se convino la vieja cultura egipcia con la moderna griega. En ese marco surgió el Museo de Alejandría, institución encargada de transmitir al cultura griega. No se sabe quién fue su creador, por lo que indistintamente se le atribuye al primer Ptolomeo o a su hijo y sucesor Filadelfo. Aunque es probable que la obra la iniciara el padre y la terminara su hijo.

El Museo era el lugar en donde residían poetas y estudiosos, liberados de la problemática económica, y con tiempo suficiente para el diálogo, la vida socrática que les permitía arribar al conocimiento o para el deleite de la lectura. Estrabón, dice Dahl (2001) lo describe como amplio y con muchas dependencias, un pórtico para pasear, una exedra, (construcción descubierta, de planta semicircular, rodeada de bancos adosados a las paredes) para cuando los miembros preferían estar sentados durante la tertulia o el dictado de clases y un amplio comedor, compartido por todos los huéspedes. La obligación de estos invitados era la de acompañar a los reyes en tertulias, el de ser gratos comensales y entretenerlos con sus elucubraciones o creaciones artísticas.

El presidente del Museo además de las funciones religiosas se encargaba de la administración del lugar. Si bien en este ámbito no se dictaban clases, se transmitía conocimientos por medio de las diálogos y las lecturas comentadas.

En el Museo surgió una poesía cortesana y culta, hecha por los profesores. Exponían conocimientos científicos y tomaron temas mitológicos como curiosidad erudita, descubrieron y cultivaron la tecnopegnia, poemas que a veces son adivinanzas, en el que se demuestra la el dominio de la técnica formal y suelen representar un objeto mediante la diferente longitud de las líneas. Se solían preferir las composiciones cortas como epigramas, idilios, mimos, etc., recreaban escenas campesinas y pastoriles como contraposición de la vida de la corte.

Los miembros del Museo no se sintieron parte de una comunidad con unos ideales definidos y compartidos. Sus actividades se centraban básicamente en la investigación científica, como las matemáticas, medicina, astronomía y en especial geografía, aunque también se ocuparon de la filología. No crearon una escuela de especulación filosófica porque no cultivaron esa disciplina.

Es imposible dice Parsons (1952) dejar de mencionar una gran biblioteca como fue la Biblioteca de Alejandría fundada en el 295 A. C. por Tolomeo I. Este lugar fue en su época el cerebro y la gloria de la mayor ciudad del planeta, el primer auténtico instituto de investigación de la historia del mundo. Su función era la de dotar a la nueva ciudad de libros y atender las necesidades de los miembros del Museo. Para crear esta biblioteca Ptolomeo fue asesorado por el ateniense Demetrio de Falero, formado en la escuela de Aristóteles y gobernó Atenas por diez años pro encargo del rey de Macedonia Casandro.

La biblioteca enviaba agentes a todos los rincones del mundo conocido en la época a buscar libros de todas las culturas y a comprar colecciones completas. Se dice que cuando un barco llegaba al puerto, lo registraban para ver si transportaba libros, los confiscaban en caso de que sí, los copiaban y luego los devolvían a sus dueños. La biblioteca de Alejandría iluminó el mundo hasta que una horda de fanáticos inspirados por el arzobispo de la ciudad la incendió y asesinó a Hipatia, última directora de la biblioteca, en el año 415 d. C. Hipatia y sus obras cayeron en el olvido. Al arzobispo hoy se le conoce como San Cirilo.

Entre los años 300 y 100 A. C., la biblioteca de Alejandría conservó los primeros papiros egipcios, que revelan un interés científico en temas como la producción de metales y tintes, la matemática y la medicina veterinaria. Sin embargo, las escrituras científicas más completas procedían de la antigua Grecia.

Sagan (1982) dice que de esta biblioteca legendaria lo máximo que sobrevive hoy en día es un sótano húmedo y olvidado del Serapeo, el anexo de la biblioteca,

primitivamente un templo que fue consagrado al conocimiento. Unos pocos estantes enmohecidos pueden ser sus únicos restos físicos. Sin embargo, este lugar fue en su época el cerebro y la gloria de la mayor ciudad del planeta, el primer auténtico instituto de investigación de la historia del mundo. Los eruditos de la biblioteca estudiaban el Cosmos entero. *Cosmos* es una palabra griega que significa el orden del universo. Es en cierto modo lo opuesto a *Caos*. Presupone el carácter profundamente interrelacionado de todas las cosas. Inspira admiración ante la intrincada y sutil construcción del universo. Había en la biblioteca una comunidad de eruditos que exploraban la física, la literatura, la medicina, la astronomía, la geografía, la filosofía, las matemáticas, la biología y la ingeniería. La ciencia y la erudición habían llegado a su edad adulta. El genio florecía en aquellas salas. La Biblioteca de Alejandría es el lugar donde los hombres reunieron por primera vez de modo serio y sistemático el conocimiento del mundo.

El núcleo de la biblioteca era su colección de libros. Los organizadores escudriñaron todas las culturas y lenguajes del mundo. Enviaban agentes al exterior para comprar bibliotecas. Los buques de comercio que arribaban a Alejandría eran registrados por la policía, y no en busca de contrabando, sino de libros. Los rollos eran confiscados, copiados y devueltos luego a sus propietarios. Es difícil de estimar el número preciso de libros, pero parece probable que la biblioteca contuviera medio millón de volúmenes, cada uno de ellos un rollo de papiro escrito a mano. ¿Qué destino tuvieron todos estos libros? La civilización clásica que los creó acabó desintegrándose y la biblioteca fue destruida deliberadamente. Sólo sobrevivió una pequeña fracción de sus obras junto con unos pocos fragmentos dispersos. Sabemos por ejemplo que en los estantes de la biblioteca había una obra del astrónomo Aristarco de Samos quien sostenía que la Tierra es uno de los planetas, que orbita el Sol como ellos, y que las estrellas están a una enorme distancia de nosotros. Cada una de estas conclusiones es totalmente correcta, pero tuvimos que esperar casi dos mil años para redescubrirlas. Si multiplicamos por cien mil nuestra sensación de privación por la

pérdida de esta obra de Aristarco empezaremos a apreciar la grandeza de los logros de la civilización clásica y la tragedia de su destrucción.

Lo cierto es que aún hoy en día es un misterio su desaparición. No contamos con testimonios muy precisos sobre sus aspectos más esenciales. No se han encontrado las ruinas del Museo y las del Serapeum son peligrosamente austeras. En el Oriente y en el Occidente, entre los cristianos y los musulmanes, hay acusaciones de lado y lado sobre el culpable de la destrucción de este gran centro intelectual. Desde el siglo XIX, los eruditos han intentado comprender la organización y estructura de la biblioteca. Vamos a tratar de comprender lo que ocurrió, en especial por la enorme importancia que esta biblioteca ha tenido para la humanidad.

El primero de todos los ataques contra la Biblioteca de Alejandría fue perpetrado por los romanos. Dion Casio (2003), que es un alto funcionario imperial de origen bitinio se dedica a redactar la historia de Roma, obra de gran valor documental, que toma como modelo la obra de Tucídides narra que Julio César durante la guerra de sucesión por el trono egipcio se inclinó por Cleopatra y no por su hermano Ptolomeo XIII (Filópator). Esta elección produjo una guerra civil en diversas regiones, entre ellas Alejandría. El 9 de noviembre del 48 a.C., las tropas egipcias, comandadas por el general Aquila, asediaron a César en el palacio real de la ciudad e intentaron capturar las naves romanas en el puerto. En medio de los combates, teas incendiarias fueron lanzadas por orden de César contra la flota egipcia, reduciéndola a las llamas en pocas horas. En realidad, la posición de César era muy débil ya que la cantidad de barcos que poseía era inferior a la que poseía su enemigo, por lo que peligraba el suministro de agua potable para sus fuerzas terrestres. El incendio fue una necesidad militar que tuvo mucho éxito ya que destruyó la flota enemiga asegurándole el control absoluto de la entrada al puerto. La verdad es que este incendio se extendió hacia todas partes y este autor supone que el mismo alcanzó unos depósitos en el puerto donde se quemaron muchos libros; este autor habla de una pérdida de 40.000 rollos.

Parsons (1952) considera que estos libros no pertenecían a la biblioteca de Alejandría. Otros autores opinan que esos libros se encontraban allí para su posterior conservación, y algunos otros dicen que en realidad eran libros para exportar. Una gran mayoría, piensa que eran libros que habían llegado a la ciudad en diferentes barcos como una adquisición de la biblioteca.

Algunos historiadores acusan a Teófilo, obispo de Alejandría, de ser el verdadero causante del daño más grave ya que atacó el Serapeum en el año 389 y la biblioteca en el 391, con una multitud enfurecida. Gibbon (2000) señala que Teófilo demolió el templo de Serapis sin mayor dificultad. La biblioteca de Alejandría fue saqueada y destruida. Cuenta que al tomar y destruir el templo los cristianos llenaron de cruces el lugar y demolieron las paredes. Este autor comenta también que algunos creen que tras la destrucción de la biblioteca estuvieron los musulmanes. Todo surge a raíz de una carta escrita el 22 de diciembre de 640 d.C. donde el comandante Amrou ibn al-Ass, terminada la conquista de Egipto, se dirige al segundo sucesor de Mahoma, al califa Umar ibn al-Khattab, Omar I (586-644) y hace un inventario de lo encontrado en la ciudad de Alejandría: unos 4.000 palacios, 4.000 baños públicos, 400 teatros, 40.000 judíos y 12.000 tiendas. Esta carta, extrañamente, omite la existencia de la biblioteca del Museo, la cual era, sin lugar a dudas, un monumento de Alejandría. Pero, dice el autor, por otra fuente supo que el cronista y pensador Ibn al-Kifti, un admirador de Aristóteles, recordó en sus páginas que el general Amrou se entrevistó con el comentarista aristotélico Juan Filópono, quien le pidió tomar una decisión sobre el futuro de los libros de la biblioteca del Museo debido a que las actividades de este lugar estaban momentáneamente suspendidas. Amrou no se atrevió a responder, y prefirió enviar otra misiva a su jefe, con el propósito de indagar qué pensaba el monarca sobre estos libros. La epístola tardó más de treinta días en llegar a las manos del polémico Omar, quien estaba ocupado para ese entonces en sus conquistas, en sus palacios y en la redacción escrita del Corán (de hecho asignó a Zaid ibn Thabit, seguidor de Mahoma, como copista), libro, a su juicio, suficiente, imprescindible y verdaderamente sagrado. Pasados treinta días más, Amrou,

quizás con horror, recibió la respuesta través de un mensajero y leyó, no sin pesadumbre, a Filópono la decisión de Omar, la misma decía que si los libros contienen la misma doctrina que el Corán no son necesarios porque repiten la doctrina y si no están de acuerdo con el credo tampoco vale la pena conservarlos. Si bien Amrou no compartía la expresado en esta orden la hizo cumplir. Por lo que la biblioteca de Alejandría fue destruida e incendiada. Sin embargo, Gibbon puso en duda esta hipótesis, por su distancia cronológica de los personajes mencionados en los hechos y porque en el mundo musulmán la práctica habitual era preservar los libros y no destruirlos. Hasta el momento no hay una causa definitiva de su destrucción.

Abbadí (1994) nos da su versión sobre lo que ocurrió en relación a dos escritores árabes que, por razones estrictamente relacionadas a su tiempo, se encargaron de fabricar los argumentos que darían pie a la leyenda. Uno es Abdulatif al-Bagdadi, nacido y muerto en Bagdad (1162-1231); el otro es Ibn al-Qifti, nacido en Qift (la antigua Coptos), Alto Egipto, en 1172, y fallecido en Alepo en 1248. Sobre Abdulatif dice El-Abbadí que "era un gran médico que residió en Siria y Egipto hacia el 1200 (565 de la Hégira). A raíz de su visita a Alejandría cuenta en un texto confuso que vio el gran pilar (normalmente llamado el Pilar de Pompeyo), alrededor del cual se encontraban otras columnas. Entonces añade una opinión personal: "Creo -dice- que se trataba del emplazamiento del pórtico donde Aristóteles y sus sucesores impartían sus enseñanzas; era el centro de estudio creado por Alejandro cuando fundó la ciudad; ahí se encontraba el almacén de libros que fue incendiado por Amr, por orden del califa Omar [Viaje a Egipto, Ifada wa l'tibar]. Es evidente que lo que Abdulatif dice a propósito de Aristóteles y Alejandro es incorrecto; el resto de sus afirmaciones acerca del incendio del depósito de libros no está documentado y por lo tanto no tiene valor histórico."²

Recordemos que Aristóteles nunca estuvo en Alejandría y que cuando Alejandro fundó su primera Alejandría delante de la isla de Faros, no vería ningún edificio

² p. 185.

pues, partió rápidamente hacia el oasis de Siwa para luego continuar con su expedición al Asia Central y la India. La clave de esta fábula es, sin embargo, Ibn al-Qifti. Éste relata que había un cura copto llamado Juan el Gramático que presencié la ocupación de Alejandría por los musulmanes y trabó amistad con Amr Ibn al-'Ās al-Quraishi (594-663) -el fundador de al-Fustat (origen urbano de El Cairo)-, a quien solicitó el acceso a los libros de sabiduría que pudieran encontrarse en el tesoro real de los bizantinos, negándose Amr a disponer de tales libros sin la autorización del califa Umar Ibn al-Jattāb (591-644), la que solicitó por carta, recibiendo la respuesta conocida.

Por otra parte, dice este autor, Ibn al-Qifti comete una acronía al ubicar a Juan el Gramático a mediados del siglo VII. Éste, también llamado Juan Filopón (Philoponos), había sido un filósofo y gramático griego cristiano que vivió entre 490 y 566 y jamás pudo estar con vida en Alejandría en 641. Dice El-Abbadi: "Más importante es el segundo relato, mucho más completo, que Ibn Al-Qifti proporciona en su Historia de los Sabios (en el siglo XIII d.C. o siglo VII de la Hégira)... Amr ordenó entonces repartir los libros entre los baños de Alejandría para que fueran utilizados como combustible para la calefacción, se requirieron seis meses para quemarlos." "Escuchad y maravillaos", concluye el autor. Después de Ibn Al-Qifti, otros autores árabes repitieron su relato, a veces entero, a veces de forma abreviada. No fue conocido en Europa hasta el siglo XVII, cuando dio pie a una polémica sobre la autenticidad de todo el relato.

Además, señala el autor a partir del siglo IV los libros solían ir escritos sobre pergamino, que no arde. El móvil del uso económico, consistente en quemar los libros para calentar los baños públicos, revela el carácter ficticio de toda la historia.³

Veamos lo absurdo de esta historia realizando un simple cálculo matemático: se pretende que el número de los baños que fueron calentados por los volúmenes de

³ p. 186-187.

la biblioteca eran cuatro mil. Por consiguiente, si se hubieran destruido veinte volúmenes solamente por baño y por día, el total luego de seis meses sería de 14 millones cuatrocientos mil volúmenes. Ahora bien, si los baños de Oriente tenían piscinas de agua caliente a sesenta grados, es totalmente imposible que veinte volúmenes puedan dar el número necesario de calorías; y si tenemos que multiplicar por cinco, como ejemplo, el número de volúmenes de cada baño, se pasará al límite del desatino. Tengamos presente que el número mayor de volúmenes que albergó la biblioteca alejandrina fue de setecientos mil, y es probable que ésa sea incluso una cifra un poco exagerada.

Siguiendo el hilo de la investigación de este autor concluimos que "Primeramente, el pasaje relativo a Juan el Gramático esta extraído casi literalmente de la obra de Ibn Nadim [que vivió en Bagdad entre 936-c.995/998, autor del famoso Kitab al-Fihrist, 'El Libro de los índices']... Es significativo que Al-Nadim hubiera consignado todos los detalles tomados por Al-Qifti sobre la vida de Juan el Gramático, incluyendo su relación con Amr; pero no menciona la conversación sobre la biblioteca... en cuanto al pasaje relativo al divertido intercambio de mensajes entre Amr y el califa, y el modo tan utilitario de emplear los libros para calentar los baños, no se encuentra ninguna fuente más antigua. Esto muestra que, hasta el siglo XII, los escritores árabes y bizantinos se interesaban por la Biblioteca de Alejandría y su historia, pero ninguno de ellos tenía constancia de que hubiera sobrevivido hasta la conquista árabe. Es, por lo tanto, razonable pensar que sólo el tercer pasaje, el que se refiere a los libros arrojados al fuego por Amr, es una invención correspondiente al siglo XII (siglo VII de la Hégira).

Si se quiere confirmar esta suposición, hay que aportar dos precisiones. ¿Qué acontecimiento se produjo en el siglo XII que pudiera suscitar un repentino interés por el destino de la Biblioteca de Alejandría y que se llevara a responsabilizar a Amr de su destrucción? Por otra parte, ¿por qué después de un total silencio de más de ocho siglos tras la destrucción del Serapeum, Ibn Al-Qifti se muestra tan deseoso de contar tal historia con todo lujo de detalles?

Para responder a la primera pregunta, debemos recordar que los siglos XI y XII (siglos V y VI de la Hégira) fueron una época decisiva en la historia de las Cruzadas y determinante en la historia del mundo. Es en esos dos siglos cuando se decide el futuro de la historia del mundo... Por entonces ya se sabía que, en las grandes ciudades del mundo musulmán, había bibliotecas célebres que reunían gran cantidad de libros y, concretamente, antiguos libros griegos... La traducción del árabe al latín se convirtió en un elemento clave para el renacimiento del saber, y muchas obras de los clásicos griegos fueron conocidas indirectamente en Europa gracias a traducciones árabes. Además de las obras de Euclides, las de Hipócrates y las de Galeno, la Almagesta de Ptolomeo, las de Aristóteles con los comentarios de Avicena, las de Averroes y muchas otras fueron sistemáticamente investigadas y traducidas del árabe al latín en Occidente, durante los siglos XII y XIII.

Durante esa época, la situación de los libros y de las bibliotecas en el Oriente musulmán fue totalmente diferente. Algunos incidentes ocurridos en tiempos de las Cruzadas, en los siglos XI y XII, tuvieron como consecuencia la destrucción de las bibliotecas. El primer hecho de este tipo tuvo lugar durante la gran hambruna que azotó Egipto hacia 1070 (460 de la Hégira): el califa fatimita Al-Mustansir se vio obligado a poner en venta miles de libros de la Gran Biblioteca Fatimita de El Cairo para pagar a sus soldados turcos. En cierta ocasión vendió "18.000 libros relacionados con las ciencias antiguas"...

Tras establecer su poder en Egipto, Saladino necesitaba mucho dinero para proseguir sus campañas contra los cruzados y pagar a quienes le habían ayudado o servido. Por eso ofreció o puso en venta muchos de los tesoros que había confiscado. Sabemos que en dos ocasiones las colecciones de las bibliotecas públicas figuraron entre estos tesoros... Según Maqrizi [historiador nacido en el Líbano en 1365 y muerto en Egipto en 1442, autor de al-Jitat, 'El Catastro'], después de que Saladino conquistara Egipto (1171, 567 de la Hégira), anunció la distribución y venta de los enseres de la célebre biblioteca fatimita... El hecho

aparece confirmado por los detalles aportados por Abu Shama [historiador damasquino que vivió entre 1203-1268, autor de Kitab ar-Raudatein fi ajbar al-daulatein, 'Libro de los dos jardines'], quien cita a uno de los ayudantes de Saladino, Al'Emad, que indicó que la biblioteca contenía en aquella época "120.000 volúmenes encuadernados en cuero de los libros inmortales de la antigüedad...; ocho cargamentos de camello transportaban parte de estos libros hasta Siria". Así fue como Saladino liquidó los restos de una biblioteca que antaño, según Abu Shama, había contenido más de dos millones de volúmenes, antes de que los fatimitas empezaran a venderlos... De todo esto se deducen dos puntos importantes. En primer lugar, había un importante aumento de la demanda de libros en Occidente en la época de las Cruzadas, en concreto en el siglo XII, un período en el que Europa recupera el gusto por el saber y que ha sido llamado protorrenacimiento. El segundo aspecto sorprendente es la tristeza que se desprende de los relatos, y que se traduce en el sentimiento generalizado de rencor y descontento ante la pérdida de tan preciado patrimonio de sabiduría. Saladino fue punto de mira de amargas críticas, en particular de algunos supervivientes del antiguo régimen, a los que temía y que intentó eliminar. En consecuencia, era necesario que los partidarios del nuevo orden se movilizasen para defenderlo y justificar los actos del nuevo soberano. Sin duda fue por eso por lo que Ibn Al-Qifti [su padre había servido a Saladino como juez en Jerusalén y él mismo fue juez en Alepo desde 1214] hizo figurar en su Historia de los Sabios el fantástico pasaje de la orden dada por Amr de utilizar los libros de la Antigua Biblioteca de Alejandría como combustible para calentar los baños públicos de la ciudad, con lo que daba a entender que es menor crimen el vender los libros en una situación de necesidad, que arrojarlos al fuego"⁴

La biblioteca de Pérgamo

La única biblioteca que pudo rivalizar con la de Alejandría fue la de Pérgamo según la opinión de Siegnobos (1930), que era un reino de Asia Menor. Según la

⁴ P. 188-196.

leyenda, la ciudad de Pérgamo fue fundada por Pérgamos, hijo de Neoptólemo (hijo de Aquiles y Deidamia) y Andrómaca. En el 560 A. C. la ciudad le pertenecía de Creso, rey de Lidia y luego dependió de Ciro III de Persia.. La ciudad de Pérgamo fue fundada por Átalo I. Se dice que cuando Alejandro Magno venció a Darío III dominando toda Asia Menor, nombro gobernadora de Pérgamo a Barsine viuda de un comandante persa de Rodas.

Esta biblioteca, dice Dahl (2001), formaba parte de un proyecto real de convertir a esta ciudad en un Centro artístico literario del Asia Menor. Por este motivo su sucesor logró reunir a un numeroso grupo de eruditos que se ocuparan de estudios lingüísticos literarios para competir con sus colegas de Alejandría.

El edificio que estaba destinado a la biblioteca estaba ubicado cerca del templo de Atenea y del altar de Zeus y contaba con una amplia sala de lectura y el resto del local se empleaba para almacenar el material. Esta biblioteca fue fundada por Eumenes II y su primer director fue Crates de Malo, filósofo estoico que tuvo gran prestigio en Roma y logró reunir unas 20.000 obras.

Esta biblioteca fue considerada como la biblioteca helenística más importante, tras la de Alejandría, creada precisamente imitándola, compitió directamente con ésta en cuanto a visitantes y contenido. Cuando la dinastía egipcia de los Ptolomeos decidió interrumpir la exportación de papiro, vital para la realización de los rollos con los que se manufacturaban los libros, los encargados de la Biblioteca de Pérgamo no se rindieron ante su “hermana” mayor y, gracias a su ingenio, idearon un nuevo tipo de soporte, conocido desde entonces como pergamino y fabricado a partir de pieles de reses. Al igual que los ptolemaicos, los reyes de Pérgamo dedicaron grandes esfuerzos a la conservación y promoción de obras de arte así como a la recopilación de todo el saber de su tiempo por medio de la copia de libros. Esto fue así porque pensaron que, de esa forma, lograrían convertir a su ciudad en un centro de poder al menos tan importante como Atenas. Desde que fue fundada por el rey Atalo I Sóter, el número de libros contenido en la biblioteca

fue creciendo con rapidez hasta alcanzar, según algunas fuentes, cerca de trescientos mil ejemplares. Dice la leyenda que los manuscritos de Aristóteles, sin ser publicados ni copiados, eran guardados como un tesoro de valor incalculable en la biblioteca y sólo gracias a los romanos, sobre todo por la insistencia de Cicerón, se logró darlos a conocer a todo el mundo. Tras su época de esplendor, tal y como le sucederá a la Gran Biblioteca de Alejandría, su homónima de Pérgamo sufrió varios saqueos y, finalmente, fue destruida.

Desde el inicio circularon muchos rumores sobre la rivalidad entre las biblioteca de Alejandría y Pérgamo, lo que resulta comprensible, teniendo en cuenta la importancia de ambas para sus respectivas ciudades.

Podemos mencionar el hecho de que Aristófanes de Bizancio fue invitado a desplazarse de Alejandría a Pérgamo para dirigir la biblioteca. Lo cierto es que no solo el rey no le otorgó permiso para su viaje, sino que adicionalmente lo encarceló. Otro tema de rivalidad se halla en el hecho de que los reyes de Pérgamo inventaron el pergamino ya que los Ptolomeos prohibieron la exportación de papiro. Hay muchas otras versiones sobre la rivalidad entre ambas bibliotecas.

Una moda: las bibliotecas en Roma

Dahl (2001) señala que durante el Imperio Romano se extendió entre los potentados y también entre muchos miembros de profesiones liberales la necesidad de contar con bibliotecas privadas en sus hogares. De entre todas ellas la más conocida es la conocida como Villa de los papiros, una gigantesca residencia situada en la ciudad romana de Herculano, sepultada al igual que Pompeya durante una erupción del Monte Vesubio. Fue redescubierta por los arqueólogos en 1785 y, para asombro de todos, contenía todavía casi dos mil rollos de papiro carbonizados que están siendo recuperados actualmente por medio de técnicas de alta tecnología.

También, agrega, muchas de estas bibliotecas privadas fueron constituidas con los libros que se trajeron de oriente los generales victoriosos como Lucio Emilio Paulo quién ofreció a su hijo, conocido en la historia como Escipión el Africano los libros de la última biblioteca del rey de Macedonia, Perseo, después de derrotarlo en Pidna. Luego, Sila se apoderó de los libros de Aristóteles que había adquirido Apelícón, al igual que los que reunió Lucio Lúculo durante sus conquistas en Asia Menor.

En el siglo II A. C. las bibliotecas contaban con mucho material de origen griego. De igual manera las bibliotecas públicas que con posterioridad se construyeron en Roma, copiaron el modelo de la de Pérgamo, se las situaba frente a un templo y tenían una sala para depósito y un pórtico para leer, adornado con pinturas y bustos de escritores célebres. Tienen dos secciones con libros latinos y griegos. Escolar Sobrino (1990) afirma que César quiso dotar a Roma de una gran biblioteca pública con secciones griega y latina, para lo cual reunió y ordeno libros de Marco Terencio Varrón De bibliothecis III para guiarse en la ordenación de esta biblioteca. Lamentablemente, César nunca pudo ver finalizado su proyecto debido a su muerte. Por ese motivo, el archivo de Roma, el Tabularium, del año 79 A. C. fue anterior a la primera biblioteca pública que finalmente fundó Asinio Polión, general, orador, historiador y poeta. Esta biblioteca se situaba en el Atrio de la Libertad con las ya clásicas dos secciones, griega y latina. Por propuesta de Augusto, que era un amante de los libros, utilizó el dinero que tomo de la campaña de Iliria (39 A. C.). la decoró con bustos de escritores ya fallecidos con excepción del busto de Varrón.

Por su parte, Augusto, creaba en Roma dos grandes bibliotecas, una en el campo de Marte en el año 33 A. C. o Pórtico de Octavia y la otra en el Palatino, junto al templo de Apolo en el 28 A. C. La primer biblioteca tenía unos dieciocho mil metros cuadrados cerrados por una doble columnata, en cuyo centro se levantaban dos templos dedicados a Júpiter y a Juno y dos salas muy amplias, la primera para reuniones políticas y la segunda para encuentros y conversaciones

casuales. Su primer bibliotecario fue Gayo Meliso, liberto , profesor y autor dramático. El templo de Apolo y la biblioteca se erigieron en un espacio similar al de la biblioteca del Campo de Marte. Tenía un pórtico, retratos de escritores célebres y una imponente estatua de Apolo. Los libros fueron reunidos por Pompeyo Macer y el director fue Julio Higinio, liberto, uno de los filólogos más importante de su época.

Luego, Tiberio creó una biblioteca pública junto a su palacio. Vespaciano hizo otra junta al templo de la paz. La de Trajano en el año 113, llamada Ulpia era rival de la de Alejandría y la de Pérgamo. Se situaba en el fondo del Foro de Trajano entre la Basílica Ulpia y el Templo del Divino Trajano. Constaba de dos edificios, uno para cada una de las secciones, ambos de cuatrocientos cincuenta cuadrados. Es probable, que además funcionara como archivo histórico por la enorme cantidad de documentos públicos que albergaba. Lo cierto es que en tiempo de Constantino ya existían veintiocho bibliotecas públicas, de ahí la importancia que para los gobernantes tenían las bibliotecas.

Dahl (2001) dice que Tiberio creó el cargo de Procurator Bibliothecarum, o sea, Director General de Biblioteca, a cuyas órdenes se encontraban los bibliotecarios que cumplían funciones en ellas. En una primera etapa estos cargos los ocupaban los libertos, pero con posterioridad se les ofrecían a los que pertenecían a las órdenes ecuestres, esto indica que el sueldo y la categoría eran elevados, y este cargo pertenecía al cursus honorum, o carrera administrativa; los postulantes tenían buena formación administrativa e intelectual. El funcionamiento de las bibliotecas dependía de los gustos de los emperadores romanos. Los edificios y sus colecciones fueron muy pequeñas, ya que los romanos preferían trabajar aislados en sus bibliotecas privadas o en las de sus amigos y solo acudían a las bibliotecas públicas en busca de ejemplares muy raros o costosos, que normalmente retiraban en préstamo. Los libros, tanto en las bibliotecas como en las librerías se depositaban en estantes llamados plutei, que estaban fijadas a las paredes, también se empleaban armarios cuyo uso se generalizó cuando el códice

sustituyó al rollo. Si bien no existía una doctrina bibliotecaria, podemos señalar algunas obligaciones que estos expertos debían cumplir: conocer y mantener ordenados los libros, buscar copistas escrupulosos y hombres cultos para corregir su trabajo, reparar los libros deteriorados y no comprar libros lujosos sobre pieles de púrpura a no ser expreso pedido del emperador, y sugerir la lectura de libros o en su defecto recomendar escuchar la lectura para que pueda comentarla.

Las bibliotecas privadas se generalizaron en el Imperio durante el siglo I. Esto se advierte a partir de las excavaciones realizadas que descubrieron gran cantidad de bibliotecas y rollos carbonizados, como en las ruinas de Pompeya, Timgad en el N de África, etc.

Cavallo y Chartier (1998), testimonian en su texto que a partir del siglo III A. C. los usos del libro en la civilización romana se demuestran más extendida y articulada a los pliegues de una sociedad ya cambiante. Esto originó la circulación de una gran masa de productos escritos, dando paso con ello, a una creciente demanda de libros y lecturas, que halló respuesta en un plano triple: la creación de bibliotecas públicas y privadas, el cambio de formato del libro que pasó del rollo de papiro al códex de pergamino y el florecimiento de una tratadística orientada a guiar al lector en la selección y adquisición de libros que provocaron el surgimiento de una nueva cultura de aprecio hacia la lectura de esta manera, el acto de leer dejó de ser una actividad despreciada y ex profeso de los esclavos para constituirse en un símbolo de sabiduría y ostentación de poder económico y de una cultura de fachada en el mundo de las representaciones de la sociedad romana.

Estos autores enfatizan que en la sociedad grecorromana de entonces, libros y lectura formaban parte de las muestras de bienestar y de los comportamientos de una vida adinerada, al grado que en los siglos II y I A. C. los libros y las bibliotecas griegas pasaron a constituir invaluable botines de guerra que eran disputados por las más altas esferas romanas. En la civilización romana también se llevó a cabo

un nuevo giro en torno a las prácticas de la lectura, y es que, en la sociedad romana, principalmente las altas esferas sociales comenzaron a privilegiar la lectura reflexiva en silencio, la práctica de esta novedosa forma de lectura se hizo manifiesta en las construcciones de muchas bibliotecas públicas y privadas que empezaron a tener como parte de sus espacios físicos jardines, pórticos y grandes salas reservadas exclusivamente para la práctica de una lectura individualizada y silenciosa. La élite romana solía llamar a éstas áreas acondicionadas “espacios donde se hacía la vida”.

Otra de las aportaciones importantes que tuvieron sus orígenes en Roma fue la aparición de colecciones de libros escritos especialmente para determinados sectores de la población menos “cultos” a fin de fomentar el sano entretenimiento, dentro de las que destacaron aquellos libros destinados solamente a las mujeres, las cuales en la época imperial, se iban emancipando y por lo menos algunas penetraron al mundo de la palabra escrita.

Las bibliotecas privadas fueron muy útiles para los amigos e invitados del dueño, al igual que para los esclavos de la casa, que se desempeñaban como secretarios, bibliotecarios y profesores. Las bibliotecas, fueron sumamente importantes en la vida de los romanos.

Dilke (1977) nos dice que al comenzar el siglo IV el Imperio Romano sufrió un cambio radical con variadas repercusiones, entre ellas nos interesa de manera particular aquellas que están vinculadas a la cultura y en especial las relacionadas con los libros y las bibliotecas. Todo comenzó en el 313 con el llamado Edicto de Milán del emperador Constantino que proclama la devolución a los cristianos de los bienes que se le habían incautado y declara la libertad de cultos. Por ese motivo, el libro y las bibliotecas cristianas fueron protegidas de manera oficial, alcanzó un gran desarrollo con respecto a la decadencia por la cual estaba atrevasando la cultura pagana. Sin embargo, ya mucho tiempo antes, las comunidades cristianas acumularon muchísimos libros que utilizaban en sus

ceremonias y en la privacidad de su hogar, se puede decir que hacia finales del siglo III las comunidades cristianas poseían bastantes libros, muchos de los cuales fueron destruidos durante la época de las persecuciones de Dioclesiano.

Los libros empleados por los cristianos eran códices formado por hojas de pergamino. Sus bibliotecas se reducían a armarios embutidos en las paredes en los cuales guardaban sus libros. El cristianismo naciente, por tanto, se desarrollo alrededor de los libros, mediante bibliotecas en las iglesias. En Cesarea, Eusebio, el famoso historiador de la Iglesia, regentaba ya en el Siglo III-IV una biblioteca con 30.000 volúmenes. San Agustín, consideraba su biblioteca como su posesión más valiosa y la legó a la iglesia de Hipona. Tanto los Padres Apostólicos como los Apologistas fueron grandes usuarios de las bibliotecas y prolíficos en su producción literaria: Clemente, Ignacio, Policarpo. Tertuliano. Sobre el Siglo III-IV, aparte de la de Constantinopla, existían importantes bibliotecas cristianas en Cesarea, Hipona y Antioquía.

Son pocas, dice este autor, las bibliotecas cristianas que conocemos de esta época; podríamos mencionar la que se formó en la primera mitad del siglo III en Jerusalén por su obispo Alejandro, y que fue utilizada por Eusebio de Cesarea para su Historia Eclesiástica. Parece que mucho más importante fue la que reunió a finales de la centuria en Cesarea de Palestina el discípulo de Orígenes, Pánfilo. La fama de esta biblioteca no fue por la cantidad de obras reunidas sino por la calidad de las mismas. Allí se conservo el original en hebreo del Evangelio de San Mateo y la mayoría de las obras de Orígenes. Un lector muy asiduo de esta biblioteca fue San Jerónimo, en especial pasaba muchas horas leyendo la Hexapla que era una edición del Antiguo Testamento hecha por Orígenes con el texto dispuesto en seis columnas. Las dos primeras contenían el texto en hebreo, una en caracteres hebreos y otra con caracteres transcritos al griego. Las cuatro columnas restantes daban las versiones griegas de Aquila, Símaco, LXX y Teodoción. San Jerónimo también ha mencionado, porque trabajó en él el Archivum construido en Roma por el Papa San Dámaso, el cual estaba adornado

con pórticos como las bibliotecas romanas, y en el que se custodiaban documentos pontificios, así como también, obras religiosas y literarias muy valiosas.

Tras la caída del Imperio Romano, la invasión de los Bárbaros arrasó la mayor parte de las bibliotecas que se vieron, hasta la invención de la imprenta, confinadas, (y así afortunadamente preservadas), a los Monasterios. El monte Athos y Montecassino son algunos de los testimonios más evidentes aunque, en realidad, la lista es muchísimo más extensa. Sin embargo, debemos aclarar que las bibliotecas de la edad media no son una continuidad de las de la antigüedad, las cuales, en su gran mayoría desaparecieron debido a las invasiones de los bárbaros que saquearon y destruyeron las naciones que sometieron.

En Bizancio los libros gozaron de gran estima y respeto. Este imperio albergó en su territorio diversos pueblos, y lo logró manteniendo su y reforzando su herencia cultural.

La cultura del libro dio lugar a la aparición de bibliotecas pertenecientes a instituciones políticas, religiosas y educativas. También existieron importantes bibliotecas privadas, las cuales se limitaban a un par de docenas de libros, debido, entre otras causas al costo de estos por la escasez de los materiales que los constituían, como piel, papiro, o papel y porque la mano de obra de los copistas era cara. Dahl (2001) señala que la escasez de materia escritoria provocó que en algunos lugares, como los monasterios, a que se borrarán los textos antiguos para reutilizar los pergaminos. La circulación de libros era mínima y no existía una industria del libro. La producción se veía limitada a la copia de algún libro, siempre por encargo, y efectuadas por copistas profesionales. Solo los emperadores y las personas acaudaladas podían mantener copistas e iluminadores a su cargo pagándoles un sueldo. Tanto los profesores como los estudiantes dedicaban parte de su tiempo a copiar sus propios libros. Por lo tanto, el comercio era meramente ocasional y básicamente se orientaba a la adquisición

de libros usados que se vendían cuando sus dueños fallecían o cuando las familias tenían problemas de dinero.

Escolar Sobrino (1996) nos comenta que la antigua cultura griega encontró un refugio especial contra la amenaza de los bárbaros en el Imperio bizantino. El emperador Constantino el Grande decidió, en el siglo IV, convertir la capital del imperio romano de oriente, Bizancio (Constantinopla), en un centro cultural, para lo cual fundó, con la colaboración de sabios griegos, una biblioteca, donde sin duda la literatura cristiana se encontraba ampliamente representada, aunque también había un gran acervo compuesto por obras entonces consideradas como paganas, obras que más tarde, bajo el reinado de Juliano el Apóstata, contaron con un espacio propio. La biblioteca de Constantino se incendió en 475, fue reconstruida y aunque con la conquista de la ciudad por los Cruzados en 1204 sufrió grandes deterioros, aún existía cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos en 1453. El saqueo que entonces sufrió representó una pérdida irreparable para la cultura universal. El sueño de Constantino de hacer de Bizancio la capital cultural del mundo no sólo fue recreado con la construcción de bibliotecas. En la academia de Bizancio, también fundada por Constantino, se estudiaron y transcribieron los clásicos griegos, y los monasterios bizantinos se convirtieron en el refugio de la cultura griega. El más famoso de todos fue el convento del Studion, en Bizancio, cuyo abad Teodoro, en el siglo IX, dio normas de cómo tenía que regirse el taller de copistas y la biblioteca. Quizás más famoso aún es el monasterio del Monte Atos, en el Egeo, en el que aún hoy en día se encuentran varios miles de manuscritos, de los que los más antiguos son, por lo general, de contenido teológico y litúrgico o musical.

Otros sitios que conformaron el ambiente cultural de Bizancio fueron el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí y el Monasterio del Sinaí de donde procede el Codex Sinaiticus, hoy en el Museo Británico de Londres.

Las bibliotecas árabes

Un hito importante en la historia la constituyen las bibliotecas árabes. En el siglo VII al iniciar Mahoma su predicamento surge el Islam, nómadas que viven del pastoreo y la caza, pero que son muy hospitalarios con sus visitantes, por ese motivo pueden movilizarse de manera continua, ya que siempre encontrarán albergue. Este pueblo logró su unidad cultural por la lengua común y por su rica literatura oral. Dahl (2001) comenta que se trata de una cultura analfabeta, ya que a pesar que en el siglo VII si bien existía un alfabeto la escritura solo era empleada por los comerciantes para llevar las cuentas. El primer libro escrito en árabe fue el Corán en el que se recoge la palabra de Mahoma. Los árabes por una cuestión religiosa impusieron su lengua a los pueblos que dominaban, en estas condiciones la arabización fue más rápida entre los semitas que ocupaban territorios próximos a Arabia y se hizo más lenta en los territorios que estaban más alejados.

Pedersen (1984) considera que las necesidades administrativas originaron el nacimiento y desarrollo de la prosa literaria árabe, la cual surgió gracias a los funcionarios formados junto a los bizantinos y sasánidas, los cuales aprendieron, para poder mantener sus puestos, la lengua de sus conquistadores. De igual manera, tuvo mucha influencia el uso de relatos cortos que narraban los acontecimientos heroicos y notables cuya finalidad era reforzar la gloria de Dios. También aparecieron cartas de propaganda como consecuencia de las luchas religiosas que ensangrentaron los orígenes del Islam. En las mezquitas se formaron bibliotecas que contaban con un gran acervo debido a la donación; se trataba de obras de estudio y religiosas. Estas bibliotecas solían tener más cantidad de libros que las de la antigüedad y que las cristianas de su época, debido, principalmente, al bajo costo de los libros y a su fácil reproducción. El papel era barato y las copias se podían realizar con rapidez ya que no se consignaban las vocales; no obstante, algunos libros resultaban costosos porque se los embellecía por la calidad de la caligrafía y por los adornos en colores. También eran costosas las copias autenticadas por el autor y su borrador. Todos estos ejemplares estaban destinados a las bibliotecas de bibliófilos.

Hourani (2004) dice que no solo los eruditos y estudiantes, sino también los miembros de las familias urbanas que se habían educado leían libros. Existía un buen número de obras escritas en árabe por lo que se desarrolló una autoconciencia cultural. Lo importante es que los libros eran fácilmente asequibles, esto se logró gracias a la difusión de la manufacturación y del uso del papel a partir del siglo IX y al abaratamiento de las copias de los libros. El propio autor o un erudito dictaba el libro a los escribas y luego escuchaba o leía las copias y las autentificaba con un iyaza o certificado de transmisión auténtica. El proceso se difundió porque los que habían copiado un libro autorizaban a otros a copiarlos, de modo que los libreros vendían las copias y sus tiendas se ubicaban muy cerca de las mezquitas, razón por la que muchas de estas obras eran adquiridas por las bibliotecas.

Este autor menciona que las primeras bibliotecas que se conocen fueron creados por los monarcas, la Casa de la Sabiduría en Bagdad por el califa Mamún y la Casa del Saber fundada en el siglo XI en El Cairo de los Fatimíes. Ambas eran verdaderos centros de estudio y de difusión de las ideas que favorecían los gobernantes, es decir, las ciencias racionales en época de Mamún y el saber de los ismailíes en El Cairo. Las bibliotecas se multiplicaron porque se aceptó que los libros contribuían al estudio y enseñanza de la religión. Muchas mezquitas tenían bibliotecas anexas para uso de los eruditos y como centros de copiado y transmisión de manuscritos. Los canonistas solo admitían los libros que conducían al saber religioso. Así, los palacios y residencias contaban con imponentes bibliotecas y muchas de ellas contaban con copias de excelente caligrafía e ilustrados con imágenes. Gran parte de la producción de los que leían libros y los escribían pertenecían a la denominada literatura de recopilación: diccionarios, comentarios acerca de literatura, manuales de práctica administrativa, historiografía y geografía. Las obras históricas eran sumamente apreciadas por eruditos, estudiantes y público en general. Para los monarcas estas obras eran fundamentales ya que la historia suministra una lista de las glorias y realizaciones

de una dinastía así como recopilaban una serie de lecciones y ejemplos sobre el arte de gobernar.

Otro género importante fue la geografía. Los que escribían obras de geografía combinaban los conocimientos derivados de los escritores griegos, iraníes e indios con las observaciones de los soldados y viajeros. Algunos solo relataban las historias de sus propios viajes y lo que habían observado, otros, estudiaban sistemáticamente los países y listaban sus cualidades naturales, sus pueblos y costumbres. También hacían referencia a las rutas que los unían y las distancias que había que recorrer.

Los burgueses se sentían atraídos por el tipo de pensamiento que era el producto de la observación y la deducción lógica a partir de principios racionales. Por su parte, la astronomía tenía un valor práctico porque suministraba los medios para calcular las fechas y las épocas.

Labarre (2002) comenta que la cultura árabe recibió influencias de la bizantina, recordamos que, los árabes conservaron y transmitieron al Occidente una parte notable de la cultura griega. También tuvieron una gran influencia de la comunidad judía y cristiana, especialmente de las nestorianas que en la Edad Media habían establecido iglesias en toda Asia; los cristianos proporcionaron muchos escritores a la literatura árabe, como por ejemplo el médico Mesué. Las bibliotecas que dan testimonio del alto nivel cultural de los árabes medievales eran considerables. La prescripción del Corán que prohíbe representar al Señor y a las criaturas animadas explica el aspecto tan original del arte decorativo musulmán y la importancia que en él adquiere la caligrafía. La función de ésta no es solo la de reproducir un texto sino también de decorarlo. Por eso el arte musulmán es el único que hizo un elemento decorativo de las inscripciones monumentales: la escritura cúfica que había dejado de ser una escritura usual, es el tipo mismo de la escritura monumental. El virtuosismo de los escribas era muy apreciado; los

calígrafos eran al mismo tiempo iluminadores, lo que explica la influencia de la escritura sobre la miniatura.

Escolar Sobrino (1990) comenta que los califas omeyas se rodearon por personas que conocían la cultura griega e hicieron traducir muchas obras de carácter científico. Se destaca el interés por la cultura del segundo califa abbasí al – Mansur, quién traslada la capital a Bagdad, ciudad construida a orillas del Tigris. Esta ciudad se emplazó en un lugar privilegiado y muy pronto se convirtió en el centro de la red de las rutas de comercio del mundo islámico. Con el transcurso del tiempo el poder político de la ciudad se fue reduciendo debido a pérdidas territoriales, pero la religión islámica continuo con su expansión por lo que se observaba un contraste entre la unidad religiosa y la fragmentación política. Esta fragmentación no impidió el auge económico, ni el cultural, ya que la unidad religiosa y lingüística y la peregrinación a la Meca facilitaron los desplazamientos de las personas, el comercio e intercambio de ideas, el que se vio también favorecido por la difusión del libro.

El califato abbasí se destaca por el gran desarrollo científico, tanto que el califa al-Mansur reunió obras persas y griegas y ordeno su traducción, sus sucesores (su hijo y nieto) mantuvieron una política similar. Con posterioridad su bisnieto al-Mamún fundo la conocida batí al-hikma, donde acrecentó el patrimonio heredado incorporando obras extranjeras que trajo de Bizancio y Persia. Esta institución era un centro de investigación con una imponente biblioteca. Allí se alojaban a aquellos que se dedicaban a la traducción de obras, astrónomos, lexicógrafos, teólogos y alfaquíes, quiénes gracias a la ayuda económica que recibían se podían dedicar al estudio. El funcionamiento de este lugar era similar al de la Biblioteca de Alejandría, por lo que el califa se reunía allí con sus huéspedes de la fundación y escuchar y participar de los debates teológicos. A través de estos actos los califas incentivaron a personajes importantes de la sociedad a buscar obras trascendentes y encargar su traducción, favoreciendo de esta forma el tráfico cultural y la formación de bibliotecas privadas.

Dahl (2001) menciona también a los miembros de la dinastía fatimí, que gobernó entre el 909 y el 1173 en el norte de África y en Egipto, y cuyos jefes usaban el título de califa porque se consideraban descendientes de Mahoma. Estos gobernantes crearon bibliotecas en sus palacios y colaboraron en la creación de bibliotecas en las mezquitas. La biblioteca de palacio en época de al-Aziz disponía de muchos ejemplares de las grandes obras distribuidas por materia en cuarenta habitaciones, estaba atendida por un bibliotecario, Ali b. Mamad al-Shabusthi que conversaba mucho con el monarca sobre asuntos literarios. Su sucesor al-Hakim estableció una gran biblioteca en El Cairo para difundir las ideas religiosas y como lugar de encuentro para debatir temas importantes con prestigiosas figuras. Esta biblioteca estaba abierta para todos aquellos que quisieran consultarla y además se les suministraba papel, pluma y tinta gratis para poder hacer una copia de la obra. Hacia 1068, debido a una revuelta provocada por una mala cosecha que sumió a la gente en hambre, la biblioteca fue saqueada. Los libros fueron vendidos, quemados o arrojados al agua. Con el nuevo califa al-Mamún la biblioteca pudo rehacerse en 1123 en un nuevo edificio, pero setenta años más tarde, los libros fueron dispersados por Saladino cuando terminó la dinastía fatimí en el 1171. Existieron bibliotecas similares, pero no tan importantes en otras ciudades, pero realmente, esta fue la más espléndida de las bibliotecas que tuvo el Islam. Existieron también bibliófilos que reunieron una gran cantidad de obras que pusieron al servicio de los estudiosos. Por este motivo surgieron muchas bibliotecas privadas dotadas de una gran colección de obras escogidas personalmente por sus dueños. Estas colecciones estaban conformadas por libros valiosos en contenidos y por libros preciosos. Además, en esta época los libros se pusieron de moda y la gente los guardaba en sus casas como verdaderos tesoros. Fue así como surgió un importante mercado librero, cuyos miembros disponían de copias y también adquirían y subastaban.

Pedersen (1984) nos informa de lo que sucedía en la España arabizada. En esta región la cultura árabe desplazó con rapidez a la latina, tanto en el campo literario como en el científico. Este avance cultural se vio favorecido por la aparición de

bibliotecas y por el gran interés que suscitaron los libros. Una de las bibliotecas más importante es la que reunió en Córdoba el califa al-Hakam III. Este califa era un protector de hombres estudiosos, a los que acogía con generosidad. Al frente de esta biblioteca que estaba instalada en el alcázar estaba el eunuco Talid, a cuya órdenes trabajaban los copistas, iluminadores, encuadernadores y una serie de eruditos encargados de la corrección de las copias. El califa, además, tenía un copista a sueldo en Bagdad para que le copie obras desconocidas, y representantes en capitales de Oriente para que adquieran libros. También existieron numerosas bibliotecas privadas, algunas pertenecientes a modestos maestros de escuela. Otras pertenecían a bibliófilos, algunos de ellos eran mujeres como Aixa, que tuvo grandes aficiones literarias y habilidad como copista, y conformó una de las colecciones bibliográficas más importantes y prestigiosas de Córdoba.

Lo cierto es que la España Musulmana o al Andalus durante los primeros siglos del Islam fue una dependencia cultural del Oriente, aunque rápidamente, por la cantidad de viajes que hicieron los españoles y su avidez de conocimiento traían de sus viajes gran cantidad de libros, existió un gran desarrollo de la producción y del comercio del libro. Esa afición por el libro estuvo teñida por la pasión por el contenido, por la carga ideológica, lo que desembocó en la destrucción de bibliotecas realmente muy buenas y la posterior quema de libros.

Escolar Sobrino (1996) comenta que las bibliotecas compartían el mismo espacio que las instituciones de las que dependían. Era escaso el número de bibliotecarios y de sus auxiliares, como lo era el de usuarios, que acudían más como copistas que como lectores. Por lo general no contaban con un espacio para su uso exclusivo, pero cuando sí se le asignaba, solía ser la sala más hermosa por su apariencia, extensión y altura de techo, coronada en ocasiones por una cúpula. Las puertas se cerraban con cortinas y en el suelo se colocaban alfombras o estereras, según la riqueza de la institución. Las paredes se solían embellecer con mármoles de colores, adosadas a ellas estaban los armarios de madera, a veces

metidas en nichos, labrados y decorados con inscripciones. En otras instituciones más modestas la biblioteca compartía el espacio, por lo que los armarios se adosaban a lo largo de las paredes de varias dependencias. Éstos tenían puertas de madera que se cerraban con llave, tratando de evitar los robos y el polvillo. Los libros se colocaban tumbados, debajo los de mayor tamaño para evitar que se cayera la pila. Se colocaba, además, un papel con el nombre del contenido del armario, pero sin colocar una signatura topográfica escrita en ellos o en un tejuelo adherido. Para ubicarlos con facilidad se colocaba el título en el corte inferior o superior, el que se fuera a mostrar al público. Estas bibliotecas tenían catálogo, a veces escritos en rollo y otras en cuadernos, cada uno con una materia diferente, que se confeccionaba en el momento de la entrega del lote fundacional. Constituían al mismo tiempo el catálogo topográfico y el inventario, ya que los libros se ubicaban en el armario siguiendo el orden estipulado en el catálogo. En cada armario solo se encontraban obras de una misma materia y que estuviesen juntos los ejemplares múltiples de una misma obra. Dentro del área temática existía una jerarquía para colocar los libros debiendo estar encima los más nobles. El Corán se colocaba en el punto más alto, debajo estaban las citas coránicas y debajo de ellas las que contenían hadices.

Dentro del catálogo las inscripciones o fichas de los libros se iniciaban con el ism o nombre, que incluía título, autor y materia cuando no se lo podía deducir del título, luego se consignaba el formato y el estilo caligráfico, ilustraciones y el número de volúmenes. Por lo general la clasificación temática se reducía a tres grupos:

- 📖 Ciencias religiosas (Corán, hadices, derecho, dogma, mística, etc.)
- 📖 Letras (filología, gramática, retórica, lógica, poesía, historia, literatura en general)
- 📖 Ciencias filosóficas (matemáticas, medicina, física, música, metafísica, etc.)

Las bibliotecas estaban a cargo de personas distinguidas, conocedoras de las obras que conformaban la colección. Esta persona gozaba de prestigio y categoría y su sueldo era ligeramente inferior al de un profesor. Tenía a su ordenes a un par de auxiliares (su número variaba de acuerdo al lugar en que se ubicaba la biblioteca y su importancia) y bedeles. Su misión era la de conservar libros, evitando su deterioro por el uso, robo o el daño provocado por agentes externos como la humedad e insectos. También, se responsabilizaban de la reencuadernación de los ejemplares cuando lo necesitaban. Debía mantener la colección perfectamente ordenada, ocuparse de las copias de los libros y de cotejar y enmendar los errores que pudieran tener las copias. Si la institución contemplaba la posibilidad de préstamo, debía supervisar la entrega del material y su posterior devolución en el tiempo acordado y en condiciones adecuadas. Además, este director o sahib, debía ocuparse de la administración de fondos económicos, para arreglar el local, adquirir mobiliario, obtener nuevas copias y mantener un stock de papel, tinta y pluma para atender los requerimientos de los usuarios que acudía más a copiar que a leer los ejemplares.

Las bibliotecas de la Edad Media

Si volvemos a pasar revista a las bibliotecas occidentales podemos decir que los últimos años del Imperio Romano estuvieron signados por la decadencia económico - social, que provocó un deterioro de la calidad de vida de los ciudadanos y favoreció la inmigración desde las zonas más pobres y atrasadas que se dirigían al Imperio con la ilusión de obtener un mejor pasar y mejorar sus vidas accediendo a una cultura superior. Después de la muerte de Teodosio, el Imperio se divide entre sus descendientes Honorio y Arcadio, quienes establecen sus respectivas capitales en Roma y Constantinopla. Es así que el Imperio Romano de Oriente, que poseía el legado cultural griego fue el menos afectado por este tipo de inmigración y logró conservar sus características culturales, manteniendo un aceptable grado de riqueza y prosperidad, con fronteras mucho más herméticas y manteniendo una actitud más conservadora que el Occidente.

Es así, que en un espacio relativamente corto de tiempo, el sistema cultural y educativo romano se desmoronó, sin poder ser suplantado por otro ya que la cultura de los pueblos bárbaros era sensiblemente inferior y fragmentaria. Por lo tanto, Europa Occidental transito por un período de recesión económica y cultural. Pero los pueblos bárbaros no querían imponer su cultura y costumbres sino adoptar la de los vencido, a quiénes admiraban.

Martínez de Souza (1992)⁵ señala que la decadencia de las bibliotecas romanas se inicio en el siglo IV y se completó en el siguiente al desaparecer las treinta y ocho que había en Roma en tiempo de Constantino. Probablemente la causa se encuentre en el desinterés social y en la fragilidad del papiro y su escasa resistencia frente a los incendios y a las ruinas que sobrevinieron en tiempos tan calamitosos. Lo cierto es que si bien desaparecían las bibliotecas paganas tímidamente aparecían otras, las cristianas al servicio de la religión que van a caracterizar la Edad Media. Estas bibliotecas están equipadas con armarios para que en ellos reposen los códices sustituyendo a los huecos o nidos donde se colocaban los rollos, y las mesas para depositar los códices durante la lectura. En Roma una de las primeras fue la establecida por el Papa Dámaso en la segunda mitad del siglo IV, contigua a la basílica de San Lorenzo, su finalidad era la de conservar los documentos de la Iglesia. En la siguiente centuria se construyó otra en el palacio de Letrán, residencia del Papa.

En un principio ambas surgieron como archivos, pero en época del Papa Adriano I, a finales del siglo VIII separó por el volumen alcanzado por la colección, la biblioteca lateranense del archivo. Estaba abierta al público y era utilizada como biblioteca de consulta por los pontífices y sus colaboradores, para resolver problemas teológicos. En el siglo XIII la biblioteca fue destruida por causas desconocidas. Durante el pontificado de Bonifacio VIII surgió la biblioteca Bonifatiana, tenía más de 400 códices y desapareció cuando los Papas se trasladaron a Aviñon.

⁵ P. 67 – 70.

El rey de los ostrogodos, Teodorico, educado en Bizancio y quién reinó en Italia entre el 493 y el 526 intentó, sin lograrlo, parar el declive de la cultura romana, para lo cual contó con la ayuda de Boecio. Este, con posterioridad fue acusado de conspiración y condenado a muerte, mientras esperaba su ejecución escribió “De consolatione philosophia”. Su amigo, Casiodoro, advertido de la suerte corrida por Boecio, abandonó la corte y creó en el sur de Italia un centro de jóvenes patricios dedicados al estudio del latín y al mantenimiento de su pureza. Serían estos los últimos intelectuales medievales laicos: a partir de aquí, la cultura quedará en manos de la Iglesia y ello le dará un sesgo definitivo que señalará las características propias de la Alta Edad Media.

Millares Carlo (1971) cuenta que estaba de moda que los hijos de los patricios se instalasen lejos de las ciudades formando pequeños grupos dedicados a la oración y al estudio, estos son los monajos o monjes que durante los siglos VI – VIII florecían en toda la cuenca mediterránea, especialmente en la occidental. Uno de estos monjes fue San Benito, quien fundó un monasterio de Monte Casino en las ruinas de una antigua residencia de Nerón. Tuvo muchos seguidores y, dado que las comunidades se componían siempre de un pequeño número de miembros, no tardaron en crearse otros centros de retiro. Para mantener la unidad entre las diferentes comunidades que surgían, San Benito elaboró una serie de normas que constituyeron las reglas de la orden y que tendrían una importancia decisiva en la actitud de los monjes y de los centros monacales durante la Edad Media. Para San Benito el libro tenía una importancia preponderante, así como, la lectura, la copia y conservación de manuscritos. Sus reglas ordenaban de forma detallada las horas que debían dedicarse al estudio y la lectura, y como se organizaría el trabajo en los monasterios para poder satisfacer la demanda constante de manuscritos.

Por otro lado, la Irlanda, evangelizada por San Patricio, ejerció una gran influencia sobre la cultura altomedieval europea. El alto grado de evangelización le permitió enviar monjes con funciones misioneras y de predicación al continente; estos con el tiempo fueron fundadores de monasterios, entre los cuales podemos nombrar el

monasterio de Bobbio, fundado por San Columbano, o el de Saint Gall, fundado por su discípulo Galo. Los ingleses, re-evangelizados por los irlandeses también enviaron apóstoles al continente, tales como Beda el Venerable, considerado el hombre más culto de su tiempo y San Bonifacio, fundador del monasterio de Fulda.

Este autor comenta que los libros se copiaban en los monasterios, con la finalidad de satisfacer la demanda interna; en realidad la población, en su mayoría no sabía leer, ni siquiera el bajo clero, por este motivo se recurría a la iconografía para enseñar las bases de la Religión o la Historia sagrada, y la cultura del pueblo era oral. Casi todos los nobles eran analfabetos y a veces contaban con lectores o copistas en su corte los cuales les prestaban sus servicios cuando los mismos les eran requeridos. La práctica desaparición del comercio y la decadencia económica tuvo consecuencias funestas para el libro y la cultura: los pergaminos escaseaban, con lo cual se veían obligados a borrar los antiguos para reescribir encima (palimpsestos); hay varios ejemplos al respecto, tales como el “Codex Ovetense” o el “De republica” de Cicerón conservado en la Biblioteca Vaticana. La incomunicación entre los diferentes centros culturales dio como resultado, entre otras cosas, el abandono de la letra romana y la aparición de letras nacionales: merovingia, visigótica, etc. Además, los monasterios eran autosuficientes: desde la cría del ganado para obtener pergaminos hasta la encuadernación del libro, allí se realizaban todas las operaciones correspondientes. Los pasos a dar en la fabricación del códice medieval eran los siguientes:

- 📖 Preparación de la piel para ser utilizada como soporte: secado, raspado, pulimentado, etc.
- 📖 Pautado: rayado horizontal, márgenes y columnas, al principio por el sistema de punta seca, más tarde con punta de grafito.
- 📖 Copia del texto. El comienzo se indicaba con el *incipit*, el final de cada cuadernillo con los *reclamos* -palabras con las que empezaba el cuadernillo siguiente-, y al final del texto se escribía el colofón, indicado

cómo, por qué, por quién, cuando se había hecho el manuscrito y otros datos de interés.

- 📖 Rubricación: inscripción de iniciales y títulos.
- 📖 Miniado: dibujo e iluminación de los motivos ornamentales e ilustrativos.
- 📖 Foliación (siglo XII) y paginación (siglo XV).
- 📖 Encuadernación.

Una gran parte de los monasterios contaban con talleres de copia llamados Scriptorium , al frente del cual se hallaba un monje especializado, y el Librarium, era el director de la biblioteca monacal. La mayoría de los textos eran de temática religiosa, no obstante existía una gran variedad de manuscritos, tanto en cuanto a contenido, (evangelarios, comentarios de los Santos Padres, etc.), como por el uso (libros de horas, santorales, etc.)

Al finalizar el siglo VIII Carlomagno trató de lograr la unificación cultural de Europa, sentando las bases de lo que posteriormente se conocería como Renacimiento Carolino. Fundó algunas escuelas para el estudio y la formación de los hijos de los nobles como la escuela palatina de Aix-la-Chapelle (Aquisgrán); también se rodeó de sabios que lo asesoraban e inició, así, la tarea de la recuperación de los autores clásicos y de la cultura latina en general. Con una finalidad administrativa se creó una letra, la carolina, que se hizo obligatoria en todos los documentos oficiales y que supuso el primer paso para facilitar los intercambios y los contactos con centros de diversas regiones. El renacimiento carolino no sobrevivió a su fundador, aunque algo más tarde se reprodujo en tiempos de Otón I, época en la destacaron San Bruno y el Papa Silvestre II, interesado por la cultura árabe. Finalmente, en el siglo X se inicia la reforma cluniacense, que entraría en España por el monasterio de San Cugat del Vallès y que tuvo consecuencias decisivas en las nuevas orientaciones de la Iglesia, sumida por entonces en el caos y la anarquía.

Escolar Sobrino (1990) señala que España, mientras tanto, no había permanecido al margen de toda estos cambios. Invasión por los visigodos, pueblo más culto que otros invasores europeos, supieron respetar y asimilar la cultura de los patricios hispanorromanos, que siguieron siendo la reserva cultural de la península. Así pues, mientras Europa se hundía en la ignorancia y el retraso, en España existían focos de notable actividad intelectual, tales como Mérida, Toledo, Córdoba, etc. Tenían una letra propia, la visigótica, de gran claridad y precisión, que nada tenía que envidiar a la carolina. De hecho, ésta no entró en España hasta el siglo XII, cuando Alfonso VI casa a sus hijas con los duques de Borgoña. los cuales llegaron acompañados de sus séquitos e impusieron las modas francesas en la corte: modas que en algunos casos terminaron imponiéndose por la fuerza de los decretos.

De las élites culturales hispanorromanas surgieron personajes como San Leandro y su hermano San Isidoro, cuyas Etimologías recogían de forma enciclopédica el saber de su tiempo, y fue uno de los libros más copiados e influyentes de la Edad Media; San Braulio, discípulo de San Isidoro, San Genaro y San Fructuoso que fundaron cenobios en el norte de Castilla y León, el arzobispo Mausona y, en fin, tantos otros que se situaban realmente entre a la avanzadilla cultural de su época. En los siglos VII-VIII se conoce un renacimiento religioso y cultural: prueba de ello son el *Codex Ovetensis*, palimpsesto misceláneo y sobre todo el *Pentatéuco de Ashburaham*, propiedad del Lord del mismo nombre, que muestra claras influencias norteafricanas en su realización. Pero tal vez el fenómeno más interesante sea el de los Beatos, comentarios al Apocalipsis de San Juan recogidos por el Beato de Liébana, el cual había adquirido renombre por su obra *Adversus Elipandus*. Los Comentarios fueron copiados en múltiples ocasiones, ya que parecía encajar muy bien con el espíritu de la época. A final de la Alta Edad Media, con la Península prácticamente invadida por los musulmanes, comienza a despertarse el interés por la cultura árabe y se hacen traducciones de algunas de sus obras más destacadas. Merecen mencionarse a Juan de Sevilla, Domingo Gundisalvo y Gerardo de Cremona que tradujeron las obras de Al-Juarismi, el cual

difundió por el mundo occidental la numeración arábica; también fueron famosos los centros de traducciones de Toledo y Sicilia.

Recordamos, siguiendo a Dahl (2001) que los monjes tenían como prioridad la preservación de la doctrina cristiana, la cual se hallaba testimoniada en los códices. Por ello atesoraban en sus bibliotecas los libros relacionados con la liturgia. Además, se dedicaban a copiar obras nuevas y a sustituir aquellas que se habían deteriorado en el escritorio, que era una habitación apartada para que los copistas no fueran molestados mientras realizaban su trabajo.

En estos primeros años, tras el desmembramiento del Imperio Romano de Occidente, de gran pobreza y poca actividad comercial, el material escritorio, reducido a pergaminos, era escaso y caro. Una solución, fue la reutilización de viejos códices, los cuales estaban incompletos o que ya carecían de utilidad, o aquellos que no eran leídos por la comunidad, y que por lo general eran de autores paganos y algunos cristianos. Si bien esta costumbre se inició en la Roma Imperial se generalizó durante la Edad Media, sobre todo en los siglos VII y VIII, que se caracterizaron por su carestía de papiro y pergamino. Estos pergaminos borrados, conocidos como palimpsestos, permitieron rescatar obras perdidas. Otra posibilidad consistía en aprovechar al máximo la capacidad del material escritorio empleando un nuevo tipo de letra llamada minúscula, que ocupaba un espacio más reducido que los tipos caligráficos que usaban letras mayúsculas; además, comenzó a utilizarse, en abundancia, las abreviaturas. El empleo de la minúscula, fue uno de los grandes aportes del período medieval, ya que es el tipo de escritura que aún se emplea en la escritura manual e impresa.

Sin embargo, durante los siglos XI y XII, dice Cortés Vázquez (1988), la economía comienza a recuperarse, se restablece el comercio y la agricultura comienza a ser cada vez una actividad más importante. Ante el excedente de la producción, el trabajo se especializa y diversifica; desaparece el campesino autárquico y surgen artesanos independientes que se instalan en las ciudades, las cuales registran un

incremento importante de población. Es la época de las ferias y de la aparición de la burguesía como nueva clase social. Los profesionales necesitan libros, por lo que se reduce un poco la tasa de analfabetismo, gracias a la labor de las escuelas catedrales. Queremos comentar que las bibliotecas de las catedrales del siglo XI no superaban a las monásticas y tenían una centena de volúmenes entre los que hay que distinguir tres grupos: los utilizados en el culto, los de carácter teológico, que eran mayoritarios y los de enseñanza, entre las que no faltaban, aparte de las obras de texto, obras literarias de la antigüedad clásica y medievales, recopilaciones legales y tratados científicos. La mayoría de estas obras estaban en latín, las restantes, en lengua vernácula. En estas bibliotecas, los libros se encontraban en armarios o alacenas del claustro, y allí debían ser leídos. En algunos casos, existían nichos de madera o cubículos para que los lectores estuvieran aislados y a resguardo de las inclemencias del clima. Pero a medida que se incrementaba la colección fue necesario destinarle un cuarto para albergarla, ya hacia el final de la Edad Media, se construyeron salas especiales para las bibliotecas, de forma alargada y ventanas pequeñas. En las paredes laterales y entre el espacio no ocupado por las ventanas se apoyaban las filas de pupitres consistentes en una tabla apoyada en unos pies, en la que reposaban los libros que estaban sujetos con cadenas individuales a una barra colocada en la parte superior. Otra tabla inclinada, adosada al mueble servía para que en ella descansaran los libros durante la lectura, junto al pupitre había un banco de madera corrido para los lectores.

En estos pupitres se encontraba una veintena de libros y en los bancos podían trabajar dos o tres lectores con comodidad. La iluminación era natural, por temor a los incendios, por lo tanto, la lectura podía realizarse solo en horario de buena luz natural, la cual penetraba por las ventanas, que daba directamente sobre la tabla donde reposaba el libro durante la lectura. Además, para localizar con facilidad los ejemplares se organizó la colección colocando los libros en los armarios según el contenido, y en estos estantes, había externamente un listado con los nombres de los libros que allí estaban. Los catálogos de las catedrales, con una descripción

sumaria y sin normas uniformes, se efectuaron, como ocurrió con los de los monasterios, por razones de inventario, podemos considerar que funcionaban más como inventario que como catálogos topográficos o de autores o materias.

Los libros más valiosos de la colección, las ediciones de lujo, verdaderas joyas, quedaban en la sacristía, los de uso en el culto religioso, estaban cerca del altar y los restantes estaban en la biblioteca, al frente de la cual estaba un canónigo, a quién se responsabilizaba por los daños que pudieran sufrir los libros o por su pérdida. Los préstamos eran restringidos y solo se efectuaban previa fianza. Entre las bibliotecas catedralicias más destacadas se pueden mencionar la de Verona, una de las más antiguas, la de Canterbury, la de York, etc. Por lo general, las bibliotecas catedralicias quedaron rezagadas en comparación a las monacales, aunque también se beneficiaron del renacimiento carolingio.

Por otra parte, señala este autor, las traducciones efectuadas por los árabes, permiten a los occidentales recuperar, en parte su propia cultura, muchas veces perdida y recuperada por medio de las bibliotecas árabes y bizantinas, favoreciendo el estudio científico en el área de la botánica, matemática y medicina.

Estas escuelas catedralicias con el tiempo se convirtieron en las primeras universidades, las cuales se ubicaban en Paris, Bolonia, Lovaina y Oxford. En España, por ejemplo, la primera fue la de Palencia, seguida por la de Salamanca. Gracias a ellas, surgen los estacionarios, lugares de copiado profesional de libros. También, toda esta nueva apertura cultural, favoreció a la comercialización del libro.

Los estacionarios copian los libros por pecias, procedimiento que les permite distribuirlos entre varias copias que aceleran el proceso de su elaboración. La producción de libros para la Universidad era un procedimiento muy cuidado en relación a su contenido y presentación. Las bibliotecas universitarias, de esta manera, contaban con copias de buena calidad, que ponían a disposición de sus

estudiantes, en préstamo o alquiler. Las colecciones se conforman con obras de ciencias, derecho y literatura. Se utilizan las lenguas vernáculas y las abreviaturas. Ya con la aparición del papel, de la mano de los árabes, que instalaron la primer fábrica en Europa en Játiva (1100) dio un impulso definitivo a la fabricación del libro.

Labarre (2002) señala que las bibliotecas durante la primera Edad Media se encontraban en los monasterios de Monte Casino, Fulda, Ripio, Santa María de la Huerta, etc. En la Europa Oriental se destacan las bibliotecas de los monasterios bizantinos, en especial la del monte Athos. En este período, el libro tenía la característica de cosa sagrada y aparecen los primeros tratados sobre la organización de bibliotecas, generalmente sistemas para su clasificación o listas de libros. Además, las bibliotecas universitarias difundieron el libro de forma mucho más eficaz, pero en cambio originaron el abandono de las antiguas bibliotecas monacales, Richard de Bury en el *Philobiblion* se queja del abandono en que estas se encuentran. El final de la Edad Media marca la ruptura definitiva con la religión como centro de la cultura humana y el regreso a los clásicos. En esta época se comienzan a formar excelentes bibliotecas privada y aparece la figura del bibliólogo: merece la pena destacar la figura de Petrarca, que no solo formó la biblioteca privada más importante de su época sino que se preocupó por depurar a los clásicos latinos de los errores que a los largo de los años se habían deslizado en la copia de sus libros.

Las bibliotecas universitarias

En estos momentos ya podemos hablar de las bibliotecas universitarias. Podemos decir que las bibliotecas universitarias son aquellas que forman parte de una institución de enseñanza de carácter superior y cuya función primordial consiste en apoyar los programas de investigaciones y enseñanza de la misma. Se trata de una unidad funcional cuyo acervo se conforma por los materiales bibliográficos, documentales o audiovisuales de que disponga la universidad a la que pertenece,

se encuentren donde se encuentren y sean cuales sean los fines para los cuales fueron adquiridos.

Escolar Sobrino (1990) se interesa por las bibliotecas universitarias. Ellas surgen durante la Baja Edad Media con la finalidad de cubrir las necesidades de las nacientes universidades. Las colecciones universitarias debían reflejar un conocimiento diferente al que ya habían utilizado los profesores y los alumnos en etapas anteriores de aprendizaje. Por lo tanto, se encaminaban hacia el estudio de las culturas clásicas y del humanismo, aunque había también estudio científico. Prácticamente todas las obras se encontraban en latín, que era considerada como la lingua franca de intelectuales y eruditos.

En este momento el nuevo tipo de estudio reposaba en la lección, en la lectio, que es la lectura efectuar por el profesor de un texto magistral y luego en el disputatio o intercambio de ideas con los alumnos mediante el diálogo razonado. Era un método muy apreciado por los miembros de las órdenes mendicantes, quienes ocuparon los puestos de profesores universitarios. Fue este método de estudio el que propició la lectura y el desarrollo de las bibliotecas universitarias.

Las universidades tomaron forma en la segunda mitad del siglo XII como consecuencia de la atracción que ejercían ciertos maestros que exponían sus ideas en las escuelas catedralicias a las que acudían alumnos de diferentes lugares y alcanzaron su constitución definitiva y superaron a las escuelas catedralicias en el siglo XIII, cuando los papas, los reyes y los municipios les aprobaron sus carta constitucional. Esta aprobación suponía ante todo el derecho a enseñar en cualquier parte. Las universidades fueron una derivación de las escuelas catedralicias cuyos planes de estudio lograron superar ampliamente. Se las solía denominar como Studium generale o publico, aparentemente porque en sus inicios acudían personas de distintos lugares y grupos sociales diferentes, más que a la diversidad de estudios que estos centros ofrecían. También la denominaban universidad, que significa asociación o grupo regido por normas, ya

que los estudiantes primero y luego los profesores formaron una especie de cofradía para defender sus propios intereses. La base de los estudios de estos establecimientos fueron las artes liberales, conjuntamente se establecieron estudios superiores divididos en tres ramas o facultades: teología, derecho y medicina.

El éxito de las universidades, según Lerner (1999) radicó en el deseo de los estudiantes de alcanzar una formación práctica que les permitiera ganarse la vida ejerciendo la medicina, asesorando en cuestiones jurídicas, actuando como secretarios o sirviendo en la Iglesia. Esa formación práctica quedó reflejada en el acervo de las bibliotecas, cuyos libros permitían la transmisión de estos conocimientos, por lo que fueron considerados como verdaderas herramientas de trabajo. Por lo tanto, la colección se conformaba por libros que eran leídos diariamente, y que eran sustituidas a corto plazo, por los daños provocados por la manipulación durante su lectura. Había un gran interés por acceder al conocimiento por lo que se redactaron catálogos de bibliotecas, enciclopedias, obras con exposiciones sistemáticas y libros de texto como el *Decretum Gratiani* o *Concordantia Discordantium Canonum* de Graciano, que era un monje que lo preparó en Bolonia a mediados del siglo XII y fue un texto básico en las universidades durante la Edad Media. Este texto presentaba en forma ordenada las principales cuestiones del derecho canónico. No contenía disposiciones legales, las cuales fueron recogidas con el nombre de *Decretales* y formaron el *Hábeas Iuris Canonici*.

En las universidades, las necesidades de libros de los estudiantes fueron atendidas a través de los estacionarios y de la *pecia*. Los primeros eran libreros que alquilaban cuadernos (*perciae*) de las obras (*exemplaria*) corregidas y aprobadas por la autoridad académica para que fueran copiadas por profesionales o por los mismos interesados, alumnos y profesores. El sistema resultaba económico pues el lector copiaba personalmente el libro que precisaba y el papel resultaba menos costoso que las pieles tradicionales que se empleaban con

anterioridad como material escriptorio. Sin embargo, aún el papel era un material muy caro para muchos estudiantes. En cuanto a los libros de la biblioteca podemos decir que se adquirían mediante compra, que se abonaban con el producto de algunas rentas; pero los ejemplares más valiosos se obtenían por donativos de protectores, profesores o alumnos ya graduados. El fondo, así obtenido tenía un número mayor al hallado en las bibliotecas catedráticas y se incrementó con la difusión de la imprenta.

Para esta época existían bibliotecas por facultades o de colegio, es decir, no había una biblioteca general. Muchas veces entre ellas no había coordinación o colaboración lo que provocaba problemas en su normal funcionamiento. Estos locales tenían muchos asientos para acoger a los estudiantes, y sus libros eran muy utilizados por lo que las obras debían ser renovados con frecuencia por el uso frecuente, así como también, habían varios ejemplares por la gran demanda existente. Estas bibliotecas contaban con dos secciones, la de consulta con libros encadenados, en mayor número que en las catedráticas y otra sección formada por los libros distribuidos que se prestaban a los profesores y alumnos. Para retirar los libros en préstamo, por lo general se exigía una fianza y en otras ocasiones, solo se prestaban aquellos libros de los cuales se contaban varios ejemplares. El encargado de la biblioteca era un profesor o un estudiante. Podemos mencionar como ejemplo la biblioteca de la Universidad de París, la cual se encontraba dividida en dos partes, la Librería Magna constituida por las obras de consulta, cuyo préstamo estaba prohibido y los libros permanecían encadenados y la Librería Parva con libros duplicados de poco uso y destinados al préstamo. Anualmente se nombraba a un bibliotecario que era auxiliado en su labor por un par de ayudantes.

Se tiene conocimiento de un reglamento de esta biblioteca del siglo XIV en el que se establecía la prohibición de entrar con luz en ella, hacer señales o doblar las páginas, dejar los libros abiertos después de utilizarlos o sacarlos de la biblioteca. En la sala se debía permanecer en silencio; solo maestros y profesores podían

consultar los libros condenados, siempre que no fuera por mera curiosidad. Si los libros se entregaban en préstamo a personas ajenas a la Universidad debían dejar una fianza superior al valor del libro. Conocemos cuatro catálogos de esta biblioteca, el último, de 1338 registraba unos 1722 libros, de los cuales 300 estaban prestados o se habían perdido, 336 estaban en la Librería Magna encadenados y más de 1000 en la Librería Parva disponibles para préstamo.

Hacia mediados del siglo XII algunos estudiantes ingleses abandonaron esta Universidad y fueron a Oxford formando, así, el núcleo inicial de esta Universidad. Pocos años más tarde se instaló una rudimentaria biblioteca en la Iglesia de Santa María. Esta biblioteca desde el siglo XV contó con estatutos en los que se reglamentaban horarios, uso de los libros, admisión de lectores, nombramiento de bibliotecario, etc. el acervo bibliotecológico estuvo conformado por medio de la compra, pero indudablemente los ejemplares más valiosos se obtuvieron por donación como los manuscritos que mostraban la afición a los estudios renacentistas del duque de Gloucesster. La Universidad de Cambridge fue posterior a la de Oxford y su biblioteca no se formó hasta el siglo XV. Su funcionamiento era similar al de la biblioteca de Oxford.

En España también surgieron importantes universidades como la de Palencia, que tuvo una vida muy corta debido a la aparición de dos competidoras como Salamanca y Valladolid; hacia 1254 Alfonso X fundó la de Sevilla. Todas ellas contaban con bibliotecas, pero no tan importantes en número de ejemplares como las mencionadas anteriormente. En la Universidad de Salamanca, Alfonso X estableció el cargo de estacionario, el cual recibía un sueldo pagado por la universidad, y a través de él pedía los estudiantes debieron resolver sus problemas bibliográficos, ya que estas bibliotecas no contaban con abundancia de material bibliográfico. Hacia mediados del siglo XV esta biblioteca recibió un importante dotación de libros debido a la donación efectuada por el teólogo Juan de Segovia. Su horario de funcionamiento era muy exiguo, solo dos horas por la mañana y otras dos por la tarde. Gracias a los donativos y a algunas compras la

colección contaba con 201 volúmenes hacia 1471. Hacia fin de siglo, la institución consiguió la donación de 1199 volúmenes pertenecientes a Alonso Ortiz. En el siglo XVI la biblioteca obtuvo muchas otras donaciones por lo que se tuvo que construir una nueva sala para la biblioteca . en el siglo XVII se incorporaron los fondos de las bibliotecas de los colegios, de los libros de los jesuitas y por aquellos provenientes de conventos suprimidos ya en el siglo XIX. Solo a partir del siglo XX la biblioteca contó con una política de adquisiciones; actualmente, cuenta con 200000 volúmenes, 3000 manuscritos y 462 incunables.

Por otra parte, la aparición de universidades en el Rin se demoró hasta el siglo XIV según comenta Escolar Sobrino (1990). A pesar de ello, al finalizar el siglo ya tenían seis y en el siguiente tuvieron como cincuenta. En ellas no se desarrolló la *pecia* y los estudiantes obtenían los libros mediante la *pronunciatio*, o sea, el dictado hecho por un profesor. Se destaca la Universidad de Praga, fundada por Carlos IV, rey de Bohemia y emperador de Alemania. Este soberano deseaba que sus súbditos no se vieran obligados a emigrar para educarse. Esta alta casa de estudio tuvo invitados destacados como Petrarca y se destacó por la calidad de sus estudios teológicos en los que se destacó Juan Huss quién fue su rector, y posteriormente fue acusado de por sus ideas heterodoxas en el Concilio de Constanza que lo juzgó y condenó a la hoguera. La biblioteca de esta Universidad se destacó por los casi mil manuscritos que logró reunir.

La Universidad de Viena, fue creada en 1365 por el duque de Habsburgo, Rodolfo IV de Austria, aunque su funcionamiento demoró unos años. Esta universidad contó con una biblioteca cuyo fondo se acrecentó por medio de donativos y con el tiempo preciso de un edificio propio en 1473. El acceso estaba reservado solo a los profesores y el préstamo solo se efectuaba en circunstancias extraordinarias. En Viena, además, para consultar a los encadenados había que abonar una fianza creada para la adquisición de libros nuevos. La biblioteca de la Universidad de Heidelberg, creada en 1386 por el conde palatino y duque de Babiera, Roberto I, gozaba de una constitución semejante a la de París. El fondo bibliotecológico era

importante y contaba con unos ochocientos manuscritos, muchos de los cuales fueron obtenidos por donación. Otra biblioteca importante fue la de la Universidad de Erfurt, creada a fines del siglo XIV, contó con más de ochocientos manuscritos, en especial gracias al donativo del bibliógrafo Amplonius Ratinks de Berka. Los libros podían prestarse tanto a los profesores y alumnos.

Las bibliotecas de los personajes importantes de la historia

Christ (1984), se ocupa de las bibliotecas de personajes importantes de la época, las cuales también podían ser consultadas por otras personas que no eran sus dueños, por ejemplo la de Carlomagno, la cual no solo era para su uso personal, sino que también estaba a disposición de los sabios de la corte, los cuales estaban al servicio de la renovatio o política de resurrección cultural.

Roger I de Sicilia compartió con las personas acogidas en su corte los libros de su biblioteca, que representaban las tres culturas principales de ese tiempo, por lo que en la colección había obras en latín, griego y árabe. Por otra parte, Federico II Hohenstaufen, uno de los monarcas más cultos de esa época, tuvo una muy buena biblioteca. Hizo traducir las obras de Aristóteles; fue además, un gran lector y mostró su complacencia por el elevado número de libros que poseía y que por la variedad de materiales que abarcaban, así como por los diferentes tipos de escritura. Su biblioteca esta conformada por libros en latín, griego, hebreo y árabe. Su biblioteca fue iniciada por los reyes normandos y continuada por su hijo y sucesor en Sicilia, Manfredo, quién fue derrotado y muerto por Carlos de Anjou, pasando la mayoría de estos libros a la biblioteca papal en Roma.

Un caso similar es el de San Luis, rey de Francia, quién formó una pequeña biblioteca en Sainte Chapelle con textos bíblicos y obras de San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio y algunos doctores de la Iglesia. Ordeno la copia de aquellos libros que le interesaban y obtuvo varias donaciones como un códice con el Nuevo Testamento del emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo. Al frente de

esta biblioteca se encontraba Vicente de Beauvais. Después de su muerte, los libros fueron repartidos entre franciscanos y dominicos, dejando en Sante Chapelle los libros del culto.

Al trasladarse al corte papal a Aviñón, en el sur de Francia, donde permaneció durante el siglo XIV, surge una biblioteca en esta ciudad al servicio de los pontífices, la Avenionensis, se encontraba situada dentro del Palacio de la Torre de los Ángeles y su acervo ascendía a unos 2000 volúmenes.

En la Europa cristiana del siglo XIII se destacó la biblioteca Alfonso X y su hijo Sancho IV. La finalidad de la biblioteca era el trabajo de recopilación y creación de los sabios, cristianos, moros y judíos, reunidos por Alfonso X para que redactaran una serie de obras de gran importancia cultural. Para la elaboración del código conocido como Las Partidas tuvo que haber en la biblioteca las obras jurídicas más conocidas en su tiempo y que se empleaban en las universidades medievales, así como la legislación implementada por los reyes españoles.

También se emplearon muchas obras para la elaboración de la Crónica General y la General e Grande Estoria en la que empezando por la Biblia y autores como Flavio Josefo, los redactores tuvieron en cuenta a Orosio, Idacio, Ptolomeo, Dion Casio, Pompeyo Trogo, Ovidio, Lucano, Plinio, Ben-Alcama, Vicente Beauvais, entre otros.

En cuanto a los libros científicos se hicieron reuniendo y consultando obras árabes y judías, así se lograron redactar el Libro del saber de astronomía, Tablas alfonsíes, Setenario, y otras más de igual importancia.

No se sabe nada sobre como estaba organizada esta biblioteca; sin embargo, se presume que la misma estaba relacionada con el escritorio, en el cual se copiaron muchas obras pedidas en préstamo, traducciones, redacciones previas sobre determinados temas y los originales de las obras terminadas.

En el siglo XII aparecen las bibliotecas privadas, cuyos creadores son religiosos, generalmente obispos o profesores de escuelas catedralicias y luego de universidades, cuyas rentas o influencias les permitieron adquirir obras de cierta envergadura, y ordenar o copiar otras.

Las bibliotecas durante el Renacimiento

En el siglo XV se extiende en Europa un movimiento cultural de gran importancia conocido como renacimiento, el cual surge en Italia en la centuria anterior, y el cual consistía en un resurgimiento de la cultura greco – latina. El término Renacimiento deriva de la expresión italiana *rinascita*, vocablo usado por primera vez por el literato Petrarca y revalorada por el arquitecto y teórico Giorgio Vasari, que la delimita en el mismo momento histórico en que tuvo lugar este movimiento cultural. El término renacimiento refiere a un movimiento que hace resucitar en el arte y la cultura los valores espirituales de la antigüedad clásica. El término no empieza a utilizarse hasta el siglo XVI, pero no será consagrado en sentido histórico, social y cultural hasta mediados del siglo XIX.

Este movimiento coincide con un intenso avance de la vida urbana que permitió el desarrollo de las letras y de los libros. Gracias al invento de la imprenta, este movimiento se popularizó. Los escritores del renacimiento adoptaron como modelos que debían ser imitados a los escritores de la antigüedad clásica, y a los grandes italianos del siglo XIV Dante, Petrarca, y Boccaccio. Este movimiento fue influido por los humanistas que estudiaron la cultura de Grecia y Roma, entre los que destacan Erasmo de Rotterdam, Antonio de Nebrija y Juan Luis Vives.

El Renacimiento es ante todo, un espíritu que transforma no sólo las artes, sino también las ciencias, las letras y formas de pensamiento. En su conjunto se ha visto una clara reacción al espíritu teológico de la Edad Media, sin embargo la ruptura no se produce de manera violenta porque no pocas de las concepciones

que se van a desarrollar tuvieron su origen durante el medioevo, y esto es claramente apreciable en el terreno artístico. Durante buena parte del siglo XV perviven las formas del arte medieval, iniciándose una convivencia entre los clasicismos, que poco a poco van a ir imponiéndose a los elementos góticos en autores como Brunelleschi o Fra Angelico que ensayan movimientos que posteriormente se van a desarrollar. Esta serie de fenómenos nos dan a entender que hablar de ruptura no es del todo correcto, es quizá más una evolución que nos permite comprender mejor ciertas manifestaciones del siglo XV.

El renacimiento constituyo el momento dorado de las bibliotecas privadas, para uso de sus dueños y de sus amigos, ya que una buena colección de libros es un signo de importancia cultural o de la modernidad de su propietario. Es el momento en que surgen las grandes bibliotecas de los bibliófilos que coleccionan ejemplares que tienen características especiales como manuscritos bellos y ricamente ilustrados, en vitela fina, grata al tacto y flexible, con una cuidadosa caligrafía, con ilustraciones abundantes realizadas por importantes artistas, en las que siempre están presentes los escudos y armas de los dueños, los cuales también se grababan en las encuadernaciones. A otros bibliófilos, en cambio, les interesaba la búsqueda y la copia de textos desconocidos o difíciles de hallar, de autores clásicos latinos y griegos.

Chartier (2005) comenta que el Renacimiento tuvo su fundamento en la búsqueda de los textos antiguos, la copia y la impresión de los manuscritos, la constitución de las bibliotecas regias o principescas que, como la Laurentina, debían abarcar todos lo saberes y encerrar dentro de sus muros y clases bibliográficas todos los conocimientos. Sin embargo, la acumulación de libros antiguos y la multiplicación de los nuevos, debido a la imprenta, produjo la inquietud de encontrarse frente a un exceso o abundancia de materiales. Para evitar esta gran confusión ante una masa bibliográfica tan exuberante los catálogos fueron las herramientas más adecuadas de control.

Labarre (2002) nos comenta que las bibliotecas monásticas constituyeron una mina de descubrimiento para los coleccionistas del renacimiento y para los investigadores del siglo pasado. En Santa Catarina del Sinaí se encontró en 1844 el Codex Sinaiticus, que es un manuscrito del siglo IV, que contiene fragmentos del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento completo.

Escolar Sobrino (1990) considera que Florencia fue el foco más importante del Renacimiento, la riqueza que proporciona la industria y el desarrollo de las casas de banca favorecieron la construcción de edificios embellecidos con mármoles y adornados con cuadros, objetos lujosos y bellos manuscritos. Entre las familias más influyentes de la época se encuentran los Medici. El jefe de la familia Cosimo el Viejo, tuvo como consejero para sus aficiones bibliófilas a Niccolò Niccoli, gran aficionado a las obras antiguas que logró reunir unas ochocientas. A su muerte esta colección pasó a manos de Cosimo Medici quién pagó las deudas de este humanista e instaló los libros en una sala especialmente diseñada en el convento de San Marcos, esta biblioteca fue conocida con el nombre de Biblioteca Marciana. Esta sala contaba con tres naves, separadas por dos filas de columnas; en cada nave lateral se encontraban los libros, dispuestos en treinta y dos estanterías, perpendiculares a las paredes laterales en cada una, para estar al frente de la misma contrató a Tommaso Parentucelli, considerado uno de los hombres más eruditos de su época. Parentucelli fue nombrado, años más tarde, Papa, y fue conocido entonces como Nicolás V. Desde el trono papal continuó desarrollando una importante actividad bibliográfica, pues gracias a él se conformó una nueva biblioteca papal, la cual sustituyó a la perdida durante el período de Aviñón y que alcanzó un acervo de 1,200 códices, cantidad nada despreciable en esa época. No obstante, es sólo hasta el papado de Sixto IV cuando la biblioteca iniciada por Nicolás V obtiene un local digno en el Vaticano, en donde por cierto, es parcialmente accesible al público. Cosimo, también creó otras dos bibliotecas, la de San Jorge el Mayor en Venecia y la de la Abadía de Fiésolo. Para esta abadía Vespasiano Visticci, importante librero de la época logró copiar 200 manuscritos en 22 meses por medio de 45 copistas profesionales.

Sus hijos, Pedro y Juan fueron grandes bibliófilos, así como también, su nieto Lorenzo. En su época, la biblioteca familiar llamada Medicea llegó a su máximo esplendor. A lo largo de cien años esta familia logró reunir códices latinos, carolingios, griegos, hebreos y árabes. Lorenzo recibió la biblioteca con unos 158 volúmenes y la hizo llegar al millar, poniéndole al servicio de los estudiosos; dos años después de su muerte, acaecida en 1492 los Medici fueron expulsados. Después del asalto a su palacio se lograron rescatar unos 1019 volúmenes que se trasladaron a San Marcos. Un tercio fue vendido a la familia Salviati y dos tercios a Juan, hijo de Lorenzo, que con posterioridad se convirtió en el papa Clemente VII, quién llevó los libros a Florencia encargándole a Miguel Ángel el trazado de una biblioteca en la Iglesia de San Lorenzo. Clemente murió antes de terminar su obra la cual fue culminada por Cosimo I Gran Duque de Toscana y se abrió al público con unos 300 manuscritos. Su primer catálogo apareció en 1757 y a partir de ese año se agregaron a la colección importantes adquisiciones como el Codex Amiatinus (700) y las Pandectas (siglo VI).

Tagle de Cuenca (1997) agrega que Domenico Malatesta Novello señor de Cesena, fundó en esa ciudad una biblioteca en 1447 en el Convento de San Francisco. Consistía en una sala rectangular con dos filas de columnas iluminadas por un rosetón al fondo y ventanas laterales. Las armas de la familia suelen aparecer en muchas de las obras que constituyen su acervo bibliográfico y en los pupitres donde se encontraban los libros encadenados. Hasta ese momento los monjes poseían unos 50 libros que Malatesta acrecentó, encargando para ello, a copistas, iluminadores y encuadernadores la confección de una gran cantidad de libros, de Padres de la Iglesia, clásicos, autores medievales, historia, cosmografía y ciencias. Todos estos libros estaban escritos en latín. Adquirió, también, códices griegos y hebreos. Muchas veces había que copiarlos en el exterior por imposibilidad de trasladar el libro para efectuar la copia. Al morir Malatesta en 1462 la colección ya contaba con 200 libros e inmediatamente dejó de funcionar el escritorio y encuadernación. Hacia 1474 Giovanni di Marco donó unos 80 manuscritos. Esta biblioteca fue considerada como la primer biblioteca pública de

los tiempos modernos, a pesar que en el documento que atestigua su creación se dice que la misma es para uso de los monjes. Malatesta encargó al municipio, junto con los monjes, el cuidado de esta colección. Posiblemente a ello se debe la exigua pérdida de ejemplares a lo largo del tiempo, a pesar de que en el período de la invasión napoleónica, el convento fue usado como cuartel. Entre otros textos importantes esta biblioteca posee un códice de San Isidoro copiado en Verona en el siglo IX.

Su hermano, Segismundo Pandolfo, creó una biblioteca similar en el convento de San Francisco en Rimini, pero la misma tuvo una vida muy corta ya que en el siglo XVII los franciscanos se deshicieron de los libros cuando precisaron el local donde estaba instalada la biblioteca.

Entre los coleccionistas de obras griegas se encuentra el cardenal Bessarion, quién fuera traductor de La Metafísica de Aristóteles y propagador de las ideas platónicas, escribió, además, varios tratados sobre cuestiones religiosas. Siempre estuvo rodeado de los humanistas más famosos de la época. Tras la caída de Constantinopla intentó organizar una cruzada para recuperarla pero fracasó. Por este motivo intentó recuperar la cultura griega mediante diversas acciones, como por ejemplo, elevar las condiciones de vida material y espiritual de los monasterios griegos del sur de la península. Su empeño mayor fue el de conseguir reunir una colección de libros griegos que pudieran ser consultados por todos aquellos que emigraban a Italia.

Esta autora señala que el estudio del griego, desconocido durante el período medieval en la Europa Occidental, tuvo muchos adherentes como Petrarca y Boccaccio, quiénes quisieron implantarlos empleando a los monjes del sur de Italia como profesores pero no tuvieron mucho éxito; finalmente se desarrolló con la llegada de los bizantinos que se ganaban la vida enseñando griego, con herramientas muy rudimentarias ante la escasez de buenos textos y buenos profesores. Sin embargo, gracias a esta labor educativa, los manuscritos griegos

fueron para muchos humanistas italianos tan atractivos como los latinos que se localizaban en los monasterios europeos. Entre los buscadores de manuscritos griegos se destacan el helenista Guarino Veronese, Giovanni Aurispa, quién en 1423 regresó con 238 manuscritos y Francesco Fidelfo quién fue a estudiar a Constantinopla trayendo consigo un buen número de obras. Además, muchos emigrados copiaron manuscritos creciendo así, considerablemente las colecciones como la de Lorenzo de Medici.

La biblioteca Vaticana

Dahl (2001) se interesa por la formación de la biblioteca Vaticana. Dice que los papas necesitaban de una buena colección de libros; la primera noticia sobre una biblioteca Vaticana se refiere a la instalada en el palacio de Letrán, en la residencia de los papas y que fue de gran utilidad a los asistentes al concilio de Roma del 649. Hay alusiones a esta biblioteca durante la Edad Media, pero sus libros desaparecieron con el traslado de los papas a Aviñón en el sur de Francia en el siglo XIV, y donde Juan XXII y Clemente VI reunieron una importante biblioteca con 2400 volúmenes. Cuando el papado nuevamente se traslada a Roma una parte de la colección quedó en manos del obispo de Toulouse y en 1680 formó parte de la biblioteca de los reyes de Francia. La otra parte de la colección volvió al Vaticano en 1891.

Pocos libros fueron incorporados a esta biblioteca entre los siglos XV y XVI. El fundador de esta nueva biblioteca fue Nicolás V, quién fuera bibliotecario de Cosimo de Medici y uno de los más famosos cazadores de manuscritos de Lombardía, Emilia y abadías alemanas. Al convertirse en pontífice encontró un pequeño núcleo de dejado por su antecesor, Eugenio IV, el que consistía en 340 libros que él transformó en 1200 añadiendo allí sus libros personales, y enviando a agentes a conseguir donaciones en centros religiosos o en su defecto, permiso para efectuar una copia. Ordenó traducir al latín obras griegas, tarea de la que se ocupó el bibliotecario Tortelli.

Sixto IV fue otro apasionado de la biblioteca. Dispuso de nuevos locales para ella y la abrió al público con los libros encadenados, según la costumbre de la época. La dividió en cuatro secciones: latina, griega, secreta y privada, decoradas con pinturas murales y dotadas de calefacción, aunque solo eran accesibles al público las dos primeras. Su bibliotecario era Bartolomeo Platina quién contó con tres ayudantes y formó un catálogo de autores y de materia. Se reunieron unos 3600 libros, no todos de naturaleza religiosa, abundando los autores clásicos y las obras científicas. Por su organización y por el valor de sus fondos es considerada como una de las bibliotecas más importantes del Renacimiento, modelo para aquellas que crearon en el siglo XVI Alberto de Baviera y Felipe II.

Esta biblioteca fue saqueada por los soldados de Carlos V en el 1527. Después Sixto V construyó el gran vestíbulo diseñado por Domenico Fontana y decorado por Cesare Nebbia y Giovanni Guerra, y prohibió los préstamos. Paulo V la cerró suprimiendo los puestos de lectura y no se volvió a abrir hasta 1890. durante ese período solo pudieron acceder algunos turistas ilustres a quienes se les mostraba algunas obras curiosas. Hacia 1600 la biblioteca se acrecentó con la herencia de Fulvio Orsini, quién ofreció su biblioteca tras su muerte a cambio de una pensión vitalicia. Contenía valiosos códices como el de Terencio y Virgilio en letras unciales y el Codex Augusteus del siglo IV contexto de Virgilio. Algunos años después, hacia el 1622 Gregorio XV le sugirió a Maximiliano de Baviera que le donara la biblioteca del elector palatino, formada por 3500 manuscritos y 5000 libros impresos, de la que se apoderó al conquistar Heidelberg durante la Guerra de los Treinta Años. Luego, Pío VII devolvió al duque de Baden unos 842 manuscritos alemanes y 42 latinos.

En el siglo XVII, además, Paulo V logró que los monjes de Bobbio le donaran algunos manuscritos, entre los cuales se encontraba un famoso palimpsesto que contenía el único texto conservado de la República de Cicerón. Alejandro VII por su parte adquirió la biblioteca de los duques de Urbino con 1900 manuscritos y la Reginense de la reina Cristina de Suecia, con unos 2000 manuscritos, la mayoría

de los cuales provenía de de la biblioteca imperial de Praga, donde fueron incautados por su padre, el rey Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años.

En épocas de la invasión napoleónica esta biblioteca debió pagar el tributo exigido a las grandes bibliotecas; así, se llevaron a París algunos manuscritos valiosos como el Codex Vaticanus con texto de Virgilio y el Terencio Bembo-Orsini, la mayoría fueron devueltos al ser derrotado definitivamente Napoleón.

Hacia finales del siglo XIX León XIII permitió la consulta de la biblioteca y archivos vaticanos a los estudiosos e instaló la actual sala de estudio con 60000 obras de consulta. La biblioteca renacentista, cuyos libros eran verdaderas joyas y luego se convirtió en una herramienta al servicio de la religión contra la Reforma protestante, se convirtió en un centro de investigación religioso, humanista e histórico. Actualmente contiene 700000 obras impresas, entre ellas 7000 incunables y 60000 manuscritos.

Bibliotecas familiares

Millares Carlo (1971) comenta que en el período renacentista varias familias tuvieron importantes bibliotecas. Menciona a la familia Este, duques de Ferrara, quiénes entre los siglos XV y XVII reunieron 500 volúmenes, entre ellos obras griegas traducidas al italiano. Esta biblioteca se inició en Ferrara pero hacia finales del siglo XVI se mudó a Módena donde se encuentra actualmente. La biblioteca de Gonzaga en Mantua se inició en el siglo XV y tenía unos 400 volúmenes que se incrementaron con posterioridad. Cuando se extinguió la casa ducal en los inicios del siglo XVIII los libros fueron vendidos. Algunos quedaron en la biblioteca Marciana de Venecia, otros en la Bodleiana de Oxford, los restantes se dispersaron entre diversas bibliotecas.

Las familias Visconti y Sforza, después señores de Milán, formaron una biblioteca en el castillo de Pavía, que en el 1426 tenía unos 988 libros. En ella se

encontraban códices en latín, italiano y francés, contaba también con algunos pocos en griego. A finales del siglo XV esta biblioteca fue llevada a Francia como botín de guerra por Luis XII. Actualmente estos libros se encuentran en la Biblioteca Nacional Francesa. Un destino similar sufrió la biblioteca de los reyes de Nápoles, cuya importancia se debió a Alfonso V el Magnánimo, mecenas de muchos humanistas como Lorenzo de Valla. Alfonso consiguió este reino al fallecer la reina Juana en el 1435. tanto él como su hijo Fernando se rodearon de un verdadero equipo de copistas, ilustradores y encuadernadores. También, enriquecieron la colección por medio de la adquisición de valiosos ejemplares, por lo general mediante la intermediación del librero Bisticci, por obsequio de sus propios autores y por incautaciones como la que realizó Fernando como castigo a los nobles que se conjuraban contra él. Esta biblioteca además de códices en latín, griego e italiano, contaba con abundante obras en castellano. En 1495 Carlos VIII de Francia, entró en Nápoles y se llevó como botín entre joyas y obras de arte los 1140 volúmenes de esta biblioteca, entre impresos y manuscritos; una parte de ellos hoy se encuentran en la Biblioteca Nacional Francesa.

Este autor también hace una mención especial a los bibliógrafos de la época. Cita a Federico de Montefeltro, duque de Urbino, quién ordenó la construcción de un castillo que albergaba en su interior una lujosa biblioteca con bellísimos manuscritos. Si bien no era una persona muy culta se interesó por los historiadores, filósofos y oradores latinos y griegos traducidos al latín. Fue asesorado para conformar su colección por el librero Bisticci y puso al frente del equipo de copistas e iluminadores a Federico Veterano. Su colección en 1482 poseía 1120 volúmenes, la mayoría de autores paganos. La misma fue incrementada por sus sucesores, en especial por Francisco María II a cuya muerte en 1631 los libros pasaron a la Vaticana.

Para el siglo XV cambió de manera fundamental la figura del bibliotecario quién ya no fue solo responsable de la conservación y reposición de libros. Los príncipes italianos, requerían, además, para este cargo a una persona de gran formación

intelectual, que los pudiera asesorar en las compras. A su cargo están los copistas, iluminadores, encuadernadores y una de sus tareas fundamentales es la de garantizar la corrección de los textos. Por ese motivo, en ese período este cargo era altamente remunerado. El tratado titulado “Ordine ed officii della Corte del Serenissimo sig. Duca d’ Urbino”, que se encuentra en el Códice Vaticano lat. 1248, muestra las cualidades que se exigen al bibliotecario, las cuales no son muy diferentes a las de otros bibliotecarios de otras colecciones. Según este tratado el bibliotecario debe ser docto, de buen aspecto, educado, con facilidad de palabra. Debe ocuparse del inventario de la colección, mantenerla ordenada, cuidarla y conservarla en óptimo estado, ponerla a disposición de aquellas personas que lo soliciten explicándoles el contenido y la belleza de su manufactura, encargarse del préstamo, registrarlo y controlar su devolución en tiempo y forma. Su responsabilidad será la perduración de esta colección a lo largo del tiempo.

Hobson (1971) señala que los reyes castellanos del siglo XV no fueron grandes bibliófilos ni dispusieron de una biblioteca, es decir, de una colección de libros debidamente instalada y organizada, pero como eran personas cultas y educadas les gustaba la lectura y poseyeron bastantes libros, algunos adquiridos por compra, otros por obsequio, y finalmente, muchos por herencia de sus antecesores en sus funciones. A Juan II le agradaban mucho las historias y oía con agrado los decires rimados. Reflejo de las aficiones literarias de su corte fue al biblioteca de los condes de Benavente, instalada en su castillo e iniciada en la primera mitad del siglo XV por el segundo conde Don Rodrigo Alonso Pimentel. A su muerte en 1440 se redactó un catálogo con los libros que reunió el conde y con aquellos que se agregaron después de su muerte. Este refleja los gustos de su dueño, crónicas españolas, manuales de ajedrez, de caza, de ganadería y de agricultura. Tres obras de esta última materia estaban escritas en caracteres hebreos y una de geometría en caracteres árabes. Abundaban los libros religiosos y tenía una buena colección de libros de filosofía. Había traducciones de Séneca, de la Guía de los perplejos, de Maimónides, una Recetbas de Galieno que sacó en romances Rabí Yudá, una traducción parcial del Decameron, la Crónica troyana, y

muchas otras obras de igual importancia. Algunas obras de esta biblioteca fueron recopiladas por Manuel Rodríguez de Sevilla, para lo cual el conde solicitó libros en préstamo, incluso del rey Juan II. Esta biblioteca era del tipo familiar, y a ella solo accedía la familia y un selecto grupo de amigos íntimos. En el primer inventario se registraron 19 obras escritas en pergamino y 121 en papel ceuti o de játiva, el de mejor calidad, aunque había algunas en papel toledano, no tan apreciado. La mayoría estaba encuadernada en piel de diferentes colores, otras estaban en tela y dos en pergamino. Un tercio de las tapas eran de madera, el resto en cartón. Algunas encuadernaciones tenían guarniciones y bollones de plata. Así como su fundador su hijo Alonso y su nieto Rodrigo mantuvieron el interés por esta biblioteca. Al morir el sexto conde en 1575, la misma quedó un tanto relegada y en 1633 fue trasladada al palacio de los condes de Valladolid donde años antes se había instalado otra biblioteca nobiliaria, la del conde de Gondomar. Los libros se enviaban en cuatro arcones y cuatro serones.

Isabel la Católica tuvo un millar de libros repartidos entre varios palacios como los de Segovia, Granada, Sevilla, Arévalo, etc. entre otros. Además, siempre había un grupo de libros favoritos que viajaban con la reina en un arcón. Tenía una variedad de manuscritos y libros impresos, también eran más abundantes los escritos sobre papel que sobre pergamino. Se trataba de una colección que estaba muy unida a sus sentimientos, y se conformaba con cuadernos de estudio de sus hijos, con obras para el aprendizaje del latín, para la formación de príncipes, nobles y damas, caza y juegos, arte militar, clásicos latinos traducidos al castellano, cancioneros, libros de caballería, obras musicales, tratados científicos y libros en árabe. Había obras religiosas y de espiritualidad como sagradas escrituras, comentarios a las sagradas escrituras, padres de la Iglesia, pensadores medievales y obras de ascetismo; libros jurídicos como fueros, ordenanzas y privilegios y crónicas, desde las obras de Alfonso X el sabio hasta más modernas.

No es posible dejar de mencionar la biblioteca del marqués de Santillana. Formó la colección de manuscritos más interesante de la España del siglo XV, pues aunque

heredó algunos libros de sus antepasados su biblioteca no se debió a herencia u obsequios ocasionales, sino que los libros fueron encargados y adquiridos por él según sus preferencias. Como gozaba de una buena fortuna y era bibliófilo sus libros están bellamente caligrafiados e ilustrados sobre vitelas immaculadas y cubiertos con encuadernaciones diseñadas para él, en las que se destacaba su emblema, así como en la primera página sus armas, su yelmo y su divisa. Inculcó en sus hijos el amor hacia los libros por lo que entre sus descendientes hay importantes bibliófilos. Envió a sus emisarios por toda Europa buscando y encargando copias de libros, comprando y muchas veces traduciéndolos en su casa porque él no sabía latín. Entre los autores traducidos al castellano se encuentran Platón, Virgilio, Ovidio, Dante y Homero. Las traducciones fueron realizadas por su hijo Pedro González de Mendoza, futuro cardenal de Toledo. Por Pedro Díaz de Toledo y otras personas que estaban a su servicio. En su biblioteca había obras de Tucídides, Aristóteles, Polibio, Eusebio de Cesarea, San Juan Crisóstomo, Cicerón, César, Salustio, Ovidio, Tito Livio, Séneca, Lucano, Quintiliano, Plinio, Suetonio, San Ambrosio, San Agustín y Boecio entre otros escritores de la antigüedad. También tenían una importante presencia los autores medievales que escribieron en latín, español, francés e italiano.

Su hijo Diego cuidó muy bien de esta biblioteca. Pero, lamentablemente un incendio en el palacio de Guadalajara en 1702 provocaron la pérdida de muchas obras entre ellas las escritas por el marqués, pero las restantes obras que formaban esta colección sobrevivió unida hasta 1884 cuando fueron adquiridas por el gobierno español al duque de Osuna. Los manuscritos e impresos que no poseía la Biblioteca Nacional quedaron allí depositados y el resto del acervo quedó disperso en varias bibliotecas.

Su otro hijo, Pedro González de Mendoza constituyó también otra gran biblioteca privada en cuyo inventario de 1523 figuran 623 obras entre los que abundan los libros sagrados, de filosofía y moral y los de derecho. También abundan los libros de erudición y literatura y los de historia. En esta biblioteca estaban representados

los grandes escritores de la antigüedad, los italianos y algunos castellanos. Contaba, además, con muchos libros de medicina, cosmografía y de ciencias y artes.

Hobson, también se interesó por las bibliotecas francesas como la de Carlos V el Sabio, cuya biblioteca principal estuvo instalada en tres salas de una torre del Louvre. Para la copia de los códices tuvo la colaboración de excelentes calígrafos y gastó mucho dinero en encuadernaciones ricamente adornadas con perlas y piedras preciosas engarzadas con oro y plata. Ordenó que se tradujeran al francés numerosas obras de autores como Petrarca, San Agustín y Aristóteles, entre otros. Había muy pocos libros en latín y la colección se conformaba por obra del agrado del monarca, básicamente narrativas e históricas, bellamente iluminadas. Su bibliotecario fue Gilles de Malet quién en 1372 confeccionó un catálogo. Carlos VI incrementó la colección de su padre, con más de 200 códices y más de un centenar de manuscritos hebreos confiscados a las comunidades judías. Muchos de estos libros fueron prestados y nunca regresaron a la biblioteca, y otros fueron obsequiados a príncipes extranjeros y amigos. La biblioteca contó con 843 manuscritos que fueron adquiridos por el gobernador de París, el duque de Bedford, Juan Plantagenet, quién primero la llevó a Rouen y después a Inglaterra. A su muerte esta biblioteca quedó definitivamente dispersada.

Los hermanos de Carlos V, los duques Felipe el Atrevido de Borgoña, Luis de Anjou, más tarde rey de Nápoles y Juan de Berry también poseyeron importantes bibliotecas, de características similares a la del rey. Se dice que Juan de Berry fue un bibliófilo de gusto exquisito, para el que se confeccionó un códice ilustrado conocido como Belles grandes heures de duc de Berry. Reunió unos 400 volúmenes entre los que abundan Biblias, salterios y libros de hora fueron empleadas para saldar sus deudas y por ende se dispersaron.

Las colecciones se integraban con libros religiosos, los libros de horas, los cuales aparecieron en el siglo XIII y laicos. Había códices valiosos por sus ilustraciones y caligrafía, obras literarias e históricas, la mayoría francesas aunque también había

extranjeras. Se encontraban obras relacionadas con la piedad y la devoción, medicina, y astrología. Estas colecciones entretenían e ilustraban a sus dueños.

Una biblioteca lujosa fue la de los duques de Borgoña, que gobernaban Borgoña y el Franco Condado en el levante francés y Flandes y los Países Bajos en el noroeste durante el siglo XV. A la muerte de Juan sin Miedo, segundo duque de Borgoña en el palacio ducal de Dijon había unos 254 volúmenes, 67 en la capilla para el servicio religioso y el resto representaba la literatura francesa y tenían una finalidad recreativa. Entre ellos se encontraban obras lujosamente ilustradas. Su hijo y sucesor Felipe el Bueno, aumentó la colección mediante la adquisición de libros, copia y donación, aunque en los últimos veinte años prefirió obtener por cualquiera de estos medios libros nuevos, tanto composiciones originales como traducciones del latín, de otras lenguas o adaptaciones en prosa y en francés más inteligible de poemas medievales. Al conde le gustaba escuchar la lectura de estas obras, y aquellas que eran de su agrado eran copiadas en letra gótica sobre pergamino e ilustradas por artistas importantes de esa época. Por lo tanto, la colección tenía por finalidad la recreación familiar. Estaba formada por libros de horas, breviarios, libros religiosos, vidas de santos y de la virgen, crónicas, literatura caballeresca y clásicos. No tenía una sala especial para almacenar los libros, estos estaban repartidos, estaban repartidos en los diferentes palacios que poseía en Brujas, Gante y Bruselas, guardados en armarios o arcas. A su muerte había reunido unos 876 libros, generalmente encuadernados en piel de variados colores. Su hijo, Carlos el Atrevido murió diez años después que su padre y la colección pasó a la casa de Habsburgo, pues su hija María de Borgoña se había casado con Maximiliano, que luego fue emperador y abuelo de Carlos V.

Felipe II en el siglo XVI ordenó reunir todos los libros que se encontraran en Bruselas para conformar una biblioteca real. En 1594 intenta incrementar al colección mediante una especie de depósito legal que debían cumplimentar los editores, entregando dos ejemplares encuadernados y con el escudo real estampado. Un ejemplar quedaba en esta biblioteca y el otro en El Escorial. Al

morir Felipe II la biblioteca decayó y hacia finales del siglo XVII tenía unos 128 volúmenes menos. En el siglo XVIII un incendio destruyó una gran cantidad de manuscritos y las tropas francesas al ocupar Bruselas en 1746 se llevaron a París 188 valiosos manuscritos. De ellos el conde Cobenzl, ministro plenipotenciario de la emperatriz austriaca María Teresa, pudo recuperar unos ochenta. El conde creó una Sociedad Literaria de los Países Bajos, antecesora de la Academia Belga, la que tuvo por misión la creación de una biblioteca pública con los libros que pudo recuperar de la biblioteca antigua. Esta idea entusiasmó a muchos, por lo que obtuvo una gran cantidad de donativos, sin embargo, como la mayoría de su acervo estaba en latín, no fue muy utilizada y el valor de la colección radicaba en su carácter de joya bibliográfica más que en el contenido.

Cuando en 1773 se disuelve la Compañía de Jesús y se incautan sus libros, la Biblioteca Real enfrenta el grave problema de espacio para incorporar estos libros a su colección. La solución fue poner los libros útiles en estanterías en el centro de las salas, dejando los de poco interés en el suelo para que sean atacados por los ratones sin dañar los valiosos.

Durante la Revolución Francesa gran número de manuscritos e impresos fueron trasladados a París. Finalmente los impresos fueron trasladados a Bruselas y los manuscritos quedaron en la Biblioteca de Borgoña. Después de Waterloo los libros volvieron a Bruselas. En 1837 poco después de la independencia de Bélgica, se creó la Biblioteca Nacional a base de la Biblioteca de la ciudad de Bruselas que tenía unos 100000 volúmenes y unos 3000 manuscritos de la Biblioteca de Borgoña. Actualmente posee más de tres millones de impresos y 33000 manuscritos entre ellos 231 que pertenecieron a Felipe el Bueno.

Cortés Vázquez (1988), comenta que en Inglaterra la casa de Lancaster tenía miembros muy aficionados a los libros. A Enrique IV le gustaba rodearse de hombres de letras, por lo que dio a sus hijos una adecuada educación literaria, creando en ellos un sentimiento bibliofílico. Su sucesor, Enrique V fue un gran

lector y pedía prestado libros a muchas bibliotecas, olvidándose a menudo de devolverlos. Su hijo pequeño, Humphrey , duque de Gloucester, cedió sus libros a la Universidad de Oxford, de la que fue un gran benefactor. Además, hubo en Alemania, bibliotecas privadas de humanistas muy importantes por al calidad de sus colecciones como la del Beato Renano que hoy se conserva en su ciudad de Selenat. Otros humanistas importantes fueron Nicolás de Cusa y Konrad Peutinger. También los príncipes tenían importantes bibliotecas, tanto por el afán de saber como tanto como por el prestigio de poseer una biblioteca con manuscritos antiguos y valiosos. Se destaca la de los electores del Palatino en Heidelberg, llamada Palatina. Dentro de las bibliotecas de Europa Central la más importante fue la del rey húngaro Matías Hunyani apodado Corvino. Se dice que tenía un millar de volúmenes, este rey fue el responsable de introducir la imprenta en Hungría. Fue un gran lector y coleccionista compulsivo, afición compartida por su esposa, Beatriz de Aragón, hija de Fernando de Nápoles. La pareja se rodeo de artistas y hombres de letras italianos y tuvo un importante equipo de calígrafos, ilustradores y encuadernadores. Tenían, además, diversos agentes que buscaban en su nombre variada bibliografía en el exterior. Acondicionaron dos habitaciones para alojar los libros latinos y los griegos y orientales. Al morir el rey la colección se dispersó.

Los cambios que implementó la imprenta

En este período surge la imprenta, medio que permite al propagación de los libros a gran escala, desconocida hasta el momento. Podemos definirla como el arte de reproducir en un papel u otra materia, por medio de presión, una plancha o unos caracteres impregnados de tinta. Según Dahl (2001), este arte tipográfico es, en esencia, sencillo y práctico a diferencia de las placas ya utilizadas siglos atrás en el Oriente. El nombre de Tipografía deriva del hecho de escribir con tipos metálicos móviles. Para imprimir un libro completo se tiene que planear y diseñar cada uno de los detalles, desde la forma general del resultado final hasta todas y cada una de las letras que formarán los textos. En el arte tradicional cada letra se

esculpía en un punzón metálico de hierro los perfiles de las letras. Con ese punzón se hería un placa de cobre donde quedaba estampada en bajorrelieve la forma de la letra, después se hacía un cajoncito de metal colocando de fondo la matriz impresa de cobre y se vaciaba plomo fundido que llenaba el hueco de la caja y el perfil de la letra. Una vez enfriado y sólido se liberaba del molde al plomo y se tenía un estupendo tipo de la letra... Y así sucesivamente con cada una de las letras y símbolos requeridos.

Una vez que se tenían suficientes tipos de diversos tamaños y variedades de letras se colocaban en placas especiales formando palabras, renglones y páginas enteras de forma inversa, como reflejadas en un espejo, que una vez pasados por la tinta y luego de planchar un pliego de buen papel, quedaban impresas las letras listas para ser leídas y ser colocadas en la formación del libro completo.

Para este arte tipográfico es fácil, una vez que se haya terminado de imprimir un libro, deshacer la formación de tipos para tenerlos sueltos individualmente y formar nuevos textos usando los tipos de plomo para nuevas ediciones.

Se dice que el nacimiento de la imprenta se remonta a China, hacia el año 593, cuando se logra reproducir por primera vez y de forma múltiple, dibujos y textos con la ayuda de caracteres de imprenta tallados en tablas de madera, este arte se lo conoce como xilografía. Este invento se debe a los monjes budistas, quienes impregnaban las tallas de color para imprimir con ellas sobre seda o papel de trapos. El primer libro impreso, un sutra budista con ilustraciones, data del año 868. sin embargo, la necesidad de imprimir libros surge de las disputas entre los eruditos a cerca de la autenticidad de los textos antiguos, decidiendo a partir de ese momento reproducir mediante grabado los textos de importancia cultural, para su difusión popular. Los caracteres móviles de imprenta y, con ellos, la composición tipográfica, se deben al alquimista chino Pi Cheng (1040), quién crea tipos estándar que podían fabricarse en serie. Los signos creados correspondían a palabras completas y se realizaban con arcilla sobre moldes en negativo y

posteriormente se cocían. Cuando estaban terminados se unían sobre un marco metálico componiendo frases, unidos todos con masa adhesiva, y se procedía a la impresión. Con la composición tipográfica surgió un modo de impresión mucho más rápido y flexible que la xilografía. A partir de entonces, la cultura pudo llegar a todas las capas de la sociedad.

Estas técnicas llegaron a Occidente mucho tiempo después. Es así como el holandés Laurens Coster en el siglo XIV es el primero en utilizar tipos móviles de madera, aunque universalmente se considera como inventor de la imprenta a Johannes Gutenberg en el siglo XV, debido a su creación de los tipos móviles de plomo fundido, mucho más resistentes. Gutenberg conocía la dificultad de imprimir con páginas enteras talladas en madera e ideó un modo más racional de impresión, basado en tipos móviles. Así, en 1437 encargó a un tornero de Maguncia, Konrad Sasbach, la construcción de su imprenta y él mismo creó los moldes para el fundido de las letras de plomo, que después se unían, una a una, formando las palabras en relieve en la llamada galera de composición para poder imprimir con ellas sobre el papel. En 1447 consiguió imprimir un pequeño calendario y en 1451 una gramática de latín, aunque su obra cumbre sería una Biblia. A partir de su muerte, 1468, su invento se extendió paulatinamente por toda Europa, y permaneció prácticamente inalterable hasta principios del siglo XX.

En 1454 se publicaron las bulas de indulgencia encargadas por el papa Nicolás V para allegar fondos destinados a sufragar los gastos que ocasionaban las Cruzadas para liberar de la dominación turca los Santos Lugares, de estas bulas se conserva un solo ejemplar en la Biblioteca de Munich.

Existen también dos ediciones de la Biblia: la primera llamada "de 42 líneas", que se empieza a componer en el taller de Gutenberg en 1452 y es la única obra que se le atribuye con seguridad, y la segunda la "de 36 líneas" del año 1459, y hay opiniones de que con anterioridad a ellas se imprimió el Misal de Constanza, catalogado como "el libro tipográfico más antiguo que se conoce", que parece ser

de 1450, o incluso antes. Desde luego, en esta obra parece que se hallan defectos de composición de los que adolecen las citadas Biblias, y que hay quien le considera como una primera impresión experimental.

En 1457 se termina de imprimir el Salterio de Maguncia, obra importantísima en la historia del libro y de la imprenta pues es la primera obra impresa que indica el año de publicación y el lugar de impresión, que lleve marca de impresor y colofón, ilustraciones, impresión a más de un color, la primera que pasó directamente del impresor al encuadernador, sin pasar antes por los ilustradores, y finalmente, la primera que contiene una errata (que sería corregida en la edición de 1459): en el colofón dice Spalmor(um) en lugar de Psalmor(um).

El siglo XVI, dice Escolar Sobrino (1996) se caracteriza por el auge de la lectura, que se logra gracias a los libros impresos, logrando satisfacer a todos los profesionales como al público en general que optaba por la adquisición de literatura recreativa. Un factor fundamental para el lograr el crecimiento del público lector fue el hecho del abaratamiento de los costos de manufacturación de los libros, lo que redundó en el precio del mercado. También, por supuesto, contribuyó el hecho de que un número mayor de personas fuesen alfabetizadas, así como la gran producción en lenguas vernáculas. Por lo tanto, hay un afianzamiento de la imprenta y una adquisición de características propias como:

- 📖 Distanciamiento de la tradición manuscrita como el uso de colofones y abreviaturas, salvo en las iniciales.
- 📖 Se considera al libro como objeto comercial. Aparecen las firmas de validación y los privilegios reales y la portada como reclamo comercial
- 📖 Hay un predominio de la tipografía italiana que se impone en toda Europa

La Reforma

La Reforma causó la pasión exteriorizada por medio de la violencia, causante de la destrucción de muchos libros y bibliotecas en Alemania, en especial aquellos conservados en conventos. Otros se perdieron durante la confiscación y secularización de bienes eclesiásticos. En Francia, las luchas religiosas causaron la destrucción de una masa considerable de libros. Sin embargo, se puede considerar como sistemáticas las destrucciones ordenadas por los reyes Enrique VIII y Eduardo VII en Inglaterra, donde desaparecieron un millar de bibliotecas monacales y universitarias.

Hay que reconocer, no obstante, que a pesar de la destrucción también se publicaron muchos libros nuevos, y así como desaparecieron bibliotecas, aparecieron muchas otras. Es así como Lutero solicitó a los consejeros de las ciudades alemanas que no repararan en gastos para establecer buenas bibliotecas en edificios adecuados. Fue así como surgieron pequeñas bibliotecas de iglesias junto a las bibliotecas alemanas que aparecieron en el siglo XV y a las que se sumaron otras como las de Ulm, Magdeburgo, Lindau, Nuremberg, Augsburgo y Hamburgo. Esta última tiene en la actualidad unos dos millones de volúmenes a pesar de que perdió unos 600000 durante la Segunda Guerra Mundial, además, desde 1919 funciona como una biblioteca universitaria.

En Francia, en Lyon y Aix-la-Chapelle se forman las bibliotecas municipales gracias al esmero de los jesuitas quienes se ocuparon de su custodia desde 1563. Actualmente tiene unos 500000 volúmenes, 11000 manuscritos y 1000 incunables. En los Países Bajos la biblioteca municipal de Ámsterdam se creó en 1578 y a partir del siguiente siglo estuvo al servicio de la universidad, hoy cuenta con un acervo de aproximadamente dos millones de volúmenes. Todas estas bibliotecas tenían como característica común la poseer una colección reducida, por lo general de carácter teológico, instalaciones precarias, poca atención por parte de las autoridades y escaso uso por parte de los lectores.

En esta época surgen nuevas universidades en Europa, las cuales precisan ser dotadas de bibliotecas, como las de Wurzburg, Kaenisberg, Wittenberg y Jena en Alemania, Leyden y Utrech en Holanda, Ginebra, en Suiza, Edimburgo, en Escocia, Alcalá de Henares, en España. En aquellas naciones en las que se profesaba el catolicismo aumentó el número de establecimientos religiosos, como los jesuitas, que emplearon el libro en su actividad evangelizadora y tuvieron hermosas bibliotecas de estudio. Estos eruditos bibliófilos se empeñaron en conseguir ejemplares valiosos, tanto por su antigüedad como por su rareza. Además, muchos reyes y príncipes, crearon importantes bibliotecas que les permitieron satisfacer su vanidad y proporcionarles argumentos valederos en su lucha religiosa.

La mayor parte de las colecciones privadas de libros quedaba en manos de reyes y nobles, con colecciones que superaban el millar de obras. Los seguían los mercaderes, como por ejemplo los Fugger, quiénes estaban relacionados con el comercio del libro. A veces tenían en su poder piezas valiosas que llegaban a rivalizar con la colección de los reyes. Eran seguidos por los médicos y por aquellos que se dedicaban a la carrera política y administrativa, en especial con formación jurídica y cuyas bibliotecas podían albergar medio millar de ejemplares, la mayoría de los cuales tenían carácter profesional, por lo tanto, podemos afirmar que eran buenos lectores ya que en este caso el libro constituía una herramienta de trabajo. También formaban sus propias bibliotecas los profesores, artesanos y artistas, pero estas solían tener entre una docena y un centenar de libros.

Bibliotecas Nacionales

El siglo XVI dio paso a la formación de algunas bibliotecas nacionales. Fuentes Romero (2003) define a la Biblioteca Nacional a partir de las directrices elaboradas en el informe de Silvestre “Directrices de Bibliotecas Nacionales” (p. 3) auspiciado por la UNESCO, documento publicado en 1987:

"Las bibliotecas nacionales no existen aisladas ni se deben crear ni modificar sin una conciencia clara de la función que atañe a otras instituciones nacionales afines. Tiene que ser un elemento fundamental de la red de información del país y, así mismo, poder participar con eficacia en los planes de cooperación internacional, al menos en los de ámbito regional que más beneficios puedan reportar al país."

El autor cita también el informe de Line, "National and information needs: Alternative means of fulfilment, with special reference to the role of national libraries", quién considera que la producción de los impresos nacionales, como parte del patrimonio nacional es una fuente de información fundamental de toda nación. Luego señala la importancia de este tipo de bibliotecas y las funciones que debe tener en cuenta:

- 📖 Colección y conservación de las publicaciones de la nación, debiéndose tratar la cuestión tanto desde los documentos publicados como desde los no publicados (manuscritos, grabaciones sonoras y visuales, etc.).
- 📖 Necesidades bibliográficas: Creación de y acceso a los registros de las publicaciones.
- 📖 Provisión de documentos: el recurso nacional.
- 📖 Acceso a las publicaciones, incluyendo tanto el acceso por consulta presencial como el acceso remoto.
- 📖 Intercambio de publicaciones.
- 📖 Acceso a la información, donde Line incluye la información primaria, la información procesada y la preparación de guías de información.
- 📖 Servicios a las bibliotecas y unidades de información, epígrafe éste que comprende la catalogación y otros servicios.
- 📖 Liderazgo y atención a bibliotecas y unidades de información.
- 📖 Planificación y coordinación.
- 📖 Educación y entrenamiento.
- 📖 Investigación y desarrollo.

- 📖 Factores que afectan a la necesidad.
- 📖 Jerarquía de necesidades.

El informe de Cornish de 1991, titulado “The role of national libraries in the new information environment” considera que una biblioteca nacional es aquella que se llama a sí misma de esa manera y reconoce pocas características comunes de las mismas como:

- 📖 Están financiadas con fondos públicos
- 📖 Están abiertas al público
- 📖 Actúan como archivo principal de los materiales producidos en el país

Dahl (2001) nos habla de la formación de algunas de estas bibliotecas como la francesa, cuyo núcleo central bibliotecológico surge de la biblioteca privada del rey, la cual quedó parcialmente a disposición del público en el siglo XVIII. Recordamos que durante la Edad Media los reyes franceses reunieron abundantes manuscritos, lo cierto es que la colección se dispersó al inicio del siglo XV, pero se recompuso a finales de la misma centuria con las obras que Carlos VIII trajo de su expedición a Nápoles en 1495 y con las que reunió en el castillo de Blois su sucesor, Luis XII.

Podemos decir que el creador fue Francisco I quién reunió su biblioteca privada con la de sus antecesores inmediatos y con la del condestable de Borbón de la que se había incautado. La instaló en Fontainebleau nombrado como bibliotecario al humanista Guillermo Budé, quién le había dicho que la gloria de los reyes dependía de su protección de las artes, inculcándole la necesidad de conseguir manuscritos griegos, por lo que la biblioteca tenía muchos de ellos.

El interés del rey de esta biblioteca quedó exteriorizado por la Ordenance de Montpellier de 1537 que establece que los impresores deben entregar un

ejemplar de todas las obras que impriman, medida que permitió que la Biblioteca Real francesa contara con una variada cantidad de ejemplares que reflejaban la rica vida cultural de la nación. Esta medida tiempo después sería imitada por otras bibliotecas reales, las cuales adoptarían la misma con el nombre de depósito legal.

Una vez establecida en París recibió la donación de la biblioteca de Catalina de Medici, la cual tenía unos 800 volúmenes. A la muerte de Luis XIV la biblioteca contaba con 70000 volúmenes. En 1692, el bibliotecario abate Louvois abrió la biblioteca dos días por semana. Con la Revolución Francesa existieron varios cambios, por ejemplo el noventa por ciento de la colección cambio de dueño. Todo se inicio con una ordenanza de la Asamblea Nacional en 1789 en virtud de la cual pasaban a disposición de la nación todos los bienes de la Iglesia, entre los que figuraban unos diez millones de libros. Esta Asamblea creó un comité para la reordenación de las bibliotecas, así se creó el depósito literario, para recoger los volúmenes incautados y proceder a la selección para enviar los más importantes a la Biblioteca Real. Los restantes se enviaban a bibliotecas menos importantes o se subastaban, mientras que otros fueron robados. Todos ellos terminaron en bibliotecas particulares de bibliófilos. Finalmente esta comisión determinó la confección de un catálogo colectivo la “Bibliographie générale et raisonnée de la France, que debía imprimirse para que todos los estudiosos se informaban sobre las obras disponibles en las bibliotecas.

La labor de los bibliotecarios se vio entorpecida por problemas económicos y falta de personal. También, existía el problema de los locales asignados para las bibliotecas, los cuales resultaban poco adecuados, sumidos en la humedad, con problemas de roedores, insectos y falta de seguridad para custodiar la colección. La situación empeoró con la recepción de nuevos ejemplares provenientes de la incautación de los nobles que intentaban salir de Francia.

Finalmente, en 1792 Luis XVI fue depuesto y se proclamó la República. De esta manera la Biblioteca Real pasó a ser propiedad de la Nación y se denominó

Biblioteca Nacional. Con los Napoleones se convirtió en Imperial, con la Restauración volvió a ser Real y con la República se consolidó como Nacional. Napoleón I quiso convertirla en la gran biblioteca europea, por lo que trasladó a París los libros más valiosos que tomó de los países conquistados; si bien los mismos debieron ser devueltos después de la batalla de Waterloo, el bibliotecario Van Praet, encargado de la preservación de los libros incautados logró que la devolución fuera parcial alegando que a causa de la gran cantidad de volúmenes ingresados, muchos de ellos aún no habían sido catalogados y resultaba imposible el localizarlos.

Por su parte la Biblioteca Nacional de Baviera se inició en 1558 con la compra por el duque Alberto V de la biblioteca del filólogo Widmanstetter, la cual tenía importantes manuscritos en hebreo, árabe y otras lenguas orientales e impresos en lenguas eslavas y romances. A esta colección inicial se añadió los fondos de la biblioteca de su tío, el arzobispo de Salzburgo, así como también la del banquero Johann Jacob Fugger de unos 10000 volúmenes.

Maximiliano I de Baviera se adueñó de la biblioteca palatina y se la cedió al Papa. Hacia 1632 Gustavo Adolfo saqueó Munich y se llevó unos 2000 manuscritos, pero dos años más tarde Maximiliano I al conquistar Tubinga se llevó a su biblioteca la de la ciudad que contenía 17000 impresos y 700 manuscritos griegos y latinos.

La dominación napoleónica secularizó las propiedades eclesiásticas afectando 150 casas de religiosos en Baviera, de las cuales 65 tenían muy buenas bibliotecas. A la biblioteca de la corte en Munich fueron los manuscritos y los incunables, los impresos quedaron en la universidad de Ludwigstrasse que comenzó a funcionar en 1843.

Actualmente, la biblioteca nacional cuenta con unos cuatro millones de volúmenes, 40000 manuscritos y 163000 incunables.

En cuanto a la Biblioteca Nacional de Austria, sus antecedentes se encuentran en los libros que poseyó Maximiliano I, algunos heredados de su padre Federico III y otros encargados por él. En realidad la fundación de la biblioteca corresponde a Maximiliano II quién en 1551 dictó un decreto obligando a los impresores a entregar tres ejemplares de lo que produjeran, uno de los cuales era para la Biblioteca de la Corte, asumiendo como bibliotecario el calvinista Hugo Bloccio, quién confeccionó un catálogo con los 7370 volúmenes, la mayoría de los cuales se encontraba en mal estado por el polvo y la polilla. Los limpió y los guardó en 28 armarios colocándoles los respectivos tejuelos para garantizar su localización. Por la falta de luz no se pudieron habilitar puestos de lectura y se decidió prestar los libros a aquellos que lo solicitaban, en 1726 se inauguró el edificio que aún la alberga. Hasta el siglo XX su crecimiento fue continuo y se fueron incorporando a su acervo piezas muy valiosas.

Podemos decir, que el siglo XVII, en cambio, se caracterizó por ser una época de inestabilidad política, social y religiosa que cristaliza en la Guerra de los Treinta Años. Europa conoce un fuerte crisis económica que finalizará con el desequilibrio entre los países que la forman: la lucha por la hegemonía no siempre dio como resultado unas mejores condiciones de vida para la sociedad. Debido a este clima de inestabilidad, se recrudece la censura y se llegan a perder libertades adquiridas con anterioridad. El siglo XVII señala el triunfo del absolutismo, pero también es conocido como el siglo de los grandes descubrimientos y la extensión del campo de las ciencias.

Desaparece la idea de la unidad europea o de la cristiandad al final de la Guerra de los Treinta Años con la paz de Westfalia, la que consolida la división entre católicos y protestantes. La desaparición de la unidad política religiosa resta importancia al empleo del latín como instrumento de comunicación internacional, disputándose su lugar lenguas como el español, francés e italiano, lenguas conocidas y habladas por las personas cultas de la época.

En este período el libro adquiere algunas características especiales como:

-  Empleo del grabado en cobre, que, gracias a su fidelidad de reproducción, se convierte en un instrumento invaluable para la elaboración de libros científicos ilustrados y para la cartografía. Es la época del barroco, que se caracteriza por las portadas y frontispicios ricamente decorados y que a menudo casi no dejan espacio para el título. En este período se destacó Rubens, el cual trabajó para la familia Galle en el taller de los Plantin-Moretus. A menudo, el trabajo de grabador estaba dividido entre el autor de la idea, el dibujante y el escultor del mismo.
-  Descenso de la calidad tipográfica La calidad tipográfica, por el contrario, descendió, así como la del material utilizado. Paradójicamente, es el siglo de la bibliofilia, que se manifiesta con la producción cuidadísima de lujosos libros para coleccionistas: sin embargo, este no era el tipo de libro corriente, aunque la actividad no dejaba ser un interesante campo de experimentación en el campo editorial.
-  Surgen nuevos sistemas de comercialización. El siglo XVII es el de las subastas que se convierte en un nuevo medio de comercialización del libro. Estas subastas suponían una alternativa más satisfactoria para el vendedor y el comprador, ya que permitía ajustar la oferta a la demanda de modo muy aproximado. Sin embargo, no siempre resultaron neutrales, ya que encontramos escritos de la época acusando a los libreros de aprovechar las subastas de libros por lotes para deshacerse de aquellas obras de difícil salida.
-  La encuadernación sencilla. La única excepción la constituyen las encuadernaciones para bibliógrafos franceses, libros más bien de

ornamento que de uso intelectual. Aquí aparecen las líneas punteadas, grabados de oro, guardas de seda y jaspeadas, etc.

📖 El contenido es mayoritariamente religioso, pero existe, también, un gran aumento de las literaturas nacionales y, sobre todo, de los temas científicos y geográficos; podemos considerar a este siglo como el de los grandes viajes, descubrimientos y exploraciones, así como de las primeras excavaciones arqueológicas.

Durante el siglo XVII las bibliotecas aparecen con una identificación arquitectónica propia. Los libros se colocan definitivamente en anaqueles, mientras que la sala tiene una concepción barroca, ornamentada y a menudo complementada con otros elementos, como por ejemplo, esculturas, globos terráqueos, colecciones de monedas, etc.

El concepto enciclopédico del saber se refleja en los fondos, así como la evolución de los conocimientos humanos. Mientras que las bibliotecas privadas son cada vez más florecientes, comienzan a abrirse al público algunas, aunque el concepto de biblioteca pública diste mucho del actual. Es también el siglo de la aparición de una gran parte de las bibliotecas reales, muchas de las cuales terminarían por convertirse en bibliotecas nacionales de sus países respectivos. Por otro lado, la inestabilidad de la época las hace víctimas de saqueos, robos, expurgos y destrucciones.

Diferentes tipos de bibliotecas

Cañedo (2004) señala que las denominadas bibliotecas públicas fueron aquellas creadas por hombres generosos que pensaban que valía la pena emplear parte de sus riquezas para ponerla al servicio de la cultura. El valor del libro, estaba en el contenido más que en la apariencia externa, la encuadernación o las ilustraciones. La intervención de bibliotecarios profesionales favoreció la conversión de las bibliotecas en instrumentos de trabajo al servicio de la cultura superior. Uno de los

puntos que enfatizan es el de asegurar presupuestos permanentes y no ocasionales para la manutención de la biblioteca y la adquisición de libros, advirtiéndole, además, sobre la necesidad de que el acervo bibliotecológico comprenda la mayor cantidad posible de temas y autores. Se encargarán de confeccionar catálogos que permitan recuperar con premura el ejemplar que se desea consultar.

Reyes y nobles, también siguen incrementando el patrimonio de sus bibliotecas personales, dotándolas de ricas estanterías de madera talladas en la que exhiben encuadernaciones de piel y telas con estampados en dorado. Estas colecciones son muy empleadas por sus dueños y por algunos familiares o amigos especiales. Los contenidos de estos libros responden a necesidades políticas y sociales, por lo que constituyen bienes heredables. En este siglo también son representativas las bibliotecas particulares de la pequeña nobleza o burguesía, cuyo fondo responde a los requerimientos de su cargo o profesión. Por lo general, cuando el dueño fallece, los libros son subastados para pagar las deudas que quedan a los deudos y porque el excesivo peso provoca daños estructurales en las viviendas. Las estanterías están adosadas en a las paredes y los libros se colocan según algún sistema de clasificación.

En este siglo surgen, además, dice Tagle de Cuenca (1997), bibliotecas universitarias como la de Oxford llamada Bodleian. En el siglo XIII había en esta universidad guardados en armarios en la Iglesia de Santa María una serie de libros que podían retirarse en préstamo cumplimentando ciertas garantías. Pero solo podemos hablar con propiedad de una biblioteca a partir de 1410 cuando se habilitó en la parte superior de la Iglesia una sala con estanterías colocadas en doble fila. El duque de Gloucester donó 128 volúmenes lo que obligó a trasladar la biblioteca a la parte superior de un nuevo edificio construido para la Divinity School. La universidad prefirió que cada colegio tuviese su propia biblioteca en vez de una general. Sin embargo, esta biblioteca fue destruida y sus libros fueron adquiridos por diferentes personas o se perdieron. El renacer de la biblioteca se

debió a Thomas Bodley quién en 1598 ofreció costear la instalación de la biblioteca, proporcionar los libros y ocuparse de los gastos. Finalmente se inaugura en 1602 con unos 300 manuscritos y 1.700 volúmenes impresos. Para 1606, año en que se imprime el catálogo de la misma los fondos se habían triplicado. La colección quedó conformada por los libros que Bodley compró inicialmente, aquellos que les cedieron sus amigos y algunas instituciones. Además, logró que la asociación de comerciantes de libros, la Stationers' Company le cedieran a esta biblioteca un ejemplar de todo lo que publicaban.

Bodley concibió la biblioteca como un instrumento religioso, razón por la que mayoritariamente el acervo reflejaba el credo protestante. La mayoría de los libros estaban en latín, pero también los había en italiano, francés, español, griego, hebreo e inglés. En cuanto a los autores estaban los medievales y renacentistas. Los libros estaban en estanterías perpendiculares a la pared y los lectores leían sentados en bancos fijos situados frente a cada estantería, adosadas a estas había unas tablas que se empleaban como mesas de consulta y en las que descansaban los libros que estaban encadenados. Los mismos estaban agrupados en cuatro clases teología, medicina, leyes y arte y dentro de cada grupo se los ordenaba alfabéticamente. En cada armario había una indicación sobre su contenido. Los libros más pequeños, que no estaban encadenados se encontraban en otro salón y para consultarlos se necesitaba de autorización.

Su mecenas se ocupó de las instalaciones, de la compra de libros y de su organización. La consideró como una biblioteca pública, abierta a antiguos estudiantes, personas importantes y extranjeros. También perfiló las condiciones que debía reunir el bibliotecario, el cual era asistido por un ayudante y el portero. Tenía que ser licenciado universitario, lingüista y soltero. Antes de morir, Bodley dejó fondos suficientes para que con su renta se pagara al personal y se pudieran comprar libros. Desde ese momento a la actualidad hubo que realizar muchas reformas edilicias por la cantidad de volúmenes que posee, que es de unos cuatro millones de impresos, 40.000 manuscritos y 20.000 documentos.

A su vez, la biblioteca del College de Cambridge, Massachussets, posteriormente universidad de Harvard, se funda en 1638. esta biblioteca se inició con un donativo de 380 obras efectuada por John Harvard, la mayor parte de carácter religioso. A este legado se sumaron otros como el de la familia Hollis y otras personalidades importantes de esta época. Para 1764 había unos 5.000 volúmenes, casi todos los cuales se pierden debido a un importante incendio. Solo se rescataron unos 400 volúmenes. Al año siguiente la biblioteca comenzó a abrir un solo día a la semana permitiendo el acceso de todos los estudiantes. Por ese motivo se formó una sección para los estudiantes con libros duplicados y muy pedidos. Durante la Guerra de la Independencia fue trasladada a Concord incrementando sus fondos gracias a las incautaciones de libros que se hicieron a los leales al gobierno inglés. Fue así que en 1895 tenía 300.000 volúmenes y veinte años más tarde ya tenía 700.000.

En 1841 se construyó su primer edificio el Gore Hall, que poco después no dio abasto para almacenar la inmensa masa de bibliografía que albergaba. Fue así que 1915 se construyó Widener Library y en 1942 Houghton Library, destinado a albergar y a conservar los libros raros que para esa época tenía una cantidad de 100.000. esta sección cuenta con 3.500 incunables, un ejemplar de la Biblia de Gutenberg, manuscritos de autores americanos y una excelente colección de primera edición de obras americanas y europeas. Posteriormente, se construyeron nuevos edificios para almacenar los casi diez millones de volúmenes, lo que la han convertido en la mejor biblioteca universitaria americana.

La universidad de Dublín fue creada por la reina Isabel de Inglaterra en 1592, pero la Biblioteca de Trinity College comenzó a funcionar en la siguiente centuria, cuando comenzaron las compras de libros, los donativos, llegando a almacenar unos 7.000 volúmenes la mayoría obras teológicas y escritas en latín. Fue incrementándose por el registro de bibliotecas completas, muchas de las cuales pertenecieron a importantes bibliófilos y eruditos, lo que le permitió contar con un acervo altamente enriquecido por la calidad de estas obras. Esta biblioteca, sin

embargo, fue de difícil acceso, reservado solo a profesores. Al principio abría cuatro horas al día y los profesores tenían una llave para entrar y retirar en préstamo aquellos ejemplares que no eran de consulta durante quince días.

Otra biblioteca universitaria destacada fue la de Leyden la cual se abrió en 1587 en una habitación del edificio universitario, pero ocho años más tarde se mudó a un ambiente más amplio y cómodo. Su crecimiento fue rápido y hoy cuenta con unos dos millones de volúmenes, 40.000 mapas y 300.000 manuscritos árabes, hebreos, turcos, persas y otros procedentes de las posesiones de Indonesia.

Este siglo, también, vio nacer a la famosa Biblioteca Ambrosiana; Burton (1938) comenta que esta es una de las bibliotecas públicas más antiguas del mundo, fundada en 1603 por el cardenal arzobispo de Milán Federico Borromeo. El nombre de ambrosiana deriva de San Ambrosio, quién fuera arzobispo de Milán en el siglo IV. Borromeo donó a la biblioteca su propia colección en el 1618 proveniente de Siria, España y Alemania, países en los que obtuvo valiosos manuscritos. La finalidad perseguida por Borromeo era la de construir un baluarte contra la Reforma Protestante y recuperar la brillantez del Renacimiento italiano.

El edificio de la Ambrosiana fue levantado en el centro de Milán entre las iglesias del Santo Sepulcro y de Santa María de la Rosa. La biblioteca ocupaba una amplia sala abovedada con techos decorados por las pinturas de Francisco María Richino y Lelio Buzzi, y tenía estanterías adosadas a los muros siguiendo el nuevo modelo impuesto en El Escorial. Cuando se fundó esta biblioteca ya tenía unos 15.000 manuscritos y más de 30.000 libros impresos y fue creciendo por las variadas donaciones y aportes de mecenas, arquitectos, comerciantes de arte, historiadores, etc. se destaca el aporte de Federico Fagnani, último marqués de Gerenzano, quién donó 23.000 libros y manuscritos y 16.000 grabados. Los libros no estaban ordenados por materia, aunque los manuscritos no estaban mezclados con los impresos. Sobre las estanterías, además, había retratos de escritores famosos.

Al poco tiempo de su fundación contaba con grabados de Raffaello y en 1637 exhibía doce manuscritos de Leonardo da Vinci, entre los que destaca el famoso Códice Atlántico (hoy consultable en Internet), que fue donado por el marqués Galeazzo Arconati, según consta en los propios archivos bibliotecarios.

Personalidades importantes se ocuparon de su cuidado y desarrollo, como por ejemplo Achille Ratti, quién con posterioridad asumió como el Papa Pío XI (sucesor de Benedicto XV); se destaca también la labor del cardenal Ángelo Mai, sacerdote jesuita y primer prefecto de la Biblioteca Vaticana.

Aunque la Ambrosiana cuenta sobre todo con un legado significativo de libros religiosos, tanto de occidente como de oriente, también dispone de algunas obras de distinto género como una rara edición del Decamerón que está fechada en 1471 y debe ser por tanto una de las más antiguas que se conservan y es un incunable.

Desde que se inauguró en 1609 estuvo abierta cuatro horas diarias, lo que resultaba toda una novedad en esos tiempos. A ella tenían acceso todos los estudiosos de la época, siempre que no tuvieran ideas religiosas peligrosas. Esta biblioteca funcionaba gracias a dos juntas, una de carácter administrativo, formada por personas de su familia, y otra de carácter intelectual constituida por un colegio de doctores que debían abandonar cualquier tipo de actividad y escribir un tratado erudito cada cuatro años. De sus integrantes, cuatro debían ser teólogos y escribir, cada diez años, un tratado de alabanza a la Virgen. Disponían de una imprenta para facilitar la distribución de sus obras.

El bibliotecario debía ocuparse de la adquisición de libros por diversos canales y de aconsejar a los lectores sobre el material de lectura más óptimo para su lectura. Debía mantener actualizados los catálogos, el de manuscritos e impresos, ordenados alfabéticamente.

Otra biblioteca importante que surgió en el siglo XVII fue la del cardenal Mazarino, sucesor del cardenal Richelieu, como ministro de Luis XIII. Este cardenal advirtió el prestigio que se podía obtener por contar con una gran biblioteca, por este motivo trató de reunir una buena cantidad de ejemplares. Muchas personas que querían gozar de su amistad e influencia se apresuraron a donarle valiosos ejemplares. Además, tanto los generales como diplomáticos franceses buscaban en el exterior material bibliográfico que le remitían. Su biblioteca logró reunir unos 40.000 volúmenes, de los más representativos de la cultura de la época, gracias a la actividad incesante, a los viajes continuos a países como España, Alemania, Países Bajos, Italia e Inglaterra, la gran formación intelectual e inteligencia del bibliotecario Gabriel Naudé. Si bien su carrera era en medicina nunca la ejerció, prefiriendo ser bibliotecario de importantes personajes como el presidente Henri Mesme, quien poseía una buena biblioteca en París, y de los cardenales Bagni y Barberini en Roma y Richelieu y Mazarino en París.

Cuando era muy joven redactó un tratado sobre biblioteconomía, *Advis pour dresser une bibliothèque*, dedicado al presidente Mesme. Este tratado se refiere a la forma de elegir los libros, conseguirlos y disponerlos en el estante para que su ordenamiento resulte práctico en el momento de recuperar un ejemplar. Dice que los libros son estimados por su bondad y no por la cantidad que se posea. Diferencia entre aquellas bibliotecas personales las cuales pueden ser especializadas según las preferencias de sus dueños y las públicas, las cuales deben contener material perteneciente a diferentes temáticas, para que cada lector encuentre aquello que le interesa. Describe con gran erudición y detalle los libros que deben estar en una biblioteca universal, las obras más famosas en su propia lengua y en traducciones, los mejores tratados de cada materia, los comentarios, los que exponen una nueva ciencia, los que contienen ideas, incluso religiosas, contrarias, y por supuesto, diccionarios y repertorios.

Una buena biblioteca debe conservar en perfecto estado sus libros, debe ser conocida, de esa manera muchas personas donarán libros a la misma, adquirir

frecuentemente material bibliográfico para que la colección no se desactualice, y los servicios que brinda deben ser adecuados al público que la frecuenta. La biblioteca debería contar con un edificio de cuatro o cinco plantas, alejada de los ruidos provenientes de la calle, la colección no debe alojarse ni en la planta baja, por la humedad ni en el último piso por la intensidad del calor. Debe estar bien iluminada y si es posible los ventanales deben dar hacia un jardín. El ambiente debe ser grato, sin malos olores. El orden de los libros es fundamental, siendo el más natural el de las mismas facultades: teología, medicina, derecho, historia, filosofía, matemáticas y humanidades, que a su vez se subdivide de acuerdo con las partes de cada facultad. Las obras más universales y antiguas son las primeras que se ponen en el estante seguidas de las interpretaciones y comentarios sobre ellas. Cuando los libros se ordenan por materia hay que dejar espacio suficiente contemplando el crecimiento de la colección. Naudé propone que a medida que se ingresan libros se los coloque en una estantería especial para intercalar en el lugar definitivo que deben ocupar cada seis meses. Los libros más pequeños, se deben colocar en las estanterías más altas para evitar hurtos.

Naudé, considera que la biblioteca debe estar bien presentada y ordenada pero evitando lujos innecesarios. No tiene que estar excesivamente ornamentada, con unos pocos cuadros de autores importantes resulta suficiente. Recomienda emplear estanterías de cedro por la nobleza de esa madera. Para embellecer la sala y evitar el polvo se pueden poner en las estanterías cortinas. También es conveniente dotarla de tapices, relojes, plumas, papel, tinta y almanaques. Siempre debe permitirse el acceso de las personas, las bibliotecas esconden tesoros que deben estar al servicio de los hombres. Para que la biblioteca funcione de manera correcta se debe elegir a un buen bibliotecario. Este cargo debe ser ejercido por personas cultas tal como fue ejercido desde la antigüedad. Según su entender las bibliotecas deberían brindar un servicio similar a la de la Ambrosiana y si esto no fuera posible, el bibliotecario deberá ser lo suficientemente accesible y recibir y atender todos los pedidos de los usuarios. Si se tiene confianza en los usuarios se les puede prestar material por dos o tres

semanas para que puedan leer con comodidad en sus casas confeccionando una ficha con el título y autor del material retirado, el nombre de la persona que solicita el préstamo, la fecha de préstamos y la de devolución. De igual manera hay que llevar un control exhaustivo de las fechas de devolución del material otorgado en préstamo.

La biblioteca de Mazarino instalada en su propia casa abrió al público a partir de 1644 seis horas todos los días jueves, tres por la mañana y tres por la tarde, para que puedan acceder a ella todas las personas cultas que necesitaran consultar su acervo. En 1651, Mazarino fue proscrito por el Parlamento, durante la guerra de la Frontera, por este motivo decidió poner en venta su biblioteca, razón por la cual su fondo quedó totalmente disperso. El propio Naudé consideró a esta colección como la octava maravilla e intentó que el rey de Francia y la reina Cristina de Suecia adquirieran en bloque esta colección. Finalmente, necesitado de trabajo aceptó la oferta de la reina y se trasladó a su servicio a Suecia. Cuando Mazarino volvió al poder quiso reconstruir su biblioteca pero sin contar con la ayuda de Naudé porque este ya había fallecido. Mazarino logró comprar algunos de los libros que habían formado su colección original, aunque otros no los pudo recuperar. Compró nuevos libros y logró formar una biblioteca de 45.000 volúmenes. En su testamento dejó dos millones de libras para la construcción del Colegio de las Cuatro Naciones en el que se iba a alojar su biblioteca. En 1806 ocupa este edificio el Instituto de Francia, al que esta incorporada en estos momentos su colección. Posee unos 500.000 volúmenes, 4.500 manuscritos y 1.800 incunables.

Durante el siglo XVIII se produjo el triunfo de la cultura secular frente a la religiosa y de los libros en lengua vernácula frente a los latinos, iniciándose de esa manera la lectura pública frente a la lectura institucionalizada cuando las bibliotecas estaban al servicio de una institución o eran privadas. En esta época, también, hubo un desplazamiento de los centros intelectuales, desde las universidades de

tradición medieval, monasterios o conventos hacia academias, salones de casas nobles, cafés, tertulias y bibliotecas.

El contenido de los libros varió con respecto a otros períodos históricos, en lo que se refiere a libros religiosos o escritos en latín, e incluso los autores clásicos son más leídos en traducciones que en el idioma original. Hay una gran difusión de literatura en lengua vernácula e incluso de producción científica. Esto favoreció la circulación del libro ya que en esta época había una importante masa de personas alfabetizadas pero que desconocían el latín o el griego. Estas personas si bien gozaban de recursos económicos importantes, en ocasiones no eran suficientes para poder adquirir libros y formar su propia biblioteca. Estos ciudadanos recurren a las bibliotecas existentes, como por ejemplo las nacionales, las cuales ya hemos mencionado, las de algunos nobles que habrían sus puertas, así como también las bibliotecas reales; en ocasiones las iglesias facilitaban los libros y a veces los lectores recurrieron a la compra cooperativa o al alquiler de los mismos.

Tanto en Inglaterra como en sus colonias en América surgen un nuevo tipo de biblioteca denominada parroquial, cuyos libros estaban reservados a la formación de los religiosos pero que a veces también se ponían a disposición de los laicos. En el desarrollo de este tipo de bibliotecas tuvo un papel muy importante el reverendo Thomas Bray, comisario de la Iglesia anglicana en la colonia de Maryland, quién advirtió que resultaba muy dificultoso conseguir buenos párrocos por la pobreza material y espiritual en la que estaban inmersos. La carencia de recursos les impedía adquirir libros considerados como imprescindibles para llevar a cabo su misión, por eso es que decidió facilitárselos creando estas bibliotecas, aunque en ocasiones, el acervo bibliográfico también podía ser consultado por los laicos. Para formar estas bibliotecas contó con la ayuda de dos asociaciones, la de Promoción de los conocimientos cristianos y Propaganda de los evangelios en el extranjero, las cuales le facilitaron unos 35.000 volúmenes. Tenía la intención de establecer bibliotecas y coordinarlas a través de una principal ubicada en cada colonia. Fue así como logró fundar 6 provinciales más 39 parroquiales, además de

25 para laicos, la mayoría de ellas ubicadas en la colonia de Maryland. La mayor era la de Annapolis y tenía unos 1.000 volúmenes, mayoritariamente religiosos. Recibió apoyo de algunos gobiernos coloniales, los que consideraban a estas bibliotecas como medios valiosos para acercar a los colonos a la lectura.

Bray consideró que iguales necesidades tenían los párrocos ingleses por lo que fundó dos sociedades, a las que a su muerte, se sumó otra con su nombre, con la pretensión de establecer una red de bibliotecas para el servicio de párrocos, en las que habría unas bibliotecas de carácter local y otras regionales destinadas al préstamo. Estas bibliotecas siguieron creándose y manteniéndose a lo largo del siglo XIX, siempre dependientes de la generosidad ajena y algunas con tan buena suerte que aún perduran en la actualidad.

A principios del siglo XVIII un sacerdote escocés, el reverendo James Kirkwood elaboró un plan para crear bibliotecas en toda Escocia y finalmente pudo establecer algunas en Highland que duraron muy poco. Sin embargo, la idea de Samuel Brown fue más interesante, este comerciante creó bibliotecas itinerantes en el condado de East Lothian. Su idea consiste en establecer pequeñas bibliotecas de no más de 50 volúmenes en todos los pueblos y aldeas en los que hubiera una persona que se responsabilizara por los mismos. Cada dos años las bibliotecas migrarían de lugar, aunque se debía garantizar la existencia de una de ellas a menos de una milla y media del lugar de residencia de cualquier poblador. Lamentablemente no se pudieron abrir más de cincuenta bibliotecas, las cuales fueron perdieron lectores porque los libros envejecían y no se renovaban, finalmente, al morir Brown las bibliotecas fueron poco a poco desapareciendo.

Dentro de las asociaciones creadas para la adquisición cooperativas de libros se encuentran los clubes del libro o sociedades de lectura que aparecieron en Inglaterra a principios del siglo XVIII. Se trataba de un grupo de amigos, algo así como una docena que aportaban para la adquisición en diferentes oportunidades de libros. Cuando los mismos habían sido leídos por todos los miembros los

vendían. Estos se reunían mensualmente para tratar temas pertinentes a la adquisición, reparto y venta de los libros, y además, discutían sobre materias literarias y científicas en relación a la lectura. Sus servicios eran baratos ya que los gastos se limitaban a la compra de libros, no contrataban a ningún bibliotecario para que los asesore o para gestionar una colección, no alquilaban ningún local, sino que guardaban los libros en un armario de uno de los integrantes de este grupo. Esta modalidad fue exitosa durante este siglo y sus integrantes eran personas de pocos recursos económicos; si bien algunos tuvieron una vida muy efímera otros han sobrevivido hasta nuestros días como la Leicestershire Book Society, cuyos miembros se reúnen una vez al año para seleccionar nuevos libros y vender los más viejos.

También surgieron en este siglo las llamadas bibliotecas sociales con dos modalidades, de acciones y de suscripción. En las primeras la propiedad pertenecía a los accionistas, quiénes podían regalar, vender o ceder sus acciones a otras personas; en las segundas el pago de una cuota da derecho de uso. Los accionistas eran personas ricas que por su posición social se sentían obligados a subvencionar a las bibliotecas, pero imponiendo sus criterios en la selección de libros, los cuales podían ser consultados por no accionistas por medio del pago de un canon.

La pertenencia a una biblioteca de suscripción se lograba mediante el pago de la cuota fundacional o de entrada, más otra temporal. Generalmente estaban gobernadas por los usuarios, cuya mayoría era gente joven.

La primera biblioteca de carácter asociativo en Norteamérica, y considerada como la madre de todas ellas fue la Library Company of Philadelphia, fundada en 1731 debido a una idea de Benjamín Franklin, quién conoció en Inglaterra los clubes de lectura. En su fundación intervinieron 50 miembros que formaban parte de un grupo de discusión llamado Junto, estos pagaban 40 chelines. De todos modos, muchas personas que no intervinieron en la fundación hicieron uso del fondo

mediante el pago de una cuota y dejando una fianza en caso de retirar el material a domicilio. Esta ha sido una de las bibliotecas más importante de este país y ha sobrevivido hasta nuestros días.

Hay otras bibliotecas que han surgido en este siglo y aún perduran como la Redwood Library, fundada en 1747 en Newport, también por los miembros de un grupo de debate y la Library and Philosophical Society, gracias a un donativo de Abraham Redwood con el que se adquirió la mejor colección de libros de las colonias norteamericanas, que fue instalada en un edificio regalado por uno de los miembros fundadores.

En 1748 un grupo de jóvenes fundó la primera biblioteca por acciones norteamericana, la Charleston Library Society. Los fundadores pertenecían a la aristocracia sureña y se reunían semanalmente para comentar los libros adquiridos, entre los que se destacaban los autores clásicos.

También fue importante la New York Society Library creada en 1754 y que tenía unos 118 accionistas y que añadió a los libros adquiridos con las cuotas una colección de 2.000 volúmenes donados por clérigos anglicanos que advirtieron la pobreza de libros que había en esta ciudad. La biblioteca funcionó en el ayuntamiento y estuvo abierta al público de la ciudad y de las colonias, con la obligación para los no accionistas de dejar en depósito una cantidad de dinero proporcional a los libros que retiraban.

En Inglaterra las bibliotecas de suscripción aparecieron en el siglo XIX y se las denominó bibliotecas de permanentes para distinguirlas de las de clubes. La más famosa fue la London Library, aún existente, creada a mediados del siglo XIX por Thomas Carlyle. Los miembros pagaban una cuota anual de 10 libras y 10 chelines.

Surgen también las denominadas bibliotecas de préstamo en Inglaterra y Norteamérica entre los siglos XVIII y XIX, expandiéndose por toda Europa. En Inglaterra alcanza un desarrollo superior y su existencia se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XX, soportando la enorme competencia de las bibliotecas públicas. La finalidad de estas bibliotecas era comercial. Fueron creadas por los libreros como una ampliación de sus negocios, los cuales cobraban un abono mensual a sus usuarios, lo que les daba derecho a retirar material para leerlo en sus casas o un abono menos para leer el material en el local.

En Alemania también aparecieron sociedades para facilitar a sus miembros los libros que deseaban y que no se los proporcionaban las bibliotecas oficiales. Formaron colecciones muy importantes con libros modernos y revistas, muchas veces el material era extranjero.

En este siglo también se crearon dos bibliotecas muy famosas, la del British Museum y la Biblioteca Nacional Española, así como también la Biblioteca Nacional Francesa quedó constituida con los fondos de la Biblioteca Real.

En 1753 se creó el British Museum, la biblioteca Nacional inglesa que se transformaría en una de las más importantes del mundo. Su creación se debió por la oferta que recibió el parlamento de Sir Hans Solana, que fue presidente de la Royal Society y dejó a su muerte una biblioteca con 3.488 manuscritos y 40.000 impresos. Así como una gran colección de objetos curiosos como fósiles, plantas y minerales hasta medallas con la pretensión que se encontrara todo reunido en lo posible en Londres. A esta colección se unieron otras tres, la de los condes de Oxford, Edward y Robert Harley, con 7.000 manuscritos, 40.000 documentos, 50.000 libros impresos y 400.000 folletos. La de Robert Bruce Cotton formada por libros y manuscritos de la biblioteca monástica destruidas durante los reinados de Isabel y Jacobo I, que era propiedad de la nación desde 1706 y estaba muy mal conservada. Tenía unos 700 volúmenes, algunos muy importantes como el Evangelionario de Lindisfarne del siglo VII, dos ejemplares de la Historia Eclesiástica

de Beda, otros dos de la Carta Magna y numerosas crónicas, vidas de santo y cartularios. Finalmente la última colección donada era la de Palacio que cedió el rey Jorge II en 1757, formada por 9.000 impresos y 2.000 manuscritos. Para poder albergar todos estos libros el Parlamento debió adquirir un edificio y nombro un gran Consejo para regir la institución, integrado por personalidades políticas y religiosas y otros miembros designados por el propio Consejo cuya administración fue muy meticulosa desde que abrió sus puertas al público en 1759 en Montagu House. La Cámara consiguió una cantidad de dinero para abonar salarios del personal, pero no para la compra de libros, no obstante, siempre recibió generosos y valiosos donativos, y también por el material que procedía del depósito legal que recaudaba la Biblioteca de Palacio y que heredó el British Museum.

En su acta fundacional se indica que se debía facilitar la entrada a la institución a todas las personas que les interesara estudiar y estuvieran ávidas de curiosidad. Desde su apertura, el museo ofreció una sala de lectura que proporcionaba acceso a la biblioteca, y se contrató a estudiosos para que se ocuparan del cuidado y la catalogación de las colecciones. La primera "sala para estudiantes", la dedicada a los grabados y dibujos, abrió sus puertas en 1808.

A la biblioteca le llevó casi un siglo en convertirse en una institución importante, y logró este objetivo gracias a un inmigrante italiano llamado Antonio Panizzi, quién llegó a Inglaterra en 1823 huyendo de la persecución política del duque de Módena. Panizzi ingresó en 1831 en el departamento de libros impresos del British Museum, del que fue nombrado seis años más tarde jefe, y en 1856 Principal Librarian. En su nuevo puesto monitoreo el estricto cumplimiento del depósito legal y consiguió importantes recursos para la compra de libros. Empleando estos dos elementos, logró formar una de las colecciones más importantes del mundo. Para ello empleo dos agentes, uno en América y otro en Alemania, los cuales adquirirían valioso material bibliográfico que le enviaban. Ante la llegada de tantos volúmenes hubo que replantear la posibilidad de un nuevo edificio donde

albergarlos. Se construyeron nuevos locales inaugurados en 1857. Para esta época llamaba la atención la amplia y circular sala de lectura rodeada de estanterías metálicas con capacidad para un millón de volúmenes y 500 lectores.

Se interesó por mejorar la situación del personal y por todo lo relacionado con la catalogación del material bibliográfico, convenciendo al Consejo por la demora de la impresión del catálogo, ya que el mismo quedaría obsoleto por las incorporaciones que se estaban efectuando.

En 1973 el British Museum fue reorganizado y su biblioteca incluida en una nueva organización denominada British Library, con la finalidad de servir como centro de consulta, estudio e información bibliográfica para las humanidades, las ciencias y las técnicas.

Otra realidad es la italiana; en este país encontramos ocho bibliotecas nacionales, lo que se explica no sólo por el gran desarrollo cultural de este pueblo sino también por su fragmentación política. De ellas podemos mencionar a la Biblioteca Nacional Florentina, creada en 1714 por el bibliófilo y bibliotecario de los duques de Toscana, Antonio Magliabechi quién reunió una biblioteca riquísima con obras en árabe, persa y armenio. Tenía 30.000 impresos y 3.000 manuscritos. La biblioteca se la conoció con el nombre de Magliabechiana en 1747. Hacia 1861 al producirse la unidad italiana contaba con 100.000 volúmenes y con los 90.000 impresos y 3.000 manuscritos de la biblioteca de los duques que se le sumaron, se constituyó la Biblioteca Nazionale, que en la actualidad es la mayor de Italia.

En 1935 se la trasladó a un nuevo edificio, a las orillas del Arno, el que al producirse su desborde en 1966 provocó graves daños en los libros que hoy en día ascienden a cerca de cinco millones, 25.000 manuscritos, 800.000 documentos, y 3.800 incunables y se la considera como depósito legal de los libros impresos del país.

En este período, también, aparecieron muchas otras bibliotecas universitarias en Norteamérica como la biblioteca de la Universidad de Yale que se formó al mismo tiempo que el college en 1701, estableciéndose en New Haven, Connecticut en 1718. su colección se inició con una donación de los fundadores y se acrecentó por los donativos de personalidades como Newton y Halley. Hacia 1733 contaba con unos 2.600 volúmenes y en 1846 se instaló en un edificio independiente y en 1930 se construyó uno monumental que recuerda una fortaleza y catedral gótica. En el siglo XX se enriqueció con importantes colecciones y otras piezas importantes como un fragmento de un papiro con un texto del Génesis, quizá el texto bíblico más antiguo. Sin embargo este edificio conocido como Sterling Library resultó insuficiente para contener la creciente colección y en 1964 se abrió la Beinecke Library la cual tiene una fachada exterior de placas de mármol de Vermont encuadradas con granito. Tiene estanterías adosadas a los muros con una altura de seis pisos. En la actualidad el conjunto de edificios que conforman la biblioteca albergan unos siete millones de volúmenes.

En 1750 el college de New Jersey, origen de la Universidad de Princeton acuerda formar una biblioteca. La misma fue destruida por un voraz incendio y nuevamente se estableció a principios del siglo XIX. En 1888 fue necesario construir un nuevo edificio para contener los 700.000 volúmenes que poseía. Su crecimiento fue vertiginoso, razón por la cual en 1948 se construyó un nuevo edificio, Firestone Library, donado por el ya famoso comerciante de cubiertas. Actualmente tiene tres millones de volúmenes entre los cuales hay unas 250.000 obras chinas, así como valiosos manuscritos árabes, persas y turcos.

Mientras tanto en París se desarrollaba un activo comercio del libro y había expectativas de formar una gran biblioteca. Así fue como Antoine René de Voyer d'Argenson, marqués de Paulmy era más que un simple coleccionista que adquiriría libros por dos motivos fundamentales, su contenido y su belleza material. Eran un hábil comprador y supo rastrear grandes obras para incorporar a su colección, como manuscritos de la corte de Borgoña, y otras obras de la literatura francesa.

Vendió su colección en 1785 al conde de Artois, hermano del futuro rey Carlos X, con la condición de poder seguir utilizándola el resto de su vida. El conde sumo a los 160.000 volúmenes adquiridos los 30.000 que ya poseía.

Al estallar la Revolución, la biblioteca fue requisada y convertida en un depósito literario, lo que le significó la incorporación de 50.000 volúmenes procedentes de otras bibliotecas incautadas, incorporándose obras importantes como el Salterio de Blanca de Castilla del siglo XIII y el archivo de la Bastilla. Si bien la biblioteca fue devuelta a su propietario en 1816 continuó siendo una biblioteca oficial. Al final del siglo XIX contaba con 600.000 volúmenes, mientras que en la actualidad tiene más de un millón y medio y unos 15.000 manuscritos. Fue beneficiaria del depósito legal y recibió en 1925 un donativo muy importante de obras dramáticas, la colección Auguste Rondel, con 300.000 volúmenes que se completó con la compra de otra colección teatral, la de Edward Gordon Craig. Estas colecciones a partir de 1936 forman parte de la Biblioteca Nacional Francesa.

El siglo XVIII en Portugal fue muy importante para la actividad bibliotecológica, y en ello jugó un papel muy importante el rey Juan V, quién construyó entre 1717 y 1730 el palacio – monasterio de Mafra, dotándolo de una hermosa biblioteca. Con una planta en forma de cruz, su construcción se demoró a lo largo de un siglo. Al momento de su terminación contaba con unos 38.000 volúmenes, la mayoría editados entre los siglos XVII y XVIII.

La universidad de Coimbra, que es de 1290 estuvo temporalmente en Lisboa y en 1537 se asentó definitivamente en Coimbra. En el siglo XVIII el edificio que albergaba a la biblioteca estaba muy deteriorado; además, se adquirió una nueva biblioteca privada por lo que el rey decidió construir un nuevo edificio, el cual estuvo terminado para el 1728. Este tenía tres habitaciones con piso de mármol y muros recubiertos con dos pisos de estanterías de ébano y Jacaranda, labradas y decoradas. El rey donó una gran cantidad de libros de teología, filosofía, historia, derecho y medicina. Esta colección fue aumentando considerablemente con

valiosos ejemplares durante el siglo XIX. Así, en 1796 se funda la Biblioteca Nacional como Real Biblioteca Pública. A partir de 1836 se la conoce como Nacional. Fue abierta al público en 1797 y se encontraba alojada en el edificio de la Mesa Censorial y desde 1836 en el Convento de San Francisco. Desde 1969 posee un edificio en las proximidades de la Universidad de Lisboa y tiene más de un millón y medio de volúmenes , 1450 incunables, un ejemplar de la Biblia de Gutenberg y 20.000 manuscritos.

En 1712 se funda otra biblioteca muy importante, en este caso es la Biblioteca Nacional de España, fundada por el rey Felipe V en primera instancia como Biblioteca Pública de Palacio. Por un privilegio real, precedente del actual depósito legal, los impresores debían depositar un ejemplar de los libros impresos en España. La biblioteca estaba instalada en un pasadizo que unía el Alcázar real con el convento de la Encarnación, en la antigua Plaza de los Caños del Peral y actual de Oriente. Este lugar era extremadamente estrecho y poco apropiado ya que estaba muy cercano a la cocina y chimeneas de servidores de palacio, por lo tanto peligraba por la proximidad del fuego, además, como el lugar era pequeño muy pronto no hubo espacio para albergar a la colección. La biblioteca permanecía cerrada los días festivos, mientras que los días restantes estaba abierta por seis horas diarias, cuatro por la mañana y dos por la tarde. Los manuscritos y libros impresos se guardaban ordenados sistemáticamente, empezando por teología en armarios adosados a la pared, cerrados con llave y cubierto por una trama de alambre para que circulara el aire en el interior.

La labor de organización de la colección estaba en manos de bibliotecarios, los cuales disfrutaban de alojamiento en el mismo edificio o en otra dependencia de la Corona. Por lo general su trabajo estaba bastante retrasado en cuanto al ingreso de nuevo material (catalogación y clasificación).

Esta biblioteca nunca tuvo grandes ingresos económicos, ni regulares, por lo que paso por épocas de abundancia y otras de extrema pobreza. A pesar de estos

inconvenientes, la biblioteca creció por la compra de material, así como también por donaciones y por el depósito legal. Los libros eran adquiridos por iniciativa del Bibliotecario Mayor, pero si se trataba de una partida de cierta importancia o de la edición de una obra se debía consultar con el rey. La preparación de originales, para las impresiones, así como la copia de los textos que se deseaba incorporar, eran tareas propias de los escribientes, quienes muchas veces eran dispensados de concurrir al trabajo por la tarde para que se ocupen de estas cuestiones en la comodidad de su hogar.

En 1836, la Biblioteca dejó de ser propiedad de la corona y pasó a depender del Ministerio de la Gobernación, y recibió por primera vez el nombre de Biblioteca Nacional. La desamortización obliga al cierre de numerosos conventos e instituciones religiosas, iniciándose en la Biblioteca una política de recuperación del material que hasta ese entonces estuvo en poder de la Iglesia, incrementando su fondos así como la calidad de los mismos.

Entre 1835 y 1860 se crean diferentes comisiones encargadas de la especialización de los estudios de la institución. La incautación de obras al clero durante la Primera República tiene como destinatario a la Biblioteca. También, muchas obras fueron adquiridas u obtenidas por donación de diversas personalidades de la época. El 16 de marzo de 1896 se abre al público la Biblioteca Nacional en su actual sede con un inmenso salón de lectura con capacidad para unos 320 lectores. En 1931 se reorganiza el Salón de Lectura al que se dota de una importante colección de obras de consulta; se crea la Sala General destinada a estudiantes, obreros y lectores populares.

Nuevamente, durante la Guerra Civil Española, entre 1936 y 1939, acceden a la biblioteca como medio millón de volúmenes fruto de las distintas incautaciones. En 1957 se establece el depósito legal que sustituye a la primera regulación que obligaba a los impresores a entregar un ejemplar de cada obra. Actualmente, alberga una gran colección de impresos, manuscritos y documentos, revistas y

periódicos, grabados, dibujos y fotografías, mapas y planos, videograbaciones, partituras y grabaciones sonoras.

A mediados del siglo XIX hizo su aparición las bibliotecas públicas en los países anglosajones, Inglaterra y Estados Unidos. La finalidad de estas bibliotecas era la de proporcionar libros para la formación personal y moral, así como para su recreo a las clases sociales que en siglos anteriores no tuvieron acceso a la enseñanza. Surgía así un nuevo tipo de lector, que no pertenecía a las clases privilegiadas como la aristocracia, no eran religiosos, ni profesores o escritores o pertenecientes a alguna de las profesiones liberales. Eran aquellos lectores que se habían volcado masivamente a la prensa, razón por la cual, la tirada de los diarios se había incrementado considerablemente. Estos nuevos lectores propiciaron un gran cambio en la industria editorial, la que lanzó colecciones de libros baratos, porque ante la demanda bajo el precio de la producción. Al incrementarse la demanda de las clases más bajas de recibir instrucción, automáticamente aumenta la demanda de lectura, ya que el esfuerzo del aprendizaje carece de sentido sino se puede poner en práctica la lectura.

Kelly (1977) comenta que la primer biblioteca pública que surgió en Inglaterra fue la que se estableció en Glasgow en el Andersonian Institute, rival de la Universidad de Glasgow, donde se solían dar clases a los obreros explicándoseles nociones científicas de interés para su trabajo. Para que comprendan mejor estas lecciones se formó una pequeña biblioteca cuyos libros eran facilitados a todos los que concurrían a las clases. El creador de estos institutos fue George Birkbeck, quién también fundó el de Londres. Se preocupó, además, porque estos centros contaran con bibliotecas, las cuales fomentaron el desarrollo de la lectura, entre los concurrentes a clases. Hacia 1853 ya existían unos 700 institutos con sus bibliotecas, que tenían alrededor de dos millones de volúmenes y unos 120.000 miembros. Al principio los libros que se adquirían tenían la finalidad de acompañar las nociones aprendidas en clase. Después, ante la demanda creciente, se compraron obras literarias, diarios y revistas. Algunas d estas bibliotecas contaban

con bibliotecarios, sala de lectura y estaban abiertas más de doce horas diarias. El momento de más prosperidad fue alrededor de 1870, luego comenzó su decadencia y sus edificios y libros fueron utilizados por algunas autoridades para establecer las nuevas bibliotecas públicas.

La formación moral y profesional fueron los soportes de la creación de las bibliotecas públicas. No hubo una demanda de los beneficiarios inmediatos, las clases populares, sino que fueron el grupo de un grupo minoritario con afán religioso y filantrópico. Muchos obreros, en realidad sentían deseos de progresar y cultivar, pero las largas jornadas laborales atentaban contra estas necesidades y el cansancio triunfaba. Una de las razones que se esgrimió para la formación de las bibliotecas era la lucha contra el alcoholismo. Se trataba de proporcionar a las personas libros que retuvieran en sus casas a los lectores alejándolos de las tabernas. Esta idea tomo tanta fuerza que muchas bibliotecas ofrecían además de libros y periódicos, juegos para hombres, buena lumbre e iluminación, café, pasteles, tabaco y bebidas no alcohólicas. Las bibliotecas brindaron un servicio social facilitando buenas lecturas e impidiendo las malas. Los lectores se comportaban de manera correcta y se mostraban más educados. Vestían mejor, con más aseo, y su manera de obrar estaba reglada por el orden y la templanza. Una gran parte de la colección contemplaba obras de entretenimiento, lo que permitía atraer con facilidad a las personas.

Se debatió durante mucho tiempo la posibilidad de establecer bibliotecas gratuitas en las grandes ciudades, que llevo a que en 1850 se aprobara la ley de bibliotecas públicas que permitía a los ayuntamientos de ciudades de más de 10.000 habitantes, establecer una tasa de medio penique, que debía ser aprobada mediante plebiscito local, en el que, al menos, dos tercios de los votos emitidos fueron favorables. Muchos no estuvieron de acuerdo ya que pensaban que los obreros estaban muy cansados para leer después de la jornada laboral. No era conveniente que los obreros se informaran, por lo que las bibliotecas se podían llegar a convertir en escuelas de agitación social y malas costumbres a la vista de

algunas de las cosas que se estaban publicando. Entre los opositores se encontraba el tory coronel Charles Sibthorp, quién combatió la ley porque era una forma de subir los impuestos, además, a este personaje nunca le gustó leer, ni siquiera en su época de estudiante de Oxford, por o que pensaba que más que bibliotecas la gente pobre necesitaba el juego del tejo, el peón o el fútbol, porque primero había que enseñar a leer a los que no sabían ya que de otro modo no es sería útil las bibliotecas. Finalmente, señalaba, que el pueblo más que alimento espiritual, necesitaban de alimento para el pueblo

En Estados Unidos tuvo un papel muy importante la Biblioteca del Congreso, que durante la primera mitad del siglo XIX se limitó a ser una biblioteca al servicio de los congresistas y de los miembros del gobierno.

Esta biblioteca en el siglo XIX cuando el Congreso se estableció en Washington. Sus inicios en 1802 fueron modestos, solo ocupaba una habitación en la que se encontraban hacia 1814 unos 3000 volúmenes, la mayoría de los cuales se perdieron en el incendio del Capitolio. Se repusieron estos volúmenes con la biblioteca privada del ex presidente Jefferson, conformada por unos 6500 volúmenes.

En 1824 se instala en el nuevo edificio del Capitolio, donde también hubo un incendio perdiendo unos 50000 volúmenes.

Ainsworth Rand Spofford, bibliotecario y periodista, fue nombrado por Lincoln director de esta biblioteca, logró convertir esta biblioteca en la verdadera biblioteca nacional de Estados Unidos. Gracias a la ley de depósito legal de 1870 logró reunir los escritos norteamericanos de todo tipo de materia e importancia. El crecimiento del fondo bibliográfico fue tan incipiente que hacia 1897 se inauguró un nuevo edificio, considerado en la época como uno de los edificios bibliotecarios más costosos del mundo. También tuvo que incrementar al cantidad de personal,

que en un principio tuvo un número reducido de siete personas. Con una mayor colaboración se decidió diseñar un sistema propio de clasificación (aún en uso).

En 1899 fue sucedido por George Putnam, quién se había desempeñado como Director de la Biblioteca Pública de Minneapolis y de las bibliotecas del Ateneo y Pública de Boston. Este director puso en marcha la venta y distribución de las fichas catalográficas, utilizadas hasta la actualidad por la mayoría de las bibliotecas del país, patrocinó el canje nacional e internacional de publicaciones y propició el préstamo interbibliotecario y la creación de la National Union Catalogue. Creó la Biblioteca Nacional de Ciegos y se retiró en 1939 como uno de los bibliotecarios norteamericanos más respetados por la comunidad bibliotecaria.

Actualmente la Biblioteca del Congreso cuenta con unos veinte millones de libros, 4500 incunables, libros raros y manuscritos valiosos, colecciones especializadas en obras chinas, japonesas, hebreas, eslavas, españolas, etc. Tiene una rica colección de todo lo que se imprime en el mundo y sus fondos más voluminosos corresponden al área de las ciencias sociales, lengua y literatura.

En Estados Unidos hay dos bibliotecas complementarias a esta, la Nacional de Medicina, fundada en 1836 como Biblioteca Médica del Ejército, en la actualidad tiene algo más de dos millones de volúmenes, por lo que es considerada como la Biblioteca Médica más importante del mundo.

La otra Biblioteca National Agricultural Library, fundada en 1862 y cuyo crecimiento y volúmenes es similar a la de Medicina. Se encuentra especializada en botánica, zoología y química.

En el siglo XX se produjo una expansión de las bibliotecas como consecuencia del crecimiento del nivel de vida de la población, del aumento de lectores, a causa del desarrollo de la enseñanza, y el crecimiento de la producción de libros, revistas, prensa, que naturalmente se corresponde con la demanda.

Esta apertura se ha dado tanto en Europa como en los países americanos, africanos, etc, y obedece a razones políticas de un grupo de países, los socialistas, en los que la pretensión de crear un pensamiento homogéneo dentro de la población y la necesidad de formar líderes sociales y otros para el mejor desempeño profesional.

En el siglo XX muchas cosas han cambiado. El bibliotecario ha facilitado al lector la información y se han consolidado varios tipos de bibliotecas. El desarrollo de la biblioteca se debió, en parte, a las asociaciones profesionales entre las que se destacan la norteamericana ALA, (American Library Association) y la inglesa LA, (Library Association), a nivel local se destaca ABGRA, (Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina).

Ya en el siglo XXI nuevos retos esperan a los servicios de documentación, los cuáles, deberán basarse a futuro, en sistemas totalmente digitalizados, manteniendo el papel solo como pieza de museo.

Conclusiones

A partir de esta revisión podemos afirmar que las bibliotecas y los libros constituyeron el monopolio de los grupos de poder, la nobleza, el clero, y en general, de las clases sociales dominantes.

Este monopolio convirtió al libro en un símbolo de poder más que en una fuente de conocimiento. La importancia del libro y de las bibliotecas como testigos de la historia queda de manifiesto en el hecho de que en la mayoría de guerras y revueltas, libros y bibliotecas han sido objetivos a destruir. El conocimiento es lo que permite la supremacía del poder, sin importar a que época específica nos refiramos.

La biblioteca tradicional se basa en el registro de la obra; sólo una pequeña élite podía, entonces, hacer uso de los materiales y era el erudito quién podía guiar al usuario en su búsqueda.

Con el tiempo, las bibliotecas se democratizaron, tal es el caso de las Bibliotecas Públicas, las que permiten el acceso de todas las personas que deseen consultarlas.

Con respecto al futuro, todo parece ya bastante claro, pues muchas bibliotecas no sólo brindan servicios a través de la Web, sino que sus colecciones ya son absolutamente digitales.

En estos momento el reto más importante, entonces, pasa por la posibilidad o no de que los bibliotecarios sepan adaptarse a este cambio y estén dispuestos, como los bibliotecarios de la antigüedad a aprender de manera continua.

Bibliografía

Abbadi, Mustafá El- (1994). *La antigua biblioteca de Alejandría: vida y destino*. Madrid: Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, Unesco.

Burton, M. (1938). *Famous libraries of the world : their history, collections, and administrations*. Londres: Grafton & Co.

Cañedo Andalia, R. (2004). "De la piedra al web: análisis de la evolución histórica y del estado actual de la actividad bibliológico-informacional". En: ACIMED, 12, 1, p. 23 – 38.

Chartier, R. (2005). *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.

Christ, K. (1984). *The Handbook of Medieval Library History*. New Jersey: The Scarecrow Press.

Cortés Vázquez, L. (1988). *Del papiro a la imprenta: pequeña historia del libro*. Madrid: CEGAL.

Cunchillos, J. L.; Zamora, J. A. (1995). *Gramática ugarítica elemental*. Madrid: Ediciones Clásicas.

Dahl, S. (2001) *Historia del libro*. Madrid: Alianza Editorial. (Historia y Geografía. Ensayos. El Libro Universitario).

Dilke, O. (1977). *Roman books and their impact*. Londres: Elemete Press

Dion Casio. (2003). *Historia romana: libros I – XXXV*. Gredos: Madrid. (Biblioteca Clásica Gredos).

Escobar Sobrino, H. (1996). *Historia del libro*. Sánchez Rui Pérez: Madrid.

Escolar Sobrino, H. (1990). *Historia de las bibliotecas*. Sánchez Rui Pérez: Madrid.

Gibbon, E. (2000). *The history of the decline and fall of the Roman Empire*. Penguin Books: Londres. (Penguin Classics).

Giddens, A. (1997). *Consecuencis de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

Hobson, A. (1971). *Great libraries*. Nueva York: Putnam.

Hourani, A. (2004). *La historia de los árabes*. Barcelona: Javier Bergara Editor.

Kelly, T. (1966). *Early public libraries. A history of public libraries in Great Britain before 1850*. Londres:

Kelly, T. (1977). *History of public libraries in Great Britain: 1845 – 1975*. Londres: Library Association.

Labarre, A. (2002). *Historia del libro*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lerner, F. (1999). *Historias de las bibliotecas del mundo*. Buenos Aires: Troquel.

Martínez de Souza, J. (1992). *Pequeña historia del libro*. Barcelona Labor. (Nueva Serie; 26).

Mathiassen, J. (2002). "Local history inquiry website". En: Scandinavian Public Library Quarterly, 35, 1. http://www.splq.info/issues/vol35_1/10.htm [Consulta: 18/05/2005].

Millares Carlo, A. (1971). *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ong, W. (1997). *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.

Parsons, E. (1952). *Alexanders: the Alexandrian Library. Glory of the hellenic world. Its rice, antiquities, and destructions* Nueva York: Elsevier Press.

Pedersen, J. (1984). *The arabic book*. New Jersey: Princeton University Press.

Sagan, C. (1982). *Cosmos*. Planeta: Buenos Aires.

Seignobos, C. (1930). *Historia universal: historia antigua de Oriente y Grecia*. V. I. Madrid: Daniel Jorro.

Tagle de Cuenca, M. (1997). *Notas sobre la historia del libro*. Córdoba: El Copista. (Biblioteca de Historia)

Thompson, J. (1967). *The medieval library*. Chicago: The University of Chicago Press.

Wellisch, H. H. (1981) "Ebla: the world's oldest library". En: Journal of Library History, 16, 488 – 500.

